



# VILLA de MADRID



## Sumario

*Las calles de Carmen y Preciados, "salón de estar" de las gentes de Madrid,* por RAFAEL CHICO.

*Las cincuenta y tres alcaldías del siglo XX. Del marqués de Aguilar de Campóo a Miguel Angel García-Lomas,* por ANTONIO IZQUIERDO.

*El "boom" del arte en Madrid,* por L. FIGUEROLA-FERRETTI.

*Serafín Villén, Madrid en el alma,* por JOSÉ LUIS PECKER.

*Verde Madrid,* por MARÍA LUZ NACHÓN.

*Madrid, tres temas para teatralizar,* por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

*Los sainetes de Madrid,* por FEDERICO ROMERO.

*La Biblioteca Musical Circulante,* por JUANA ESPINÓS ORLANDO.

*Excursiones por las afueras de la nueva villa de Madrid. De la plaza de Castilla a Tres Cantos y vuelta por El Pardo,* por JOSÉ MARÍA SANZ GARCÍA.

*Madrid, paisaje lejano,* por RAMÓN SÁEZ.

*El día de difuntos de 1973,* por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

*Madrid estudia la renovación de sus cementerios,* por MARGARITA JIMÉNEZ.

*El plan de ordenación de La Vega-Valdezarza-Vertedero, encauza el crecimiento de Madrid en su zona norte,* por MARIO GONZÁLEZ MOLINA.

*El aprendiz de canal (segundo golpe),* por TOMÁS BORRÁS.

*Apuntes para un catálogo de lápidas en Madrid,* por JUAN SAMLAYO.

*Ilustraciones de J. Esplandú, Fotografías de Aulocolor, Manuel Junior, J. M.<sup>a</sup> Izquierdo y archivo gráfico de Gerardo Contreras.*

Depósito legal: M. 4.194-1959

Imprenta PUEYO. Luna, 27-MADRID

# VILLA *de* MADRID

R E V I S T A   D E L   E X C M O .   A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:  
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
PLAZA DE LA VILLA

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;  
Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO X

1973 - III

NUM. 40







## LAS CALLES DE CARMEN Y PRECIADOS, "SALON DE ESTAR" DE LAS GENTES DE MADRID

Por Rafael CHICO

En la mañana del 20 de octubre el alcalde, don Miguel Angel García-Lomas, cortaba la cinta de los colores nacionales y, simbólicamente, abría al paso las nuevas vías peatonales —expresión no ciertamente muy afortunada— de Carmen y Preciados.

La multitud le acompañó después en su recorrido por ambas calles y en sus rostros se veía lo que, desde lue-

go, era una auténtica satisfacción por dos cosas; la primera, por el hecho de haber rescatado para el peatón dos trozos del centro de Madrid, y la segunda, por lo bonitas que ambas vías habían quedado.

Y los comerciantes, aquellos que cuando el anterior alcalde, don Carlos Arias Navarro, nos comunicó a los periodistas la decisión adoptada de hacer permanecer lo





*El señor García-Lomas corta la cinta y abre el paso a la calle de Carmen, que, como la de Preciados, se ha visto beneficiada con la reforma.*

que había comenzado como experiencia en los días de Navidad, de cerrar al tráfico rodado las dos calles de referencia, habían acogido la noticia «de uñas», ahora veían, desde la puerta de sus establecimientos, pasar el conglomerado que formaban la comitiva oficial y el paseante de las calles con gestos de contento y, nobleza obliga —que es una de las características del madrileño—, acudían a dar las gracias al Alcalde por esta medida.

Y los periodistas queríamos saber si esta medida iba a tener pronto una continuación y cuáles iban a ser las calles en las que esta reforma prosiguiese. Y aunque las imaginaciones calenturientas hablasen ya de Cruz y Príncipe, e incluso de Mayor y Arenal y hasta de la Gran Vía, tanto el alcalde como los tenientes alcaldes y concejales y los delegados de servicios a quienes corresponden estas decisiones, estudios, proyectos y obras, eran muy cautos y no decían más que el tema estaba sobre la mesa de unos y otros, porque las medidas a adoptar tienen que ser objeto de muchos estudios, estadísticas, etc.

La medida de cerrar permanentemente al tráfico las calles de Carmen y Preciados fue objeto de grandes polémicas y sus antecedentes están claramente explicados en la memoria del proyecto de transformación presentado por los técnicos municipales. Dice así: «A la vista de la insuficiente capacidad de las aceras de Preciados y Carmen, por el gran número de peatones que normalmente circulan por ellas y especialmente durante la época navideña, en diciembre de 1967 se procedió a cerrar estas calles al tráfico rodado con objeto de dar mayores facilidades a los peatones y al mismo tiempo para estudiar la incidencia que esta medida ocasionaba en el tráfico de otras calles próximas. El cierre se volvió a repetir durante las navidades de 1968 y 1969, manteniéndose ya de modo permanente a partir de diciembre de este último año». La repercusión en el tráfico de zonas adyacentes está ya estabilizada, y si bien esta medida no ha resuelto el problema de la congestión viaria, tampoco ha presentado problemas especialmente graves, sobre todo una vez que la mayor parte de los conductores conocen ya la situación de cierre.

#### LAS OBRAS REALIZADAS

Las obras que se han realizado pueden dividirse en dos fases: en la primera, se procedió por las compa-

ñas que tienen servicios instalados en el subsuelo de las mencionadas calles al acondicionamiento de los mismos, para evitar posibles aperturas de calas en un futuro próximo; en la segunda, o fase de obra propiamente dicha, se procedió al levantamiento de aceras y pavimentos para reestructurar la sección transversal de la calle, construyendo los absorbedores y la tubular de recogida de aguas pluviales, extendiendo a continuación la capa de subbase sobre la que se apoyó la base prevista de 30 centímetros de espesor, de hormigón hidráulico.







Una vez construida esta infraestructura, fue creada una cuadrícula base rectangular, enmarcada y definida por un enlosado de  $80 \times 40$  centímetros de granito gris y completada con losetas de terrazo en dos colores, según tuvieran que soportar o no el paso de vehículos, tanto en marcha como estacionados, ya que en la solución adoptada se ha estudiado la circulación de carga y descarga y, en general, el paso de vehículos de emergencia (bomberos, fuerzas de orden público, servicios sanitarios y mortuorios, etc.), de tal forma que se puedan realizar sin solución de continuidad a lo largo de toda la vía peatonal.

#### MAGNOLIOS Y MADROÑOS

Han sido contruidos unos bancos-jardinera que cumplirán una triple función; definir los espacios de circulación y carga y descarga; disponer de asientos para el reposo del peatón y conseguir una zona ajardinada, colocada en altura, fuera del alcance de peatones y niños.

Llevar distintos tipos de plantas y flores hasta un total aproximado de cerca de mil plantas de catorce especies distintas, y entre las que destacan magnolios de gran porte en los que se unen los factores de persistencia de la hoja y floración vistosa durante una larga temporada, logrando la nobleza peculiar en estos ejemplares, y madroños, que además de componer el conjunto, son parte integrante de nuestra especie característica y heráldica.

Todas estas plantas forman una agrupación armónica de especies vegetales perfectamente adaptadas al clima de nuestra capital.

#### ILUMINACION

Se han colocado también farolas especialmente diseñadas y construidas en duro aluminio esmaltadas en blanco sobre los pedestales de los bancos y jardineras, para conseguir un bello efecto que dé ambiente íntimo y especial a estas calles, que, de esta forma, pasarán a ser una especie de salón de estar para las gentes de Madrid.

Efectivamente, un salón de estar es en lo que han quedado convertidas estas calles de Carmen y Preciados, y es consolador pensar en ello, ya que otras calles y plazas de Madrid —muchas, cada vez más— en lo que se han convertido ha sido en inmensos garajes de «muchas estrellas», y lo decimos tanto por el lujo de los entornos en que estos hechos se suceden, como por el «tejado» de los mismos, en los que lucen las cinco «y pico» estrellas que adornan con los madroños y el oso el escudo de Madrid.

Que estas calles de Carmen y Preciados sean el inicio, las pioneras, de esa labor de rescatar para Madrid trozos de su suelo, en los que se eviten el riesgo y la contaminación y en las que los madrileños podamos «recibir» a quienes, cada vez en mayor número, vienen a visitarnos.

RAFAEL CHICO



Las cincuenta y tres alcaldías del siglo XX

## DEL MARQUES DE AGUILAR DE CAMPOO A MIGUEL ANGEL GARCIA-LOMAS

Por Antonio IZQUIERDO



*Marqués de Aguilar de Campoo.*

**E**l 12 de julio de 1973, a propuesta del ministro de la Gobernación, el Jefe del Estado designó alcalde de Madrid, por un período de seis años tal y como dispone la Ley de Régimen Especial del Municipio, a don Miguel Angel García-Lomas y Mata, arquitecto, urbanista, político y padre de una crecida familia. El señor García-Lomas sustituía a don Carlos Arias Navarro, que había gobernado el Municipio de la capital de España desde el día 5 de febrero de 1965 hasta el 12 de junio de 1973. Su segundo mandato se inició el 7 de febrero de 1971 y culminó en su designación para la alta responsabilidad de gobierno que en la actualidad asume.

Durante un mes la Alcaldía estuvo vacante y fue ostentada, tal y como establecen las leyes, por el teniente de alcalde, don Jesús Suevos, cuyo exquisito tacto hizo muy llevadera la no corta y difícil interinidad. La incógnita se resolvió y un madrileño de nacimiento, de 61 años de edad, ocupaba el sillón del remozado despacho de la Casa de la Villa. Durante estos meses, el señor García-Lomas ha iniciado su singladura, que todos deseamos larga y fecunda, y resultaría inútil —y atrevido para el cronista— aventurar juicios o formular pronósticos.

Don Miguel Angel García-Lomas llegó al Ayuntamiento avalado por una biografía en la que destacan dos vertientes que se diferencian sin esfuerzo y con naturalidad: la profesional y la política. La Corporación municipal ha registrado en estos meses algunos reajustes en el equipo gestor: dos delegados de Servicio, Circulación y Transportes y Saneamiento, han cesado en función de asumir otras responsabilidades de mayor jerarquía; don Antonio Valdés ha sido nombrado consejero-delegado de la Renfe y don Jesús García-Siso, gobernador y jefe provincial del Movimiento de Santander. El «equipo Arias» permanece casi intacto.

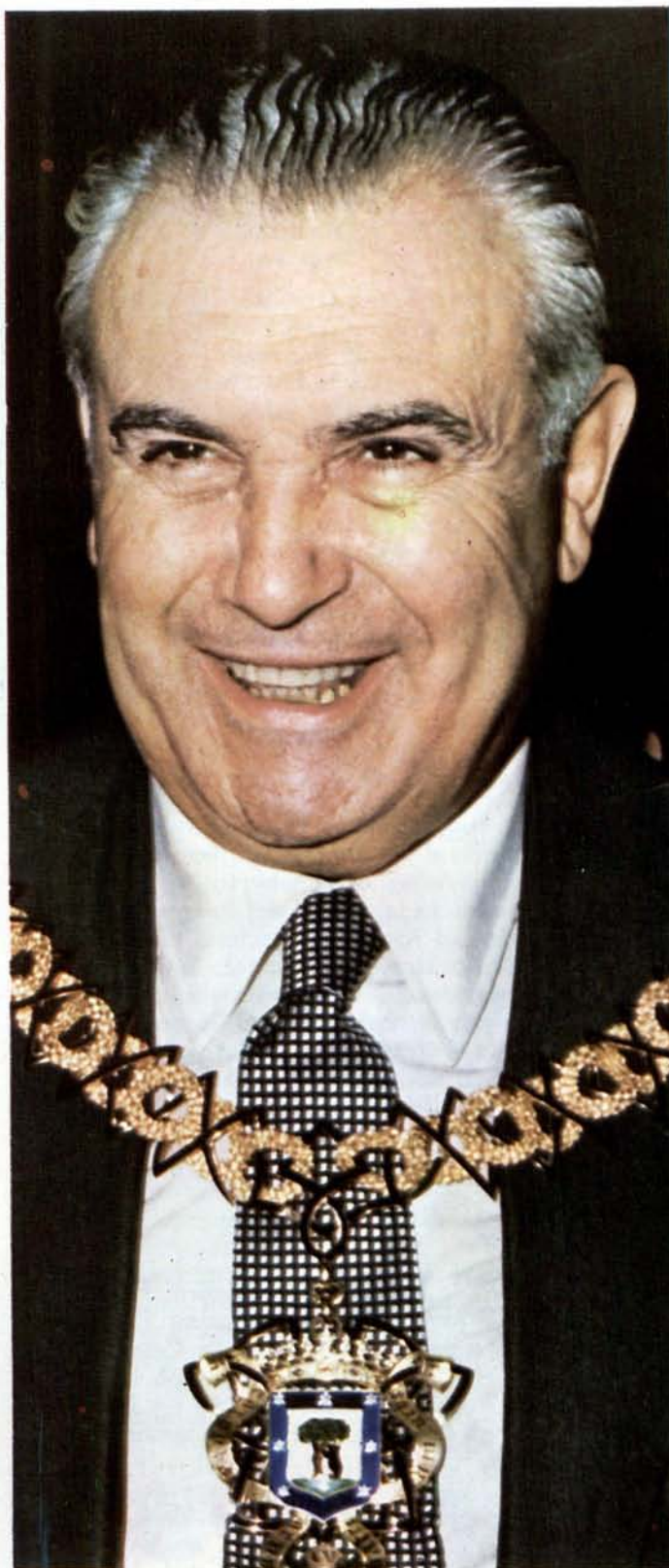
La vida municipal ha alcanzado en nuestro tiempo un desarrollo insólito cuyas previsiones hubieran resultado ilusorias hace tan sólo cincuenta años. La transformación de nuestra sociedad rural y agraria en industrial y urbana con sus consiguientes movimientos migratorios, ha producido un ensanchamiento de los perímetros urbanos que requiere de una atenta vigilancia, de una experiencia técnica, de un buen tacto político y, sobre todo, de una entrega rigurosa.



La «macrociudad» requiere un «macroayuntamiento», problema que habrá que reajustar para que la despersonalización masificadora no termine por asfixiarnos. Pero, ¿podrían entenderse estas enormes entidades técnico-políticas, gestoras y administrativas sin los arcaicos antecedentes sobre los que han ido cimentándose piedra a piedra? Este trabajo sólo se propone hacer un recuento de alcaldes y gestiones en lo que va de siglo. Permítaseme, sin embargo, arrancar, como exclusivo punto de referencia, de lo que podríamos llamar, sin lugar a equívocos, la frontera municipalista de Madrid. Nuestro primer Ayuntamiento (6 de enero de 1346) se debe a una resolución de Alfonso XI que sustituyó el Concejo del Juez Real por una institución de carácter democrático que integraban doce regidores —vecinos todos— más los alcaldes y el alguacil. Alfonso XI concedió a la Casa de la Villa todas las atribuciones que antes correspondían al Municipio. Le exigía celebrar juntas los lunes y viernes de cada semana; recaudar y administrar las rentas y adoptar los acuerdos colegiadamente. Desde aquella primitiva Asamblea hasta hoy, Madrid ha sumado doscientas treinta y ocho alcaldías —incluida la del señor García-Lomas— o, lo que es igual, doscientos treinta y ocho alcaldes. Los regidores del siglo XX, los alcaldes de Madrid, capital de España, entre 1900 y 1971, totalizan cincuenta y tres mandatos, aunque alguno de ellos, como don Joaquín Ruiz Jiménez o don Alberto Aguilera o don Pedro Rico o el Conde de Mayalde, hayan ocupado el sillón presidencial en diferentes etapas.

#### «PAN Y TOROS»

**E**l año 1898, el fatídico, el triste e impotente «98», circularon por Madrid los primeros tranvías eléctricos. Quedaban lejos la polémica suscitada en 1871 por la denominación de los vehículos (el «tranvía», o la «tranvía») que explota una compañía inglesa. La polémica fue sonora y en ella intervino, incluso, hasta el presidente del Congreso de Diputados, don Salustiano Olózaga, que era —dicen— partidario del género femenino. Los tranvías de 1871 son de tracción animal; los de 1898, eléctricos. Va a amanecer el siglo XX. Quedan también lejos los cuatro puntos esenciales que determinan el desarrollo urbano del XIX: la inauguración del ferrocarril, el Canal de Isabel II, la demolición de la cerca de Felipe IV y el Plan General de Ensanche de Carlos María de Castro. El desencanto nacional, del que Madrid es un vivo y estremecedor ejemplo, opera negativamente sobre cualquier factor positivo. Retornan, maltrechos, los heroicos usuarios del rayadillo, los soldaditos de Cuba y Filipinas; los gloriosos defensores de Baler, mientras se destruyen las últimas posiciones del Imperio y la Metrópoli otorga a los héroes un trato de beneficencia pública y caridad. El pueblo pide pan y toros. No se ha declarado todavía la mayoría de edad de don Alfonso XIII. El país vive los instantes postreros de la regencia de la Reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, una de las figuras más enternecedoras y nobles de la historia contemporánea. Madrid se refugia en el escepticismo y en el sainete.



Miguel Ángel García-Lomas.

#### ALCALDES EN SERIE

**E**l 1 de enero de 1900 ostenta la Alcaldía el marqués de Aguilar de Campóo, que acometió el problema de la mendicidad. A él se debe la puesta en marcha de la Asociación Matritense de Caridad. Le sustituyó (19 de abril de 1900) el duque de Santomauro, que se ocupa del asfaltado de diversas vías,



1929. Las obras  
del  
tercer tramo  
de la  
Gran Vía.



entre ellas, de la Puerta del Sol. El 8 de marzo de 1901 es designado don Alberto Aguilera Velasco: un alcalde de nombre sonoro. Alberto Aguilera traza los bulevares e inicia las obras del Parque del Oeste; rompe el tapón del Rastro y adecuenta sus alrededores. Crea el Laboratorio Municipal. En ese año se inicia la explotación del tranvía de vía estrecha, popularmente, y por su color rojo es denominado «el cangrejo», y se celebra en los jardines del Buen Retiro la Exposición de Industrias. Alberto Aguilera es, en su primer mandato, el último alcalde de la regencia y el primero del reinado de don Alfonso XIII.

#### JORNADA HISTORICA

**E**l 17 de mayo de 1902, Madrid celebró con gran solemnidad la jura del nuevo Monarca. Ese día terminaba la regencia de doña María Cristina, que poco antes de finalizar su mandato supo la muerte de don Emilio Castelar (mayo de 1899) y la de don Arsenio Martínez Campos, fallecido ese mismo año en Zarauz. Cánovas había sido asesinado el 8 de agosto de 1897. El siglo XX no amanecía, para España, con excesivos augurios de felicidad. Después de haber jurado, ante Dios y sobre los Evangelios, la fiel observancia de la Constitución y de las Leyes, y terminada la ceremonia del protocolo palatino, dirigió Alfonso XIII un manifiesto al país en el que invocaba la ayuda de Dios, solicitaba el apoyo del pueblo y anhelaba la paz, la grandeza y la felicidad de la nación. Madrid vivió una jornada popular e histórica. Una nueva etapa se abría aquella mañana de mayo de 1902. Una etapa que para el joven Rey culminaría, bruscamente, el 14 de abril de 1931 y que tendría por protagonista a ese mismo pueblo y precisamente, por determinación, ¡unas elecciones municipales!

A don Alberto Aguilera le sustituyó el marqués de Portago (11 de diciembre de 1902). Su gestión fue efímera y está determinada por dos únicas cuestiones: un proyecto de Gran Vía y el tranvía de El Pardo. El 27 de julio de 1903 ocupa la Alcaldía el marqués de Lema, que se sostiene en el sillón poco más de un año. Durante su estancia en la Casa de la Villa, la ciudad asiste a la desaparición de una importante parcela de los jardines del Buen Retiro para construir sobre aquellos terrenos la nueva Casa de Correos: el Palacio de Comunicaciones. Al marqués de Lema le sustituye (23 de diciembre de 1904) el conde de Mejorada del Campo, y a éste (28 de junio de 1905) don Eduardo Vincenti. La Alcaldía de Vincenti dura muy poco: un año; pero durante esos doce meses una orden municipal manda pintar y vallar los solares, reformar las Cuatro Calles, derribar el Cuartel de San Gil e iniciar las obras del colector del Manzanares, que ahora, en 1973, van a tener una formal e imprescindible réplica.

#### «UN SOLO HOTEL QUE PARECIA UNA FONDA»

**D**urante el mandato de Vincenti, Madrid asistió al enlace matrimonial de Alfonso XIII con Enna de Battenberg. Enna de Battenberg había sido bautizada el 7 de marzo de 1906 con los nombres de Victoria Eugenia. El 25 de mayo pisó el suelo español. La boda (31 de ese mismo mes) se celebró en la parroquia de San Jerónimo. Para conmemorar las nupcias reales se editó, expresamente, una guía de Madrid. Cuando la regia carroza llegaba a la altura del número 88 de la calle Mayor, Mateo Morral, discípulo de Ferrer, lanzó el ramo de flores que ocultaba la bomba. Los Reyes salieron indemnes, pero muchos soldados y muchas personas pagaron con sus vidas inocentes el criminal propósito. La bomba de





*El Mercado de los Mostenses, en el mismo año 1929.*

Mateo Morral resonó en Madrid, en España, en Europa... Madrid era, entonces, pobretón y miserable. No se había iniciado la apertura de la Gran Vía, ni la construcción del Metropolitano, ni la edificación de la Ciudad Universitaria, que son tres grandes obras abordadas durante el reinado de don Alfonso XIII. Es tan evidente esta situación que cuando al finalizar los años sesenta visitó después de tantos años de exilio la Reina doña María Victoria Eugenia, formuló un periódico de la capital de España unas declaraciones en las que decía literalmente que cuando ella llegó aquí para contraer matrimonio con don Alfonso XIII, «sólo existía en Madrid un hotel que parecía una fonda».

A Eduardo Vincenti le sustituyó Alberto Aguilera y Velasco (15 de junio de 1906). Este segundo mandato no alcanza el año de duración. Le sustituye don Eduardo Dato e Iradier, que se mantuvo en la Casa de la Villa hasta enero de 1907. Su paso fue efímero, como un breve escalón en su carrera política. La brillante carrera que habría de culminar el 8 de marzo de 1921... Esa noche, al amparo de la traición y de las sombras, las pistolas de Matheu, Casanellas y Nicolau segaron, en la Puerta de Alcalá, la vida del ilustre político. Madrid sufrió una profunda conmoción. El lenguaje inexorable de la violencia iniciaba su impresionante escalada. La que culminaría en Paracuellos o en el Cuartel de la Montaña.

Después de Dato fue nombrado alcalde don Joaquín Sánchez de Toca (7 de mayo de 1907). Pero el 28 de octubre de ese mismo año fue designado el conde de Peñalver. Tres alcaldías en doce meses. El 23 de octubre de 1909 llega a la Casa de la Villa, por tercera vez, don Alberto Aguilera y Velasco. Esta es, quizá, su etapa más fecunda: se inaugura el Puente de la Princesa, se tiende el tranvía hasta la Ciudad Lineal y da sus primeros conciertos la Banda Municipal. Para la Banda Municipal se construye, en el paseo de Rosales, un quiosco. Madrid, España, vive la pesadilla de África. En 1909 gana la Cruz Laureada de San Fernando, a título póstumo, un héroe sencillo, un héroe del pueblo: el cabo Luis Noval Terreros. La ganó en Marruecos, zoco El Had. La historia es conocida: apresados por los rifeños, quisieron

utilizarle para penetrar en el campamento español a favor de la noche y la sorpresa. Cerca de los parapetos, Luis Noval gritó a sus camaradas: «¡Haced fuego contra nosotros, que son moros!». Allí murió junto a los que querían conducirlo a la traición. ¡Faltaban doce años para el desastre de Annual!

#### LA GRAN VÍA: ESPERANZA URBANÍSTICA

Se multiplican las tertulias literarias, los sainetes y las zarzuelas. La «Cuarta de Apolo» alcanza su apogeo. Los hombres del 98, los que no fueron a la guerra, otean desde Madrid, como desde una atalaya, el horizonte crítico del país. El 12 de febrero de 1910 se nombra alcalde a un insigne periodista: don José Francos Rodríguez. Francos Rodríguez emprende la operación Gran Vía. En 1912 (16 de febrero) se designa a don Joaquín Ruiz Jiménez, y en 1913 (19 de junio), a don Eduardo Vincenti, por segunda vez. En 1913 (2 de noviembre) es alcalde el vizconde de Eza, y en 1914 (21 de julio), don Carlos Prast. Poco más de un año permanece don Carlos Prast al frente de los destinos de la Villa, pero en ese tiempo se implanta el sistema de pasarelas en las paradas del tranvía, se instala la fuente de la cabecera del Rastro y se aprueban las reformas de los mercados de San Miguel y de la Cebada. En 1915 se producen dos alcaldías: el 17 de septiembre, don José del Prado Palacios, y el 13 de diciembre, don Joaquín Ruiz Jiménez.

#### «NO ME HABLE DE LA GUERRA»

En 1916 (8 de mayo) se sienta en el sillón de la Casa de la Villa el duque de Almodóvar del Valle. Madrid vive apasionadamente los acontecimientos europeos. España se mantiene neutral en el conflicto y colabora activamente en la tarea humanitaria de paliar las amarguras y los sufrimientos de Europa. Los españoles —y muy particularmente los madrileños— se dividen en dos bandos colosales: anglófilos y germanófilos. En muchas solapas triunfa un círculo con esta inscripción: «Por favor, no me hable de la guerra». Marruecos es todavía una pesadilla nacional, angustiosa. Las madres ven crecer a los hijos en el temor de África. La situación laboral es tensa. En 1917, el año de la huelga general, se producen tres alcaldías: la de Luis Silvela Casado (26 de abril), la de don José del Prado Palacios (16 de junio) y la de don José Francos Rodríguez (28 de diciembre). Los dos últimos repiten. Se inaugura la Panificadora y se inician las obras de la Compañía Metropolitano de Madrid. Las obras de la Gran Vía están en marcha. Siete años antes (4 de abril de 1910) el Rey don Alfonso XIII había dado sobre la Casa del Cura, de la iglesia de San José, los golpes de piqueta que iniciaban las obras del proyecto de prolongación de la calle de Preciados y de enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá, como se denominaba administrativamente aquel proyecto de reforma interior. Una obra que se prolongaría a lo largo de cuarenta años: la primera casa de la actual avenida de José Antonio se construyó en 1916; la última, en 1956. El proyecto de la Gran Vía dio origen a una zarzuela de cuyo libreto era autor Felipe Pérez y González.



*El rey Alfonso XIII  
inaugura las obras  
de la  
Ciudad Universitaria.  
La foto  
se obtuvo  
en 1929.*



El 1918 registra la presencia de dos alcaldes: don Luis Silvela Casado (30 de abril) y don Luis Garrido Juanisti (27 de noviembre). Este último no es designado, sino elegido por votación del Ayuntamiento Pleno. Por el mismo procedimiento alcanzan la vara el conde de Limpias (1 de abril de 1920) y don Alfredo Serrano Jover (26 de diciembre de 1921). En aquellos años se plantaron los jardines de la plaza de España y se reformó la Casa de Cisneros, que pasó a sumarse a las dependencias municipales de la Casa de la Villa. En 1919 se inaugura el «Metro» (línea Cuatro Caminos-Puerta del Sol). Se trasladan los restos de Goya a la ermita de San Antonio de la Florida. En 1921 (30 de diciembre) se designa al marqués de Villabrágima, y el 22 de marzo de 1922, al conde del Valle de Suchil. El 18 de diciembre de ese año vuelve don Joaquín Ruiz Jiménez. Durante su tercer mandato fueron trasladados desde la Patriarcal a la Necrópolis los restos de muchos españoles ilustres. Se fundó la Hemeroteca Municipal y se inauguraron diversos grupos escolares. En 1922 se acometió también el ensanche de la calle de Peligros. El 5 de agosto de 1923 fue nombrado alcalde accidental don Faustino Nicolí. Días después, el 13 de septiembre, se produce el golpe militar del Capitán General de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera.

#### SEIS ALCALDES PARA SEIS AÑOS

**D**urante la Dictadura se originan seis alcaldías. La primera, determinada por elección del Ayuntamiento Pleno (1 de octubre de 1923), corresponde a don Alberto Alcocer Ribacoba. La segunda (16 de septiembre de 1924), al conde de Vallengano. El primero sería alcalde y el segundo ministro de Obras Públicas con el Régimen de Franco. La tercera (11 de abril de 1927), con carácter accidental, a don Emilio Antón. La cuarta, también por elección del Ayuntamiento Pleno, a don Manuel Semprún (28 de abril de 1927). La quinta, accidental, al conde de Mirasol

(1 de diciembre de 1927), y la sexta, por elección de la Asamblea Local, a don José María de Aristizábal Manchón (20 de diciembre de 1927). A lo largo de la Dictadura, Madrid registra por vez primera la presencia de mujeres en los escaños de la Casa de la Villa; se urbaniza el camino alto de San Isidro; se instala el Matadero; comienzan los enterramientos en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena; se celebra la Exposición del antiguo Madrid; se ensancha la calle de Arlabán y se ordenan las alineaciones de la calle de la Cruz; se inauguran los monumentos de Miguel Moya, en el Retiro, y de Valera, en el paseo de Recoletos; se abre el Museo Municipal, el Instituto de Puericultura y los grupos escolares «Jaime Vera» y «Menéndez Pelayo».

#### COMO UN TRUENO

**H**a caído primo de Rivera. El 28 de enero de 1930, después de una reunión del Consejo de Ministros, dimite don Miguel. Con la dimisión concluye un período histórico que asiste al final de la pesadilla de Marruecos y a una ráfaga fugaz y esperanzadora de optimismo nacional. Don Alfonso XIII llama al general Berenguer para que forme Gobierno. El 30 de enero de 1930 se abre el capítulo postero del reinado del Monarca. Para la Alcaldía se nombra al marqués de Hoyos (10 de febrero). Un año después (27 de febrero de 1931) vuelve, por cuarta vez, don Joaquín Ruiz Jiménez. En este año queda abierta al tránsito la avenida de Eduardo Dato y se produce un movimiento de urbanización en las inmediaciones de las Ventas. La plaza de toros, la Monumental, con sus veintidós mil espectadores, se construyó en 1928.

Las elecciones municipales de 1931 (12 de abril) provocan la aparatosa caída de la Monarquía. Alfonso XIII camina al destierro. El Gobierno provisional, que preside don Niceto Alcalá Zamora, proclama el 14 de abril la segunda República española. El





*Madrid tuvo que ser reconstruido.*

triunfo republicano se debe, paradójicamente, a los grandes municipios. En Madrid, el éxito lo personaliza Pedro Rico López, que por elección del Ayuntamiento Pleno obtiene el fajín de alcalde el mismo 14 de abril. Históricamente, la Alcaldía de Pedro Rico acomete la apertura de la Casa de Campo y su primitiva cesión al vecindario por decreto de 20 de abril de 1931. Pedro Rico inicia las prolongaciones de la Castellana y de la calle de Serrano; el puente de Puerta de Hierro, el derribo de la antigua plaza de toros, la urbanización de la carretera del Este y la instalación de quioscos de flores en el paseo de Recoletos. También durante esa Alcaldía se acomete una de las reformas de la Plaza Mayor.

#### UN TRAGICO DESTINO

**E**n realidad, aquel alcalde, obeso y dinámico, quiso afrontar el vasto plan de reforma de don Secundino Zuazo. Por vez primera el Ayuntamiento toma conciencia de la necesaria transformación de Madrid. Las elecciones de 1933 otorgan el triunfo a la Confederación Española de Derechas Autónomas, que tenía por líder a don José María Gil Robles. Lerroux forma Gobierno. En el horizonte nacional emerge, todavía inconcreto, el fantasma de la guerra civil: el triunfo de las derechas produce

una excitación grave y violenta en los partidos extremistas. En el Ayuntamiento cesa Pedro Rico. El 7 de octubre de 1934 se hace cargo de la Casa de la Villa, por delegación del Gobierno, don José Martínez de Velasco. Sólo por unos días: el 19 de ese mismo mes, don Rafael Salazar Alonso es elegido presidente de la Comisión Gestora. Su mandato durará sólo un año. El cese se produce por decreto ministerial, el 28 de octubre de 1935. Poco hay que anotar en el haber de este alcalde republicano que tendría, como tantos otros españoles de la época, un final trágico. En el libro «Mis amigos muertos», el marqués de Luca de Tena ha escrito una bella semblanza de aquel alcalde y ministro de la Gobernación, en el que atribuye su muerte a la entereza con que soportó, desde el edificio de la Puerta del Sol, los desórdenes durante la huelga de Artes Gráficas. En septiembre de 1936 un Tribunal Popular le condena a muerte. El día 23, a las seis y diez de la mañana, es ejecutada la sentencia en un patio de la cárcel Modelo. La personalidad del político republicano obligó a las autoridades del Frente Popular a montar el proceso con algún viso de legalidad. La pradera de San Isidro, los altos de la Moncloa, las inmediaciones del cementerio del Este y tantos otros lugares están ensangrentados por las atroces matanzas de aquellos días.





*Sobre los campos pacíficamente urbanos del Parque del Oeste imperó, en un tiempo no muy lejano, el signo de Marte. Imperó para que hoy puedan ser paz, ocio y recreo. Terminada la contienda, los obreros proceden a restaurar los jardines.*

## OTRA VEZ PEDRO RICO

**E**n el Ayuntamiento de Madrid se producen el año 1935 dos alcaldías más: la de don José Verdes Montenegro y la de don Sergio Alvarez R. Villamil (28 de octubre y 4 de noviembre, respectivamente). El triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936 lleva de nuevo al sillón presidencial a don Pedro Rico López (20 de febrero). La guerra civil estalla, como un volcán, el 18 de julio. El 8 de noviembre se hace cargo de la Alcaldía don Cayetano Redondo Aceña. El 24 de abril de 1937 es elegido Presidente del Consejo Municipal, don Rafael Henche de la Plata. Es el último alcalde de la dominación roja. Madrid vive los tres años más dramáticos, acaso, de su historia. Pero... desde octubre de 1936 don Alberto Alcocer y Ribacoba es alcalde de Madrid con residencia en Burgos. Ha sido nombrado por Francisco Franco. Don Alberto Alcocer tardará dos años y cinco meses en tomar posesión de su cargo. El acto se celebra el 30 de marzo de 1939. Se ha cumplido el verso augural «Volverán banderas victoriosas...» Los «fusiles nacionales», cuyos puntos de mira apuntaron insistentemente desde todos los lugares de España a la Puerta del Sol, han enmudecido. Madrid es una ruina. Aquel alcalde errante tiene que enfrentarse con la reconstrucción

de la ciudad. Madrid no será ya el zángano de la colmena. El 28 de marzo de 1939 los regimientos del frente de Madrid alcanzan la cota de la red de San Luis. España recobra su capital. Se han desvanecido los peregrinos pronósticos que alimentaron la idea de asentar la sede administrativa en otro lugar del país. Madrid no será sólo el rompeolas de todas las Españas, sino la síntesis de sus hombres y sus tierras. Sobre las ruinas de la guerra amanece un tiempo urbano decididamente mejor. Sobre aquella circunstancia de la Historia ha escrito Lewis Mumford («The culture of the Cities»): «El movimiento de 1936 transformó a Madrid en un símbolo de vitalidad humana, de nobleza humana y de sacrificio humano, capaz de crear una nueva civilización». Don Alberto Alcocer ha pasado a la historia como el alcalde que planificó y ejecutó la segunda liberación de la Villa: la liberación de los escombros y de las miserias. En unas declaraciones formuladas en «Arriba» (30 de enero de 1944) dijo: «En orden a las necesidades acusadas por Madrid como gran ciudad, he de proclamar nuestro descontento radical y profundo. Del Madrid provinciano encerrado en antiguos límites administrativos, es necesario saltar al Madrid-metrópolis, cabecera de una circunscripción comarcal integrada por los pueblos colindantes». Don Alberto Alcocer y Ribacoba cesó el 22 de marzo





*Dos perspectivas insólitas para nuestros días: los terrenos sobre los que hoy se levanta la mejor vía de Madrid, la avenida del Generalísimo. Las fotos están obtenidas en 1941.*

de 1946. Había concluido la segunda guerra mundial. En mayo de 1957, cuando contaba setenta y un años de edad, falleció en la ciudad «el Alcalde de la liberación». De él escribió Aguinaga: «Alcalde platónico de Madrid desde Burgos y alcalde con plenitud de jurisdicciones en los siete primeros años del renacimiento de Madrid después de la guerra, representa, en efecto, la ansiedad y la capital primero, y, luego, la cimentación de la capitalidad sobre sus propias ruinas.»

### ¡SOLOS!

**E**l 22 de marzo de 1946 es designado alcalde de Madrid, a propuesta del ministro de la Gobernación, don José Moreno Torres, conde de Santa Marta de Babio. Don José Moreno Torres llegó a la Casa de la Villa en plena madurez —cuarenta y seis años—. Hasta entonces había dirigido una labor agotadora en la Dirección General de Regiones Devastadas. «Vengo decidido —dijo— a desarrollar las obras necesarias que corresponden a la capital de España.» Don José Moreno Torres, ingeniero de caminos, es un alcalde dinámico. Tuvo que luchar contra la precariedad de medios económicos. Sólo unos meses después de su nombramiento, la ONU condenaba



a España y nos dejaban solos. Al frente de Madrid, en el ejercicio de un profundo sentimiento capitalicio, don José Moreno Torres marcha con medio millón de personas a testimoniar, ante el Jefe del Estado, el firme propósito de independencia. Una riada humana acude por todas las vías de acceso hasta la plaza de Oriente (9 de diciembre de 1946), en una de las más hermosas explosiones de entusiasmo popular que registra la historia contemporánea.

El cerco es tenaz. Por la ciudad circulan pocos coches, con gasógeno. Los transportes públicos son escasos y deficientes. Durante el mandato de Moreno Torres se crea la Comisaría del Gran Madrid. A la tenacidad y al ingenio del conde de Santa Marta de Babio se deben, en gran parte, las líneas maestras de la profunda transformación sufrida por la



ciudad durante el Régimen de Franco. Pero la política tiene sus exigencias y sus quiebras. El 28 de mayo de 1952 se produce una catástrofe. Un tranvía se ha precipitado fuera de sus raíles y ha caído al río. La relación de víctimas es tan numerosa que la censura de Prensa, establecida por el ministerio de Información y Turismo, resuelve neutralizarla. El Gobierno asiste en Barcelona al Congreso Eucarístico Internacional. La Alcaldía de Moreno Torres naufraga, como el tranvía.

«NO QUERIA DESHACER LAS MALETAS...»

**E**l 15 de junio de 1952 se designó a don José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde. Años después confesaría a un periodista: «Llegué a la Casa de la Villa sin atreverme a deshacer las maletas, porque no sabía si iba a estar ocho días o un año.» Estuvo trece. En una de mis conversaciones con el conde de Mayalde me dijo: «Veía mal la ciudad antes de ser alcalde; la veía con muchos defectos. Hoy la conozco mejor, y precisamente por conocerla más a fondo la veo con muchos más defectos todavía.» Don José Finat y Escrivá de Romaní se enfrentó con el problema de los transportes urbanos. Lo resolvió en gran parte. La vitalización de la E. M. T. es obra suya, personalísima. Pero Mayalde pasará a

*Las obras del Viaducto, durante una visita del señor Serrano Súñer (1940), a quien acompaña el "alcalde de la liberación" señor Alcocer, y otras autoridades.*



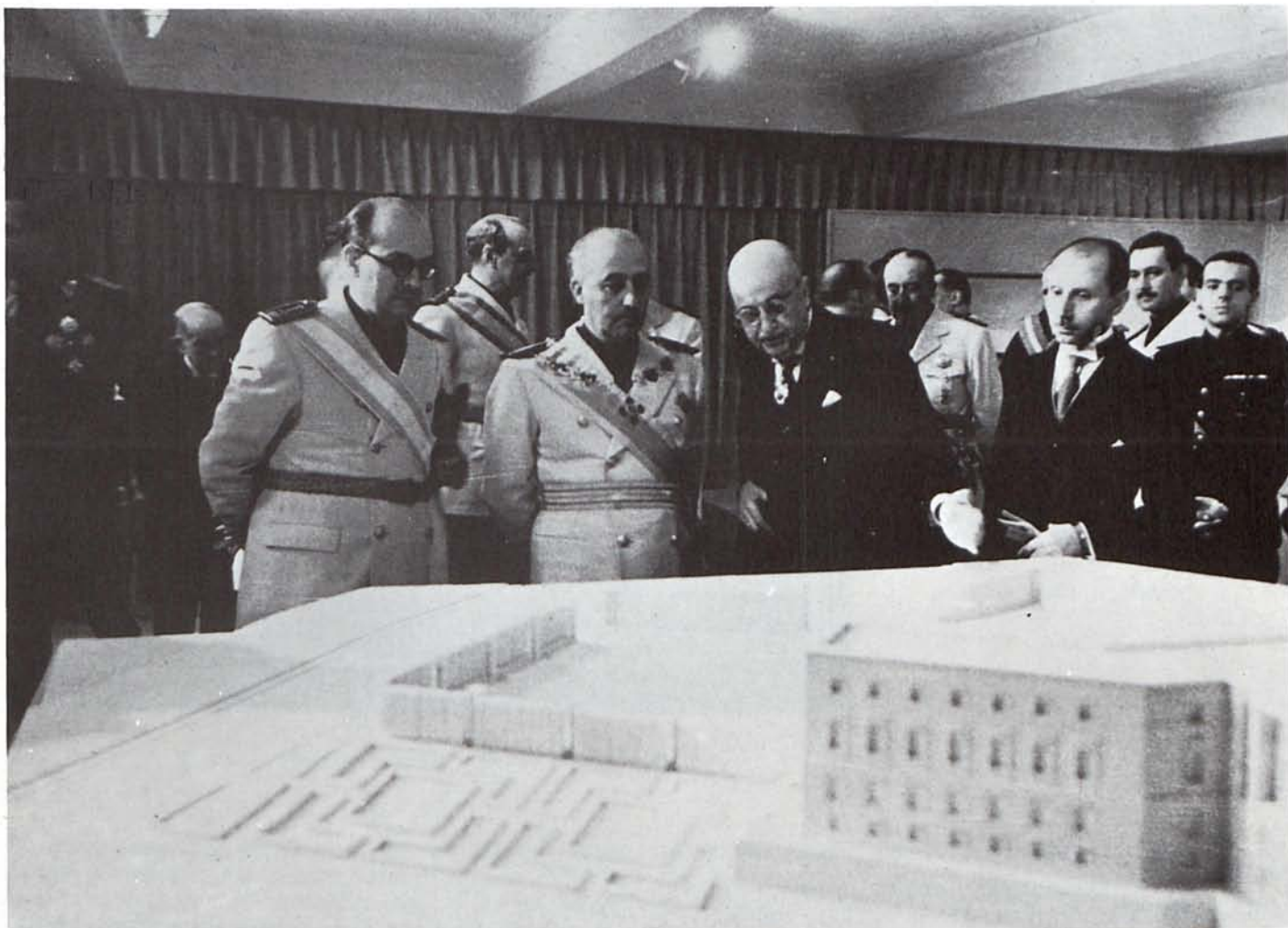
*Dos fotos para la historia: El Jefe del Estado inaugura (1943) la Ciudad Universitaria de Madrid, tras la devastación de la contienda. En esta página, un aspecto de la tribuna, ardorosa y juvenil. En la siguiente, el Caudillo escucha las explicaciones que le ofrecen sobre la grandiosa obra realizada por orden suya.*

la Historia por dos cuestiones distintas: puso en circulación el nombre de Madrid por el mundo, tras el cerco diplomático, y obtuvo para la capital de España la Ley de Régimen Especial. Este último acontecimiento se produjo en junio de 1963. Ese año culminó su primer mandato. Pero fue designado nuevamente alcalde, de acuerdo con las previsiones de esa Ley. Tomó posesión, junto con una nueva corporación municipal, el 2 de enero de 1964. Un año después (5 de febrero de 1965) puso la dimisión. Mayalde fue un alcalde popular, bondadoso, sencillo. Un hombre bueno. Un caballero. Durante su mandato Madrid asistió a la magna operación del Plan de Urgencia Social de la Vivienda (1957); al nacimiento de Ana Isabel Sainz de Cueto Torres (julio de 1959), que fue la niña en quien se personalizó al madrileño «dos millones», y a la cesión definitiva de la Casa de Campo (1963).

**UN NOMBRE PARA LA HISTORIA:  
CARLOS ARIAS**

**T**al y como digo al inicio de estas líneas, el 5 de febrero de 1965 fue designado por seis años, tal y como prescribe la Ley de Régimen Especial del Mu-





nicipio, don Carlos Arias Navarro. Era entonces director general de Seguridad. Carlos Arias fue como un terremoto. Ha sido, sin duda, el mejor alcalde de Madrid. Dicho esto habrá que añadir, a renglón seguido, que ha contado con dos circunstancias que no obtuvieron sus antecesores, un sistema administrativo mejor y una España más próspera, menos agobiada. Los problemas fundamentales con que Carlos Arias ha tenido que enfrentarse se corresponden con situaciones socioeconómicas más óptimas: el desarrollo del parque automovilístico, la contaminación atmosférica... Arias ha transformado a la ciudad: los pasos a distinto nivel, las operaciones asfalto y alumbrado, la creación de puestos escolares, la restitución de la Arganzuela, las cesiones de la Casa de la Moneda y del cuartel de Conde Duque, los parques públicos, la reorganización de la Policía Municipal y tantas otras cosas que han quedado inscritas en su haber. Durante su mandato se produjo el nacimiento del madrileño «tres millones», cuya designación recayó, también, en una niña: María del Carmen García (agosto de 1968), y se ha multiplicado, sigue multiplicándose, el parque automovilístico. Arias Navarro accedió a la Casa de la Villa cuando rodaban por Madrid los «300.000» de matrícula, y la ha abandonado cuando se rebasó el

millón y se buscó la nueva fórmula. Fue designado nuevamente en 1971 para otros seis años. Madrid ha cruzado en este tiempo las ideales barreras de la megalópolis. El actual ministro de la Gobernación cuenta con un rotundo prestigio popular.

En los setenta y tres años del siglo, Madrid ha pasado de ser un caserón manchego miserable, abigarrado en torno a la plaza de Oriente, a una ciudad de niveles europeos. Los alcaldes se han ido sucediendo desde la regencia de doña María Cristina Habsburgo-Lorena al régimen de Francisco Franco. De por medio quedan el reinado de don Alfonso XIII, la segunda República y la dominación del Frente Popular. No es necesario ser erudito para llegar a esta sencillísima conclusión: Los años decisivos del desarrollo de Madrid han sido los de la posguerra. Don Miguel Angel García-Lomas tendrá que enfrentarse con una labor difícil y erizada de compromisos: la reforma administrativa. Hasta el momento y en los escasos meses que lleva al frente de la Alcaldía-Presidencia, ha sido un leal y fiel continuador de la obra de Carlos Arias Navarro.

Antonio IZQUIERDO

(Reportaje gráfico del archivo de Gerardo Contreras.)



# EL "BOOM" DEL ARTE EN MADRID

Por L. FIGUEROLA-FERRETTI

**M**ADRID se expansiona y medra en varias dimensiones más allá, claro es, de lo viario y municipal, y una de ellas es la de sus mercados de arte plástico. Si hace veinte años no llegaban a la media docena las galerías donde se registraba el pulso creador de nuestros artistas y se vendían sus obras, hoy sobrepasa la cifra de ciento cuarenta. El fenómeno de la cultura por la imagen ha tenido que ver bastante en este asunto, fenómeno que no es una invención periodística o literaria sino atañente al hecho real y comprobable, por tanto, de que la gente ve más televisión que lee, y cuando hace esto último, prefiere que sea con una fotografía encima del texto. También puede decirse con veracidad que los niños de hoy aprenden antes a expresarse mediante el dibujo y la pintura que por medio de la escritura. Si usted tiene, lector, un hijo, un sobrino o un nieto de pocos años, compruebe esta afirmación.

Naturalmente que lo que acabamos de señalar no es todo lo determinante de este «boom» expositivo. Es innegable, por ejemplo, la gran apertura registrada a favor de las vocaciones jóvenes que hace un cuarto de siglo difícilmente lograban abrirse paso hacia las salas de exposiciones ceñidas entonces, exclusivamente, a la fácil operación mercantil de negociar con la obra de los famosos y consagrados con una clientela amplia que acudía a las galerías de arte para deleitarse con el retrato encargado o el paisaje de su predilección propios para el ornato de sus viviendas particulares. Sin descartar el objetivo crematístico perseguido por cuantos se dedican a montar salas de exposiciones, no cabe duda que buen número de sus organizadores tratan de captar nuevos valores con méritos suficientes para atraer



Alonso Cano. 3.020.000 pesetas.





Benjamin Palencia. "Cabras". 3.000.000 de pesetas.



"Luis Paret y Alcázar".

el interés público, mayoritario o minoritario, aun cuando su obra se encuentre inmadura o en periodo de ensayo y tanteo de caminos. Esto, claro es, ha influido considerablemente en la proliferación de tal número de salas y galerías que nos es difícil, a la hora de redactar estas líneas, precisar el número exacto de las existentes en nuestra capital madrileña por la frecuente noticia de las inauguraciones de nuevos locales de este orden. Una publicación dedicada a la orientación del aficionado y del comprador de obras de arte de hace menos de medio año registraba en sus páginas no menos de 138 salas de exposiciones y en ella, por razones fácilmente adivinables, no figuraban todas. De entonces acá se han inaugurado algunas más y... la temporada está empezando.

Por otra parte es curioso advertir que hasta hace un par de años o algo menos los locales dedicados a este menester exhibitorio tributaban como un local comercial cualquiera sin tener en cuenta los Organismos fiscales sus ganancias. Una disposición de Hacienda modificó la tasa de impuestos en razón a las ventas que realizaban, lo cual produjo en los primeros momentos una reacción de protesta por parte de los que se consideraban perjudicados con el reajuste impositivo. Pues bien, a pesar de esto, en vez de producirse, con cierta lógica, el cierre o desaparición de algunos locales afectados, lo ocurrido, como venimos diciendo, es el constante aumento de particulares o empresas dedicados a estas actividades. Ello quiere significar, sin la menor duda, el rendimiento económico que producen.

Intimamente relacionado con este estado de cosas están las salas de subastas que hace cuatro años, o poco más, no existían como negocio fijo y estable, y

de entonces acá se han multiplicado hasta el punto de que bien puede afirmarse que existen tres firmas de gran importancia y más de otras tantas menores dedicadas a la puja y venta de las obras de arte. A ellas se viene a sumar esta temporada, atraída sin duda por el reclamo de las operaciones que se vienen efectuando en España, especialmente en pintura, una muy calificada empresa británica cuyo empuje y capacidad de negocio puede medirse al recordar que fue la autora de la venta del retrato de Velázquez, de Juan de Pareja, por más de cinco millones de dólares.

La formalización de las subastas, por la que puede considerarse pionera de estas actividades, se inicia en 1969 en un momento en que sólo esporádicamente se producían entre nosotros en casos muy precisos por algunos establecimientos de compra-venta. Hoy existen no menos de siete, sin contar dos firmas inglesas que, seguramente al leer estas líneas que ahora escribimos, ya habrán inaugurado sus actividades. Bien es verdad que no todas tienen la misma solvencia e importancia, y en este orden, como antes decíamos, hay cuatro o cinco que ni por la calidad de sus ofertas ni, todo hay que decirlo, por la autenticidad de las firmas que la respaldan, merecen la misma confianza. La más importante, sin duda, de todas las existentes hoy —antes de que las extranjeras inicien sus operaciones entre nosotros— nos informa cumplidamente sobre el orden de cotizaciones alcanzadas en las subastas celebradas a partir del año antes citado, en que la cifra más alta alcanzada fue la de 315.000 pesetas por una tabla hispanoflamenca del siglo xv: «El cuadro que obtuvo mayor cotización fue un Darío, de Regoyos, en pesetas 3.650.000, en diciembre de 1972. Un Alonso Cano



—«San Vicente Ferrer»— llegó a 3.020.000, un Benjamín Palencia —«Cabras»— a 3.000.000, un Joaquín Mir, 1.600.000, un Zabaleta, 1.550.000, un L. Paret Alcázar, 1.440.000, un Picasso, 3.500.000, un Fortuny, 2.000.000, un Jiménez Aranda, 1.450.000...». Y para mayor aclaración, nos precisa la firma en cuestión: «todas estas cotizaciones han quedado bajas comparadas con el momento actual». Juzgue por otra parte el lector que tal afirmación tiene, por ejemplo, la referencia de la venta del Regoyos antes citado para darse cuenta del ritmo fabulosamente creciente que adquiere, día a día, la obra de arte pictórica.

Es curioso saber en este orden de cosas, porque de ello se deducen sabrosas consecuencias, que se vende mejor la pintura española que la francesa, como lo demuestra, por ejemplo, el caso reciente de un Renoir sacado a subasta en otra firma competidora y que no alcanzó la cobertura de salida, por lo cual, claro es, tuvo que ser retirado. Bien es verdad que las dimensiones del cuadro eran 41 X 33 y el precio base... ¡¡ocho millones de pesetas!!

Una parte de la moraleja de todo esto es que, según los expertos, la gente, los compradores, van adquiriendo progresivamente experiencia en las operaciones que se les presentan, y en este sentido puede darse el caso, y de hecho se da, de que una obra de autor joven se venda mejor, proporcionalmente, que la de un autor consagrado cuando, efectivamente, la calidad de aquella es superior a la de éste.

En otro aspecto es muy interesante saber que el «boom» de las operaciones de obras de arte en Madrid ha contribuido decisivamente a la divulgación de los valores de la pintura moderna, e incluso, de la clásica. Por esa razón transcribo seguidamente las declaraciones que me ha hecho la firma subastadora más calificada a que me vengo refiriendo hasta el momento de escribir estas líneas: «El panorama artístico español hasta el año 1969 en que comienzan nuestras subastas no podía estar más apagado, y pintores de la categoría de un Nonell o un Cossío sólo eran conocidos por los estudiosos, los críticos y unos cuantos coleccionistas. A partir de esta fecha comienzan a salir al mercado muestras pictóricas de estos artistas y un público que hasta entonces permanecía totalmente al margen, empieza a interesarse y a comprar obras de la rica cantera de maestros, no ya clásicos, sino de los recientemente descubiertos por ellos de los siglos XIX y XX. Y se va dando un justo valor a aquellos artistas que permanecían en la sombra».



Zabaleta. 1.550.000 pesetas.

Finalmente, no será ocioso añadir que todo este auge de las obras de arte, especialmente las españolas entre nosotros, ha cubierto, sin proponérselo, un valioso objetivo fuera de nuestras fronteras, hasta el punto de que muchas pinturas desconocidas en el extranjero comienzan a cotizarse, no sólo desde el punto de vista crematístico sino también desde el plano estrictamente cultural. Por eso aunque en cierta medida esta pujante actividad mercantil denote un signo característico de nuestros tiempos, especialmente en lo que al terreno de las inversiones se refiere, es aleccionador comprobar la trascendencia espiritual que de todos modos tiene, marginalmente, el «boom» del arte en Madrid.

L. F.-F.



# SERAFIN VILLEN -

## MADRID EN EL ALMA

Por José Luis PECKER



*El Rastro. Aquí vive, sueña y pinta Serafín Villén.*

**T**ODO puede nacer en un patio. Como esta entrevista.

En un patio que tiene siete metros por cinco.

Donde el orden pone multa al desorden; a la derecha y al fondo, madera. Madera gris lavada por el tiempo. De arcas, escaños, alacenas...

A la izquierda, azulejos, hierros de forja, postes gallegos, trofeos de caza...

*Junto a la puerta, un banco de carpintero.*

*En ese patio se han jugado muchas partidas de amistad hasta las tantas de la madrugada. Y, como la discusión gateaba por las paredes hacia las viviendas particulares, algunas veces llovieron tomates y naranjas sobre los contertulios.*

*Antonio Sánchez, pintor, torero y tabernero, se quejaba:*

*—No vuelvo. Como mi cabeza destaca de las demás por el cabello blanco, todos me alcanzan.*

*Pero Antonio volvía.*

*En ese patio de la calle Rodrigo de Guevara, número 4, ya no se juega al tute, ni al julepe, ni al mus. Ha pasado mucho tiempo. Los amigos de Serafín cumplieron años, reumas y muertes.*

\* \* \*

*«Que pase de mano en mano  
la cantimplora bella.  
Bebamos en ella  
todos por igual.  
Tras, tras, tras.  
Trrrastras, tras, tras.  
Esos traguitos  
son los gorgoritos  
de la felicidad.»*

*A la hora de hacer río con el tinto quitapenas, siempre cantaban lo mismo.*

*Era un rito que no se interrumpiera el trago —como un puñal de sueños— mientras los demás hacían el coro a la bota.*

*Si llegaba un nuevo contertulio, estaba perdido. El "Tras-tras-tras. Trrrastras, tras, tras, tras" podía repetirse tantas veces como a los "comen-beben-sales" les viniera en gana. Y se admitía el ritmo lento y funeral. El novato del grupo se jugaba con esta canción la claridad de ideas y el equilibrio.*





Casas nuevas en la Ribera de Curtidores. Serafín, un "príncipe" para un barrio castizo.

Serafín Villén jamás se fue a la cama temprano.

Aprendió a gustar las noches, bañadas de ese aroma de pan caliente que regalan las tahonás cerradas.

Porque fue panadero antes que fraile.

Su vida niña, junta la emoción del río, la del niño, la de la aventura.

Nació en Torrelacárcel (Teruel) hace setenta y dos años.

Fue el último hijo de una familia larga. En total, nueve hermanos.

Sumaba cuatro meses cuando perdió a su padre.

Sabe que le criaron quitándole el llanto con sopetas: rebanadas de pan rociadas con vino y azúcar.

El campo era su amigo.

—¿Quién te enseñó a pescar, Serafín?

—El tiempo y la necesidad.

\* \* \*

La necesidad le hizo hombre de prisa.

Contemplaba a su madre con amor. Y cada sufrimiento se lo compensaba con una captura. Muchas veces cenaron todos gracias a él.

Le costaba un dolor traicionar a los peces. Una vez en el agua, buscaba con las manos entre las piedras. Nunca le tentó la violencia; acariciaba el frío de las escamas para que se entregaran con gusto.

En la vida, la familia Villén resultaba muy particular.

Cuentan que su abuelo decidió acercarse a Madrid desde Ojos Negros. Se imponía el viaje a pie. Cuando llevaba recorridos buen número de kilómetros decidió regresar a casa. Y esta fue la única explicación que obtuvieron: «Me daba el aire de cara y me volví».

Su padre también probó fortuna en otras partes. Cierta día escribió una carta anunciando el regreso. Pero pasó el tiempo... Al abrir la puerta del hogar recibió una pregunta lógica:

—¿Cómo ha tardado dos meses? ¡Habría venido a pie... y pidiendo!

—¡Como que iba a venir dando!

\* \* \*

Serafín Villén no regresó a su pueblo.

Llegó a Madrid desde Torrelacárcel. Tenía entonces once años.

Había caído la tarde cuando llamó en el número catorce de Concepción Jerónima. Allí iba a dormir durante algún tiempo.

—¿Cuándo empezaste a trabajar?

—El día siguiente, a las ocho de la mañana.

¿Tu obligación?

—Repartir pan.

—¿Tu sueldo?

—Tres duros al mes y la comida. Ahorraba dos y los mandaba a mi madre.

—¿Empezaste a conocer la capital?

—¡Y de qué manera! Hacía de seis a ocho viajes diarios en los que recorría de cuatro a cinco kilómetros, con un cesto en la cabeza lleno de barras.

—¿Siempre por las mismas calles?

—No. Cambié de horno para disfrutar de la ciudad que me acogía y recorría en todas direcciones. Trabajé en un despacho de la calle del Ángel, en otro de Jesús del Valle, en la calle de la Libertad (repartiendo a sucursales y a domicilio); en el despacho que tenía en Fernando el Católico la Panera Industrial, desde donde llevaba el pan hasta Cuatro Caminos. Sudaba lo mío, porque cincuenta kilos en la cabeza son muchos kilos. Después me fui a la «mili».

—¿Dónde la hiciste?

—En Zaragoza y Melilla. Y a mi regreso comencé a trabajar como





*Los anticuarios le ceden sus mejores piezas para su próxima exposición de acuarelas. (Luis Carabe le brinda esta talla de Felipe el Hermoso.)*

oficial de panadería. Primero, en Velarde, y luego, en Carabanchel.

—¿Qué ganabas entonces?

—Once pesetas diarias y un kilo de pan.

—¿Cuál era el precio del pan?

—Cincuenta y cinco céntimos kilo, ya fuera pan francés, vienés o candeal.

—¿A qué hora comenzabas a trabajar?

—A las dos de la mañana y salíamos a las siete o las ocho.

—¿Cuándo disfrutabas de la vida?

—Mi «día libre». Preparaba la comida y marchaba al campo: a la Casa del Lagar, en Puerta de Hierro; al Cerro de los Locos, a Pozuelo... Por cierto que siempre llevaba tortilla. Las hacía de pescado, de setas, de garbanzos. Sólo se me resistían las lentejas; intenté ligar-

las con dos huevos, tres, media docena. ¡No hubo manera!

—¿Ibas solo?

—Nos reuníamos gente del gremio de panaderos: Demetrio y Eduardo Quintana, entre ellos. ¡Qué bien lo pasábamos! Recuerdo que fundamos la «Sociedad de los Lupandas», cuyos estatutos eran breves. «Esta Sociedad estará formada por buenos comedores y mejores bebedores. No podrá pertenecer a ella nadie que sufra dolor de estómago y que no esté de acuerdo con el dios Baco.»

—¿Os hicisteis notar?

—Físicamente, en todas partes. Ten en cuenta que Quintana pesaba ciento cuarenta kilogramos.

\* \* \*

Serafín Villén posee algo especial.

Como ahora se dice, «un extraño poder de convocatoria».

Recuerdo una peña que nació los viernes por la noche en Casa Paco, de la calle del Humilladero. Éramos diez o doce. Cenábamos juntos y jugábamos a las cartas una vez por semana, barajando la vida con la amistad.

Serafín apenas hablaba. Pero cayó enfermo una larga temporada, y la reunión se deshizo «porque faltaba el jefe».

\* \* \*

En otra ocasión le llevaron al quirófano para estirparle uno de esos quistes que proporciona el mucho amor a los perros. Los amigos le acompañamos durante la convalecencia. Cuando se recuperó, invitó a un cocido en la taberna de An-



tonio Sánchez a los médicos que le atendieron y a cuantos estuvimos a su lado durante el sufrimiento. A propuesta del doctor Martínez Alonso, en aquella comida nació la peña de «Los Marcianos», que continúa reuniéndose en el mismo lugar en torno a Serafín, los segundos martes de cada mes, hace ya quince años.

\* \* \*

Dirige el grupo de «Exploradores», que le nombra jefe indiscutible y le honra con el título de «Viejo guía Diente-Duro». Todos los años se organizan «safaris» fotográficos en «su finca» —la Casa de Campo—, que terminan en un almuerzo feliz, acompañado de la suelta de dos kilos de caracoles salvajes con objeto de que se reproduzcan y aumente la cabaña nacional

\* \* \*

Posee tres títulos cariñosos:

«El Divino Calvo», para los carteles de toros, cuando actuaba en festivales benéficos.

«Serafín de Serafines» le llamó Antonio Díaz Cañabate.

«El Príncipe del Rastro» le bautizó Ramón Gómez de la Serna.

Lleva siempre una moneda de plata en el ojal, un Luis XVI, que



*La Casa de Campo es uno de los más queridos temas de Serafín Villén.*



*Los hermanos Lage le brindan una talla de Santiago (escuela alemana), que será peregrino en los paisajes que pinta Serafín Villén.*

le costó sesenta duros hace diez años. Y arañándolo, un ramito de tomillo.

Ha gastado capa toda su vida. La primera —usada—, la cambió «pelo a pelo» por un abrigo nuevo que acababa de costarle ochenta y cinco pesetas.

\* \* \*

Serafín Villén va a presentar el día 20 de noviembre en la Galería Griffé y Scoda su cuarta exposición de acuarelas.

En esta ocasión será un homenaje de sus amigos los anticuarios. Sus cuadros estarán rodeados de tallas importantes de los siglos XIII al XVII, cedidas de mil amores. Será una exposición llena de color, de cariño, de bondad.

—¿Cuándo celebraste la primera?

—En 1968. Me empujaron los amigos y no tuve más remedio.





—¿La segunda?  
 —En Marbella, dos años después.  
 —¿La tercera?  
 —Otra vez en Madrid.  
 —¿Tu color?  
 —El morado.  
 —¿Tema favorito?  
 —Los ancianos.  
 —¿El paisaje más bello?  
 —Madrid, desde la Casa de Campo.  
 —¿Qué te estremece?  
 —Un árbol viejo, seco y roto.  
 —¿Qué te alegra?  
 —El espectáculo de dos piedras gigantes que se besan.  
 —¿Qué te divierte?  
 —La charla de las mujeres mientras lavan en el río o en la fuente.  
 —¿Quién te enseñó a pintar?  
 —Nadie. Sentía esa afición desde niño. Recuerdo que las porteras vigilaban mi tiempo cuando subía a los pisos repartiendo el pan para que no dibujara en la escalera.  
 —¿Y a comprar?  
 —Tampoco me enseñaron. En 1931, al salir del trabajo una mañana, acerté a pasar por el Rastro. Estaban liquidando una colección de reproducciones de cuadros de

Velázquez que había ordenado hacer el ministerio para enviarlas a América. No sé por qué no saldrían hacia su destino; el caso es que me encontré con un buen montón de láminas tamaño 20×30 centímetros, que pagué a tres céntimos.

—¿Y decidiste?...

—Irme al Museo del Prado y venderlas a cinco. La verdad es que me las quitaron de las manos. Creí que debía continuar el negocio; todos los domingos salía del horno a las ocho y me dirigía a Cascorro. Hasta las diez buscaba grabados, dibujos, telas..., y a las once me presentaba en la puerta del Museo, abría mi maleta, extendía una manta y comenzaba la venta. Tenía como clientes al duque de Alba, a don Elías Tormo...

—¿Qué ganabas?

—Doscientas pesetas cada domingo.

—Y ampliaste el negocio...

—Eso fue después de la guerra. Se me metió en la cabeza abandonar el oficio de panadero y dedicarme a otra cosa. Compré a un señor de la plaza Dos de Mayo un lote de cuarenta cuadros, los lim-

pié y los vendí en seguida. La operación me dejó quinientas pesetas.

—Eso te animó...

—Sí. Y decidí comenzar a viajar en busca de pintura.

\* \* \*

Serafín abre un puesto todos los domingos en la plaza General Vara del Rey.

Y en cuanto puede alquila un «encierre» o «encierro» para guardar las obras que consigue en la calle Santa Ana. Logra una tienda con tres habitaciones en el número diecisiete. Había sido un viejo convento, que se convirtió más tarde en lugar de cita para mujeres de alegre vida. Allí almacena Serafín sus libros, sus revistas, sus lienzos...

—¿Quiénes eran tus clientes habituales?

—El embajador del Japón, el poeta Adriano del Valle, Mariano Rodríguez de Rivas, que compraba mucho (cuadros y objetos que hoy figuran en el Museo Romántico).

—Como anticuario, ¿supiste descubrir cosas nuevas?

—¡Esta patria tenía tanta riqueza! ¿Para qué dedicarme solo al arte, a los cuadros de línea excelente? Viajando comencé a descubrir otro «arte menor» espléndido. Cuando casi nadie apreciaba «lo popular», yo me lo encuentro, me emociona y me dedico a adquirir alacenas, escaños, bancos, mesas de madera.

—¿Qué provincias recorres?

—León, Toledo, Zamora, Salamanca. Galicia, más tarde.

—En el Rastro interesa todo lo que consigue Serafín Villén. Muchas veces no llega a descargar el camión; se lo compran sin conocer el contenido.

—Sin embargo no eres esclavo de la prisa. Cada vez tardas más en regresar...

—Es que quiero llegar a los pueblos más alejados de cada región que visito. Hay que hacer el camino a pie... Me detengo y pinto. Y charlo con la gente. No me interesa sólo comerciar; me interesa aprender.

—¿Qué tiempo empleas en esos viajes?

—A veces estoy fuera hasta tres meses seguidos.

—¿Viajas solo?

—No. Con Antonio «el compadre»... A lo largo de veinte años hi-



cimos juntos infinidad de caminos. Poseía un espíritu y una gracia especiales.

—De todos los lugares que conoces entonces, ¿qué pueblos te emocionaron especialmente?

—Puebla de Sanabria, Miranda del Castañar, San Martín del Castañar, Truchas y la paz de las Bañuecas...

—Trabajas en cierto modo para los demás, porque en tu «encierro» no falta jamás una bota de vino...

—Ni un queso ni un jamón.

—Tienes ratas...

—Pero son amigas; «la Antonia», «la Pepa» y «la Luisa» saben que no pueden tocar el condumio de la gente que quiero.

—¿Quiénes acuden a tu tienda para brindar como viejos camaradas?

—El doctor Luque, el escultor Juan Cristóbal, los matadores Antonio Sánchez y Domingo Ortega, el ganadero Pérez Tabernero, los escritores Sánchez Silva, Gerardo de Diego, Dámaso Alonso, Antonio Díaz-Cañabate y Ramón Gómez de la Serna; el pintor Vázquez Díaz.

—¿El cuadro que no quisiste vender nunca?

—El de la Virgen de la Paloma, que aún conservo en Chopa.

—Una curiosidad. ¿qué orden diste al sereno de tu barrio?

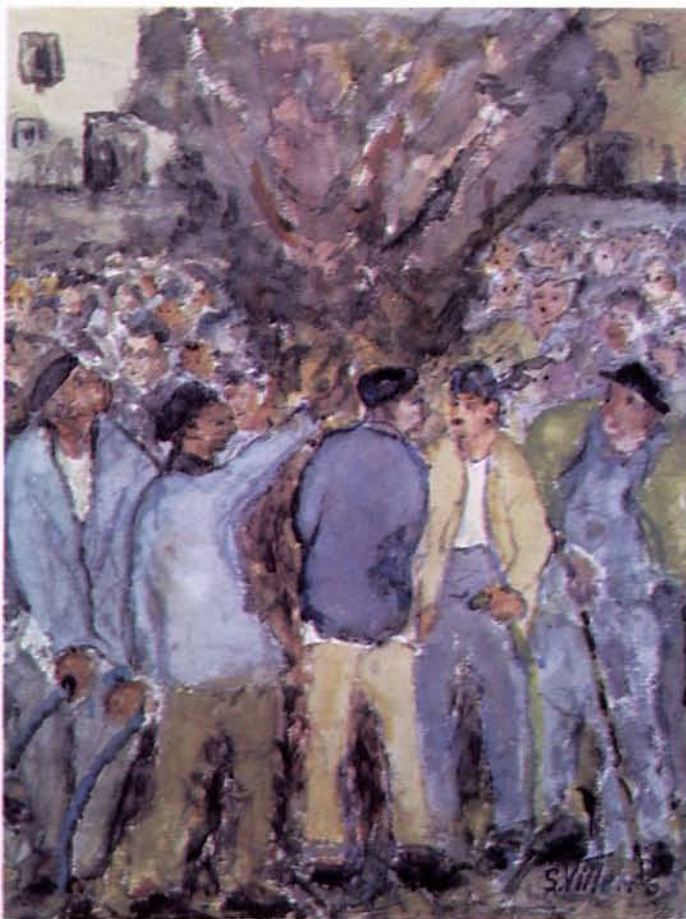
—Que acudiera quien acudiera, si decía «Soy amigo de Serafín» le abriera la puerta... Así, aunque yo me encontrara de viaje podían seguir reuniéndose en casa. Para mí era un honor que se sintieran a gusto en ella.

—¿Recuerdas el peor negocio de tu vida?

—Sí. Vendí un Velázquez en cuarenta duros a don Fernando Martín Rubio. Era el retrato de una monja a la que habían borrado la mano derecha.

\* \* \*

Después la casa de la calle Santa Ana fue declarada «en estado ruinoso».



*"Grupo de hombres sin hacer nada". Otro de los temas favoritos de Serafín Villén.*

Serafín peleó para no marcharse de allí. Al final no le quedó otro remedio, porque derribaron el edificio.

Se lleva todas sus cosas a Chopa, 4 (hoy Rodrigo de Guevara).

Su pequeño estudio, donde pinta, escribe y restaura, lo bautiza don Daniel Vázquez Díaz como «Capilla seráfica».

Allí descansa la sombra del porrón más grande del mundo, con su pitorro de medio metro y su capacidad para cinco litros.

Allí, su colección de extraños bastones con rostros humanos.

Allí, un cementerio singular formado por las cajas fúnebres de «las arenconas» ocupadas los miércoles color ceniza en el «entierro de la

sardina», cuya tradición popular Serafín mantiene.

Allí, en piedra, la seta-madre de todas las que Serafín conoce bien: cañareja, de cardo, de pezón azul, de piedra, de chopo...

Allí, sus botas de vino repletas. Permanentes.

Allí, las acuarelas más sentidas, que Serafín ha pintado en todas las esquinas, bajo todos los árboles...

Allí, los recuerdos de una vida larga y hermosa.

Allí, el silencio en la compra. Porque Serafín no puede viajar desde hace ya unos años.

Allí, vivo aún, el sabor de un Madrid que se pierde un poco cada día.

J. L. P.



# VERDE MADRID

Por María Luz NACHON



*Vista panorámica del parque "Alcalde Carlos Arias"*

El día 25 de julio, fiesta de Santiago Apóstol, Madrid estrenó el parque «Alcalde Carlos Arias», tercero de los inaugurados en 1973.

Enclavado en el barrio de Aluche, en tiempos perteneciente a los Carabancheles y hoy distrito de Latina, el nuevo parque, a más de constituir una importante realización social, constituye el primer home-

naje tributado por el pueblo de Madrid a quien rigió la Villa durante ocho años de intenso laborar hasta cambiar radicalmente la faz de la capital de España. El homenaje —que surgió del Ayuntamiento pleno en sesión del 27 de junio, por dejar la Alcaldía el señor Arias Navarro nombrado ministro de la Gobernación—, se hizo realidad el día





*Los señores Arias Navarro y García-Lomas recorren el parque.*

de la inauguración, al manifestarse masivamente el vecindario que mostró su agradecimiento y gozosa satisfacción, dedicando al ministro renovados aplausos y cariñosos y hasta castizos «vivas»...

Acompañado del nuevo alcalde, señor García Lomas; presidente de la Junta del Distrito, señor Ledesma, y otros destacados miembros de la Corporación Municipal, el ministro de la Gobernación recorrió a pie el parque, con parada en su último tercio, donde aquél se parte en dos cruzado por la calle de Illescas, lugar de emplazamiento de la gran lápida de mármol de Italia con la inscripción «Parque Alcalde Arias Navarro» en el frente, figurando al dorso los nombres de los quince parques creados a lo largo de su mandato: Berlín, Sancho Dávila, Jardín de Vivaces, San Isidro, Montaña - Dehod, San Blas, Arganzuela, Avenidas, Moratalaz II, Atenas, Entrevías, Tinaja - Parque del Oeste, Vía-Parque Arturo Soria y Dehesa Boyal. Todo un palmarés difícil de igualar y que por sí solo dice de la preocupación del señor Arias Navarro de dotar a la Villa de nuevas zonas verdes, y, también, de como su promesa de crear un parque cada año, fue sobrepasada con creces.

Descubierta la placa, velada por la bandera española, el señor García Lomas pronunció unas palabras a las que contestó el señor Arias Navarro.

Acabados los discursos, ministro y asistentes —entre los que figuraban las señoras de Arias Navarro y de García Lomas— terminaron el

recorrido del parque en su último tramo o zona de juegos infantiles, de la que los pequeños vecinos de Aluche ya se habían hecho amos y señores.

#### *UN PELIGROSO VERTEDERO*

Los terrenos del hoy parque «Alcalde Carlos Arias», constituyeron durante mucho tiempo motivo de honda preocupación para la Casa de la Villa y de peligro para los moradores de la zona. La larga franja —casi kilómetro y medio— además de ser un auténtico vertedero estaba cruzada por treinta y tres cables aéreos de alta tensión, auténticas espadas de Damocles suspendidas sobre quienes acudían al lugar —niños preferentemente— y que junto al riesgo de accidente, impedían la construcción del parque.

Establecidos contactos directos con las empresas propietarias de los tendidos —Hidroeléctrica Española e Iberduero— se llegó a un acuerdo por el que aquéllas se comprometían, y así lo hicieron, a retirar las columnas y enterrar los cables de 45.000 y 15.000 voltios. Realizadas estas costosas obras, que han supuesto por parte de las citadas empresas un desembolso superior a los cien millones de pesetas, se iniciaron las obras en el mes de febrero del año actual, tropezando con grandes dificultades, por ser el terreno echadizo hasta una profun-







*Una gran multitud acompañó a los señores Arias Navarro y García-Lomas en los actos de inauguración*

didad de quince metros, para llevar a cabo el hormigonado y pavimentación.

El parque tiene una superficie aproximada de 190.500 metros, y está limitado por las calles Valmojado, Maqueda, Quero y Templeque. Atravesado en su tercio final por la calle de Illescas, comprende dos zonas claramente definidas: una estancial y otra de juegos infantiles.

#### **EL ARROYO CONVERTIDO EN RIA**

La zona estancial tiene como principal elemento una ría de 500 metros de longitud, lo que fuera el le-





cho del viejo arroyo Aluche —primitivamente Luche, cambiándose su nombre por aparecer en planos y cartas topográficas como A. Luche— flanqueada de césped y bella jardinería de rocalla, en la que se han empleado cien camiones de rocas de granito procedentes de la provincia de Madrid —Villalba, Valdemorillo y Galapagar— y 40.000 plantas de flor, acompañadas de árboles muy decorativos como son abedules, sauces llorones, cedros, cipreses jardineros y liquidambares, especie arbórea procedente de China y con flores parecidas a las de los tulipanes.

A lo largo de la calle se han plantado, a modo de pantalla para aislamiento de ruidos, chopos bolleanos.

La ría comprende 22 estanques escalonados que dan lugar a veinte vertederos que llevan las aguas desde el estanque superior al inferior y la cruzan tres pasarelas de estructura metálica revestida de madera de teca, para unir ambas orillas. El agua se recupera mediante dos bombas sumergidas, de 25 CV cada una, que producen un caudal de 100 litros por segundo, bombeando un volumen de 2,600 metros cúbicos. Los residuos del lago superior abastecen los vertederos por medio de una tobera central y una corona de surtidores de borbótón para conseguir el máximo caudal.

#### CASI CINCO MIL ARBOLES

El número de árboles plantados se eleva a 4.810, de los que 1.127 son pinos, 2.027 chopos bolleanos, 167 cedros, 360 álamos blancos, 126 *acers* y el resto otras especies variadas.

Los arbustos son 18.294, correspondiendo a los pitosporum la mayor cantidad: 10.850, seguidos por las adelfas, 5.600 y las verónicas con un millar.

La plantación de flor es de 38.869, cifra que, añadida a las anteriores, significa un total de 61.973 plantas, esto es, árboles, arbustos y especies de flor. Para la formación de césped se han empleado 1.260 kilos de semilla y los abonos orgánicos para fertilización del parque, representan la suma de 156.582 kilogramos.

#### ZONA DE JUEGOS INFANTILES

Las dos zonas del parque disponen de una serie de paseos asfaltados y en ambas también hay instalados bancos y papeleras.

En la zona deportiva y de juegos infantiles, al norte de la calle Illescas, se han construido dos campos de fútbol con las medidas mínimas reglamentarias, dos canchas de baloncesto y una gran pista de patinaje sobre ruedas, habiéndose instalado 250 metros de gradas para que los espectadores puedan sentarse.

En el sector de juegos infantiles se han instalado 80 aparatos —columpios, espalderas, toboganes, balancines, etc.— y se ha previsto la construcción de tres quioscos de bebidas, al igual que los existentes en otros parques madrileños.

En el parque se han colocado en total 300 bancos, 150 papeleras y seis fuentes para beber, estando dotado de una magnífica iluminación, con empleo de los llamados faroles galdosianos, o lo que es igual, los que se instalaron en la Villa cuando el gas del alumbrado hizo su aparición.

#### MOVIMIENTO DE TIERRAS

En un tiempo «record» —ya hemos dicho que las obras se inicia-

ron en febrero pasado— se realizaron importantísimos trabajos, como son el movimiento de 110.000 metros cúbicos de tierras, 120.000 metros cuadrados de explanación y 400.000 metros cúbicos de zanjas. Se pavimentaron 18.000 metros cuadrados de paseos y 9.000 metros cuadrados de hormigón en la ría.

Se han instalado 183 bocas de riego con el empleo de 6.100 metros de tubería de hierro.

#### NUEVOS ESPACIOS VERDES PROGRAMADOS

Junto al «Alcalde Carlos Arias» figuran, como hemos dicho, en el dorso de la placa del nuevo parque, el nombre de los otros catorce realizados por el hoy ministro de la Gobernación, en menos de siete años, y que por tanto totalizan quince, uno más de los existentes en Madrid cuando él tomó posesión de la Alcaldía en 1966. Los parques inaugurados a partir de 1967 —en 1966 se recreó el de Azorín, que prácticamente no existía— son los siguientes:

- 1967: Ampliación Oeste: 51.000 metros cuadrados.
- Berlín: 73.000 metros cuadrados.
- 1968: Sancho Dávila: 53.600.
- Jardín Vivaces: 20.000.







Parque de Villaverde, 400.000.  
Anillo verde, 4.500.000.

- 1969: Arganzuela: 128.000.  
Avenidas: 217.000.  
1970: Moratalaz II: 34.700.  
San Isidro: 220.000.  
Montaña-Debod: 80.000.  
1971: San Blas: 198.000.  
Atenas: 62.000.  
1972: Entrevías: 1.194.000.  
1973: La Tinaja: 17.000.  
Dehesa Boyal: 120.000.  
«Alcalde Carlos Arias»: 200.000.

Pero la creación de zonas verdes durante la permanencia del señor Arias Navarro no se ha detenido en estas espléndidas realizaciones, por-

que programadas están muchas otras que, en total, proporcionarán a Madrid, nada más ni nada menos que un total de nuevos espacios verdes de uso público de más de once millones y medio de metros cuadrados, que corresponden a:

- Ampliación Casa de Campo, 4.000.000 metros cuadrados.  
Segunda fase de la Arganzuela, 150.000.  
Plaza de Colón, 21.402.  
Parque del Este (Vicálvaro), 1.000.000.  
Parque Norte (Fuencarral), 920.000.  
Parque Fuente de la Cuesta (Fuencarral), 550.000.

La ampliación de la Casa de Campo —ya aprobada— supone el aumento en casi de un tercio de su actual superficie; la segunda fase de la Arganzuela habrá de realizarse en el momento mismo en que se trasladen los mercados centrales a Entrevías —MERCAMADRID— y los cuatro parques restantes corresponden a los programados en el Plan de Actuación Urgente que se desarrollará a lo largo de cinco años. El Parque del Este, en el barrio de Vicálvaro, está situado al este de San Blas; el Norte, en el distrito de Fuencarral, al oeste de Mirasierra y norte de Peñagrande; el de la Fuente de la Cuesta, también en Fuencarral, se sitúa en los accesos al barrio del Pilar, al norte del Hospital del Real, y el de Villaverde, en el distrito de igual nombre, está al oeste de Villaverde pueblo, hoy barrio de San Andrés. El anillo verde corresponde a los parques anejos a los centros escolares de EGB, que serán construidos en fecha próxima.

Creemos que las cifras son realmente importantes. Tanto estos parques —programados y solucionada su financiación— como los que ya disfrutaban los madrileños, constituyen la justificación del merecido homenaje a don Carlos Arias, un alcalde que, junto a otras muchas y trascendentales obras, se preocupó de dar a Madrid nuevos parques para esparcimiento y disfrute del pueblo.

M. L. N.



M A D R I D

# TRES TEMAS PARA TEATRALIZAR

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES

## CUATRO CLAVELES PARA SAN SEACABO

Ni calle, ni calleja, ni callejón. Pasadizo—y va que arde—de tierra jorobada, empolvado en verano y buen vivero de moscas, y enlodado en invierno y gran proveedor de cascarrias; corto como el penúltimo estertor de un moribundo y delgado como el cuello de un gallo viejo desplumado. Pasadizo sin bautismo ni mote, hospiciano de origen y del que se decía en la Villa y Corte que tenía la entrada libre y la salida a palos, ya que en él, por lo corriente, acampaban familias de moriscos agitanados dedicadas al apaleamiento y despojo de indígenas olvidadizos y de forasteros sin guía aleccionadora. Los lados de este pasadizo estaban limitados y cerrados por cuatro altos tapiales leprosos; por encima de estos tapiales se alzaban árboles frondosos y copudos a los que llamaremos, tópicamente, seculares. Y nutridísimas frondas de jazmines silvestres y madreselvas, especies tópicamente aromáticas y balsámicas, entrelazadas con las marañas de espinos, se descolgaban por el lado de acá de los tapiales, dando al pasadizo un innegable atractivo lírico. Añadiré que estos tapiales cerraban cuatro suntuosas mansiones con as-

pecto de abandono y muy perdidos mejores tiempos. Cada mansión estaba aislada por un jardincillo escueto y una huerta desnutrida.

De las cuatro mansiones, sólo una, la primera, a la derecha de la entrada del corredor, estaba habitada por la venerable madre María de San Pablo y otras cuatro siervas de Dios, las cinco negociadoras de la salvación de sus almas, cumpliendo así la rígida regla de la Concepción Franciscana. Este Beaterio había sido fundado por el famoso caballero modenés Jacopo de Grattis, contrito espectacularmente luego de una depravada vida de Don Juan, galleador del sexo y de la espada, quien pensó que era buen principio para su nueva vida dar cobijo a monjas que se preocupasen de aplicarle oraciones y misas diarias.

Conviene que mis lectores no olviden que los monarcas de la Casa de Austria se mostraron archipródigos con Madrid dotándolo al por mayor de monasterios de monjas y de conventos de frailes. Don Carlos I, cinco. Don Felipe II, diecisiete. Don Felipe III, catorce (pero precisando que su reinado no fue sino la mitad de largo que el de sus predecesores y sucesores, lo cual refuerza el denodado ardor fundacional de este don Felipe III). Y don Felipe IV, otros diecisiete. Que con los tres de don Carlos II suman cincuenta y seis. Récord que permanece imbatido en nuestra patria.

Volviendo a mi cuento añadiré que cierta tarde de mayo de 1609 llegaron casi de tapadillo al Beaterio SS. MM. doña Margarita de Austria y don Felipe III, en atuendo de media gala y en carroza de recatada pompa; a quienes, por lo leído en crónicas y avisos coetáneos, placiales visitar estas Moradas de Dios, y que sus religiosas o religiosos les confiaran sus cuitas y les obsequiaran luego con alojas y malvasías, confituras y melindres de recetas conventuales. Luego de tales refacciones, SS. MM. y religiosos o religiosas pasaban a la capilla, donde SS. MM. oraban largo rato y con mucha unción y pródigos en dispensar suspiros y ayes desraizados muy del fondo de sus almas piísimas.

¿Cómo se enteraron, y por medio de cuál soplete o correveidile, de la presencia real en el Beaterio concepcionista, los siguientes personajes, por orden de su aparición en escena: don Jacopo de Grattis, don Francisco Solórzano, alcalde de Casa, Corte y Rastro; el señor duque de Lerma y don Bernardino de Almansa, arzobispo de Santa Fe y flamante primado de Indias, aún tinta la tinta de la firma real de su nombramiento? Resulta natural que el primero en llegar, pese a sus muchos años y achaques, fuera el caballero de Grattis, que vivía a un paso, aun cuando este paso fuera renqueante y a tres pies: los dos propios y el de una cachava con puño





de oro. Solórzano también vivía cerquita, en la calle de la Montera, y llegó arrogante con alta vara de mando y chambergo como cresta de gallo corralero. En su carroza barroca y estrepitosa llegó el de Lerma, rebozado en terciopelos, rasos, plumas, collares y acuchillados y nesgas, un poco atufado, al descender de su carroza, de que le tomaran delantera Grattis y Solórzano. El señor arzobispo compareció benévolo, impartiendo bendiciones y rumiando latinajos.

En viendo reunidas y propicios hacia ellas, las monjas, a tan altísimos señores de la tierra, unos, y otro tan notable interventor en procesos celestiales, las reverendas, por la boca suavísima y refitolera de la venerable madre priora María de San Pablo, iniciaron relación de sus muchas y perentorias necesidades. El convento era pequeño. Los techos lloraban a lágrima viva apenas arreciaba la lluvia. Las paredes necesitaban más remiendos que chupa de dómene Cabra. La despensa estaba tan anémica que estarlo punto más

equivaliera al colapso. Los hábitos cumplían sus años cada dos meses. La huerta no pasaba de nabos y brecoleras. Y seguía la letanía de miserias en los acentos cada vez más aje-remiados de la venerable priora María de San Pablo. Que ya se sabe que al mucho pedir se le dijo siempre «tener boca de fraile» ampliándose aquí al sufrir traslado a boca de monja.

Compungióse mucho con la letanía S. M. doña Margarita, corazón de mieles y ternura, inagotable manantial de lágrimas pías. Y contemplándola de tal guisa, su pío y real esposo preguntó a las monjas si sabía quiénes eran los dueños de los dos inmuebles contiguos para, haciéndose con ellos, agrandar primero, para engrandecer después, el Beaterio. Y con gran sorpresa de SS. MM. resultaron ser tales propietarios don Jacopo de Grattis y don Francisco Solórzano. Quienes, en oyendo pronunciar sus nombres y traduciendo a buen castellano el reojo y la apretada mudez de las cinco religiosas, se apresuraron a pedir venia a

SS. MM. para donar a las concepcionistas aquellos inmuebles contiguos. Y el de Lerma, para no dejarse pisar en materia donativa, propuso el traslado de las monjas a terrenos propios y muy próximos a su ducal palacio, donde ya se alzaban los amplios conventos de San Antonio del Prado y de Santa Catalina, pues al camándulas privado, omnipotente de tejas abajo, pareciale no quedar desasistido de la misericordia de Dios teniendo pared por medio a tantos valedores, con preces y canticos, de la gracia final de la criatura pecadora.

Entablóse generosa y porfiada contienda verbal entre los dichos propietarios y el valido, y aun llegóse en ella a extremos de fervor que hubo de cortar la soberana con uno de esos actos que bastan para inmortalizar a un personaje. Acercóse doña Margarita a una espléndida mata de claveles, orgullo del jardincillo conventual, cortó delicadamente los cuatro más hermosos y fragantes y acentuando el merengue de su voz ofreció cada uno de ellos a





Y durante algunos años llevó el pasadizo tan pintoresco nombre. Pero al pueblo de Madrid no debió hacerle tilín el nombrecito, como propuesto por boca de aquel valido tan odiado de los madrileños por causas muchas y justificadas, ya que en 1656, en el plano de Madrid obra de Pedro Texeira, no figura el pasadizo con nombre alguno. Y en el siguiente plano, obra de Espinosa, figura con el nombre propuesto por don Jacopo de Grattis, sino que singularizado: calle *del Clavel*. Nombre simpático y poético que ha superado los embates del tiempo mucho mejor que sus señoriales mansiones y convento, de los que no queda rastro.

Lección a considerar: de los cuatro claveles donados por la reina doña Margarita, se han marchitado tres. Y el que sobrevive acaso sea por la proximidad del Oratorio fundado precisamente por el Caballero de Gracia (de Grattis), que fue quien tuvo primero el nombre en los labios, sino que pluralizado por imperio de la circunstancia.

## ¡VAYA QUE TRES COFRADES PARA UNA COFRADIA!

Colgados a una misma altura, levemente separados entre sí, ante la pared—tapizada de raso malva—del gran salón, vean ustedes, lectores míos, tres retratos al óleo, enmarcados en estofada madera con relieves de frutos y geometrías. ¿De quiénes son estos tres retratos, magnos y magníficos, que delatan pincelas de los talleres de Alonso Sanche-Coeillo o Juan Pantoja de la Cruz, cuando no de las propias geniales manos de los maestros? Y retratos de arte y parecido admirables. Como que están mirándonos los tres y de un momento a otro hablarán.

Me permito presentárselos a ustedes, nombrándoles de izquierda a derecha, según les tenemos ante nuestra vista asombrada. Este es el retrato de don Pedro Franqueza y Esteve, flamante —1603— conde de Villalonga. Ha sido retratado a la edad de sus cincuenta años corridos. Tiene la expresión poco simpática, los largos cabellos canos con tupé, mostachos engomados, barba perillada. Su atuendo, en carmesí brochado, con collar de gruesos eslabones áureos. Desde muy joven estuvo al servicio del entonces marqués de Denia, duque de Lerma hoy, privado amo de S. M. don Felipe III,

los cuatro oferentes (aun cuando el arzobispo sólo hubiese ofrecido... bendecir cuanto fuera bendecible en el futuro), tranquilizándose así mientras madrigaleaba:

—Haya paz, señores míos, que yo, en nombre de mis monjitas, les acepto los regalos y... ¡san seacabó!

¡Daba santo gozo contemplar a los cuatro condecorados, por mano real, con los claveles, que ellos sostenían en sus diestras, y llevándoselos al olfato a un mismo y espaciado ritmo!

Para celebrar aquella institución de la Real Orden del Clavel, propuso el carcamal y renco don Jacopo de

Grattis que al pasadizo aquel, hasta entonces innominado, se le bautizase, mediante bendición arzobispal, como calle *de los Claveles*. No le cayó bien al de Lerma, máximo pelotillero estatal, que de nuevo se le adelantase alguien en idea feliz, por lo que rearguyó:

—¡Nombre demasiado florido y que apesta a poesía lope para jaleada sobre un escenario! ¡Ha sido S. M. la Reina quien ha bautizado a este pasadizo con la más noble, sencilla y breve fórmula de paz: *San Seacabó*! Sea, pues, ésta la calle *de San Seacabó*. (Aplausos y plácemes generales de la concurrencia.)



y, a su vez, Franqueza, valido del de Lerma, hasta el punto de ser llamado por las gentes cortesanas «la sogá tras el caldero». Según el puntual historiador Cabrera de Córdoba, en sus *Relaciones... desde 1559 hasta 1614*, impresas en Madrid, un poco a la chita callando, Villalonga se apropió en poco tiempo cuantiosa fortuna. Y el embajador veneciano Simone Contarini, que estuvo en Madrid hacia 1605, dijo de Villalonga que «era logrero y vividor», y el verdadero director de orquesta del cotarro español. Cuando ya palidecía la privanza del señor duque de Lerma, Franqueza fue denunciado, detenido sin miramiento cuando salía campeón de un torneo —1607—, y llevado a la prisión de las Torres de León; donde se pudrió durante cinco años, hasta ser liberado por la muerte.

El retrato del centro es el de don Francisco Gómez de Sandoval, primer duque de Lerma, «hazmelotodo» v «comotedelagana» de S. M. don Felipe III, y fundido su flamante ducado con el de tan grande solera como el del Infantado, insaciable «acaparalotodo» en la España declinante, casi dada a las grandes rebajas por cambio de dueño, de principios del siglo XVII. El señor duque de Lerma tiene buena planta y agradecido semblante un muchito petulante de quien se sabe ordeno y mando y punto en boca los demás. Y el retrato de la derecha corresponde a don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias y archipámpano de mil beneficios *pro dcmo sua*; también apuesto y fanfarrón, y cruzado de bandas y collares y veneras su sacado pecho, el ojo derecho ladino y el ojo izquierdo suspicaz.

Don Rodrigo y don Pedro son las manos y los pies y los guardaespaldas de don Francisco. Pero pies y manos con autonomía, y que en no pocas ocasiones, se mueven en disfavor de quien los ampara. En resumen: ¡vaya que tres cofrades para una cofradía de postín! Los tres han sabido encumbrarse demasiado rápidamente para no levantar en su torno un círculo de odio, de hielo y de miedo. Ya se sabe que estas ascensiones tan rápidas, y sin calvarios anteriores, no las perdonan las gentes, a las que se obligó a oír, ver y callar, y, además, a prestar las espaldas en calidad de maromos. Consecuencia lógica: que los escalones de las ascensiones estaban bien dados de cerote, provocador irremediable de los batacazos de órdago.

Ya sabemos que el señor conde de Villalonga se pudrió en la cárcel. Y que el señor duque de Lerma, para salvar la pelleja, que es lo más preciado de cada quisque, se acar-



denaló *motu proprio*, haciendo buena la sátira puesta en circulación regocijada: «Para no morir ahorcado —el mayor ladrón del Reino— se vistió de colorado». Y que don Rodrigo Calderón fue degollado —21 de octubre de 1621— sobre el alto escenario de la plaza Mayor de Madrid, a función única, abarrotadas las localidades en palcos y patio de butacas y anfiteatros porticados.

De los tres personajes retratados por pinceles maestros, ahora nos importa el de la derecha: don Rodrigo Calderón, el más castigado de los tres por fallo de la opinión general. Don Rodrigo tuvo un acreditado, y lo más secreto posible, confidente: Francisco Xuara, escurridizo y silencioso como un pez, espía

especialmente dedicado a meter las narices en cuantos asuntos intervinieran don Francisco y don Pedro. Y las metió, ¡vive Dios! Sin embargo, algún fallo en el engranaje de la voluntad o de la conveniencia hizo que Xuara cayera en desgracia de su señor don Rodrigo, quien decretó la secreta muerte del traidor; quien, como ahora se dice, desapareció de la circulación como si hubiera sido tragado por la tierra. Que como luego se verá, algo hubo de ello.

Toda la Villa se conmovió por la suerte de Xuara. Acosado don Rodrigo por las preguntas de varios licenciados del Consejo de S. M., para que les dijera qué había hecho del plebeyo Francisco Xuara, él, no apa-





gados sus últimos humos, respondió irascible:

—¡Búsquenle vuestas señorías en el Infierno!

Y varios muy ladinos plebeyos, tomando el envío sin el menor simbolismo ultratúmbico, cavaron a conciencia en un delgado y oscuro y sucio callejón que unía la calle Mayor con la plaza del mismo nombre, y como a unos tres metros de profundidad encontraron un cuerpo ya putrefacto y dejándose ver el esqueleto, el cual, por algunas señas de las ropas, dejó sin dudas posibles quién fuera su persona desalmada por asesinos a sueldo de don Rodrigo. Y desde aquel lamentable suceso, *del Infierno* fue nombrado el callejón. ¡Y bien puesto el nombre, que es el pueblo quien sabe bautizar a tiempo y con el mayor sentido de la nomenclatura adecuada! Pocos años después el callejón fue ensanchado para que pudieran pasar por él las pesadas carrozas barrocas de SS. MM., en tiempo de grandes festejos con escenario en la plaza Mayor. Este ensanche motivó que un ingenio de la Corte, «Salicio» por nombre pastoril, pero llamado por lo llano don Francisco Gregorio de Salas, cuyo pelaje y pinta fueron de lo menos campestres imaginables, escribiera uno de sus incontables epigramas:

«¿En qué estado se hallarán las costumbres de este pueblo, cuando es preciso ensanchar el callejón del Infierno?».

El cual fue confirmado como callejón *del Arco del Triunfo* (que aún conserva) para conmemorar la defensa que de su entrada en la plaza Mayor hizo la Milicia Nacional, el 7 de julio de 1822, contra las huestes absolutistas de S. M. don Fernando VII, de infeliz memoria. Defensa larga y heroica, por supuesto, que dio argumento a coplas de ciego y pliegos de cordel.

Curiosísima coincidencia, y macabra, muy en consonancia con el antiguo y pintoresco nombre de callejón *del Infierno*: en él vivieron dos curas perturbados y de armas tomar, en su primera significación: don Martín Merino y Gómez, natural del pueblo riojano de Arnedo, y don Cayetano Galeote (¡Jesús, qué apellido para una recomendación!). Martín Merino apuñaló a la reina doña Isabel II, en una de las galerías del Real Palacio, el día 2 de febrero de 1852, cuando la egregia señora pensaba dar gracias solemnes a Nuestra Señora de Atocha por el feliz alumbramiento de su primera hija —y primer parto—. El cura Merino, armado con un puñal, apenas hizo pupa a doña Isabel. Pocos días después fue agarrado en el Campo de los Guardias. Don Cayetano Galeote, en el mismo pórtico de la Catedral de San Isidro, mató de un pistoletazo, el domingo de Ramos de 1886, al primer Obispo que tuvo Madrid (como diócesis independiente), el piadoso y caritativo Dr. D. Narciso Martínez Izquierdo. Esta vez, el perturbado, no marró la pieza apuntada. Murió

el prelado, no sin perdonar a su asesino y recomendar la piedad oficial para el susodicho Galeote. (Cristiana recomendación que desdice mi anterior exclamación... entre paréntesis.) Y la recomendación episcopal fue tenida en cuenta, y el cura Galeote fue internado en un manicomio.

## LAS DOS ESTOCADAS DEL DUQUE ALMIRANTE

En los terrenos levantiscos y empingorotados, ajardinados a la buena de Dios, que hoy corona el Ministerio del Ejército, terrenos comprados en cinco millones de reales por el señor duque de Alba —1769— con ánimo aplacido de levantar sobre su cresta su palacio de Buenavista, y que, aún sin terminar éste, compró el Concejo de Madrid en siete millones de reales (que ya se empezaba a especular con el suelo), con el deseo bajuno tiracasacas de regalarlo al omnipotente don Manuel Godoy—1807—, y que tampoco éste pudo habitar pues que estalló en la Villa y Corte «lo del 2 de mayo de 1808», mezcla épica de terror y degollina... En estos, hoy, terrenos altos y ajardinados casi a lo geométrico, unidos a otros terrenos no menos altozanos, de las hoy calles *del Almirante* (antes *del Escorial* y *del Rincón de San Cristóbal*) y *del conde de Xiquena* (antes *de las Salesas*), porque llevaba al monasterio real de las ídem reales, y más antes *de los Reyes Alta*, unidos a los terrenos que forman, hoy, la calle *de Prim* (antes *del Saúco*, porque, en efecto, en ella había un saúco, medicinal en tronco y flor, que fue trasplantado con muchísimo tacto al Jardín Botánico)... En estos terrenos, y no me dilataré más, pues que a la tercera debe ir la vencida, que hoy ocupan el macizo y rojizo Ministerio del Ejército, la Central del Banco Central y algunos inmuebles particulares por el *Paseo de Recoletos*, hubo en tiempo de los últimos monarcas Austrias dos moradas realmente, sin realeza, espléndidas: la llamada Huerta de Juan Fernández (que no era tal huerta, sino un frondoso bosquecillo abrazado a un palacete) y la *del Almirante*. Esta última morada, que es la que ahora nos importa, ocupaba los terrenos más alejados de las calles *de Alcalá* y *del Barquillo*; exactamente lindando con el Prado de Agustinos Recoletos y





corriéndose a las que luego fueron calles de las Salesas y del Saúco, sin que existiera entonces ese conventillo recoletero de las franciscanas de la Reforma de San Pedro de Alcántara.

Y digo yo: ¿queda claramente delimitada y coloreada la escenografía? Pues... Pues aún habré de añadir algunos fililíes para dar mayor carácter local al lugar de la acción de mi tragedia. La mansión, el palacio-vergel, de don Juan Gaspar Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, del Consejo de S. M. don Felipe IV, y gran Almirante de Castilla (que por serlo de Castilla, le decían el Almirante de secano), fue tan suntuoso que sólo cedía a los de S. M. en contener riquezas y bellezas del arte más exquisito. La mansión estaba mimada en abrazo prieto por un jardín con árboles frondosos, variadísimas flores, estatuas paganas de alabastro o mármol, fuenteccas rumorosas y hasta un estanque espejo por el que patinaban cisnes blancos y negros.

Contaba por entonces el noble Almirante de secano como medio siglo muy corrido, avejentados tales años por los trabajos de la guerra y de la política, y, más aún, por un artritisismo corrosivo sin piedad. Este artritisismo habíale producido una parálisis casi total que le postraba en

un sillón con ruedas, movido por el abrutado mecanismo de unos criados engualdrapados y enguantados. Don Gaspar habíase casado pocos años antes con una ricaembra, dos veces rica: por su hacienda y por su hermosura; de no cumplidos sus treinta años, era gallarda, casquivana y bastante calentona. Y, naturalmente, impedido su esposo el duque, se asaba vivo, cada día, en celos otelos, sin posible resolución otela, por lo apuntado de su impotencia física. No le parecía caballeresco —y delatando así su miseria— impedir que su cónyuge hechicera saliera y entrara sólo acompañada de lejos por dueña y lacayo, a cualquier hora del día o de la noche. Salidas y entradas que se sucedían a diario. Y como la dueña era celestina y el lacayo o paje no era capón, temíase el Almirante Job los peores gatuperios. ¿Dónde iba su esposa, a las catorce de cada tarde, tocadas y casi cantadas por las campanas del reloj del vecino convento de Agustinos Recoletos? ¡Ah! ¿Dónde iba dejando una estela perfumada de afrodisia, envuelta con donaire retrechero en manto de soplillo, y con un vestido de escote tan degollado que se le escapaban por él, empujados por el ceñido jubón de aljófares, las dos más generosas mitades de sus pechos (de nata y rosa, como le gusta-

ban a Lope), ya insignes en la Villa y Corte, y sin competencia alguna posible?

Motivos para sus celos otelos... ¡pues claro está que los tenía, a puñados, el impedido Almirante de secano! Cierta noche, en el Prado de San Jerónimo, habían aparecido apaleados, casi deshuesados y, claro está, en desmayo total, nada menos que dos de los más bizarros tenorios de la Corte: el señor conde de Montesclaros y el señor conde de Monterrey. ¿Quién los dejó tan lamentablemente para el arrastre a ellos, diestros espadachines que dieran diez de ventaja al mismo don Gilaerto de Cobos, maestro de armas de S. M., sin darles tiempo a poner manos en puño, ni a lanzar siquiera un «¡Tate, tate, bellacazos!», y para aliviar a los cuales las monjas teresas habían enviado bálsamo de Fierabrás, hilas y vendas? Bien lo sabía Madrid. Los dos condes se habían puesto en exceso pelmazos con la ricaembra paseante, alardeando de escoltarla en el paseo, poniéndole en los oídos madrigales tomados entre los mejores de don Pedro Calderón, aunque éste los ponía en oídos mucho más celestiales y honestos que los de la calentona dama. Pues la ricaembra les había enviado, dentro de su propia barroca carroza, disfrazados con mantos y tocas de me-



lindres, a cuatro lacayos armados de severos garrotes. Los cuales lacayos, despojándose veloces de sus vuelos y pliegues, agarrotaron en un periquete a los desprevenidos lindos, dejándoles descondados para algún tiempo.

Pero ante los espantados ojos del propio impotente y calentado duque, durante cierto refulgente sarao organizado por la señora duquesa, se desarrolló este suceso impresionante: al apuesto Príncipe de Mérito, ex-embajador en Francia, al besar moroso la mano de la anfitriona de rechupete, de satisfacción, a pecho hinchado, saltáronse las piedras preciosas que recamaban su peto brochado y rodaron por la alfombra, sin que su dueño intentara recobrarlas, de fascinado que estaba, ni luego, ya más en sus cabales, quisiera recibirlas de las manos de oficiosos cortesanos y escuderos de cámara.

Murió, por fin, de un berrinche, el señor duque de Medina de Rioseco. El luto de la hechicera viuda se alivió bien pronto. Pero... En la Villa y Corte se comentó mucho y aspavientosamente un misterioso tercer acto de tragedia, del que había sido protagonista la ricahembra. La

cual, cierta noche, desde su lecho de plumas, espumas y de holandas a oleadas mansas, lanzó escalofrantes alaridos. Acudieron dueñas, azafatas, alzando candelabros de encendidas velas, y pudieron contemplar a la hermosa dama sentada en el lecho, alocados los ojos, agarrotadas sus manos ducales sobre sus senos, y repitiendo:

—¡Ha sido él: don Gaspar, en pie y esforzado! ¡Lo juro por Dios! ¡Ha entrado en mi alcoba empuñando su mejor espada de gavilanes, terrible de gesto y acento! ¡Lo juro por Dios! ¡Me traspasó con su acero cada uno de mis pechos! ¡Mirad! ¡Mirad!

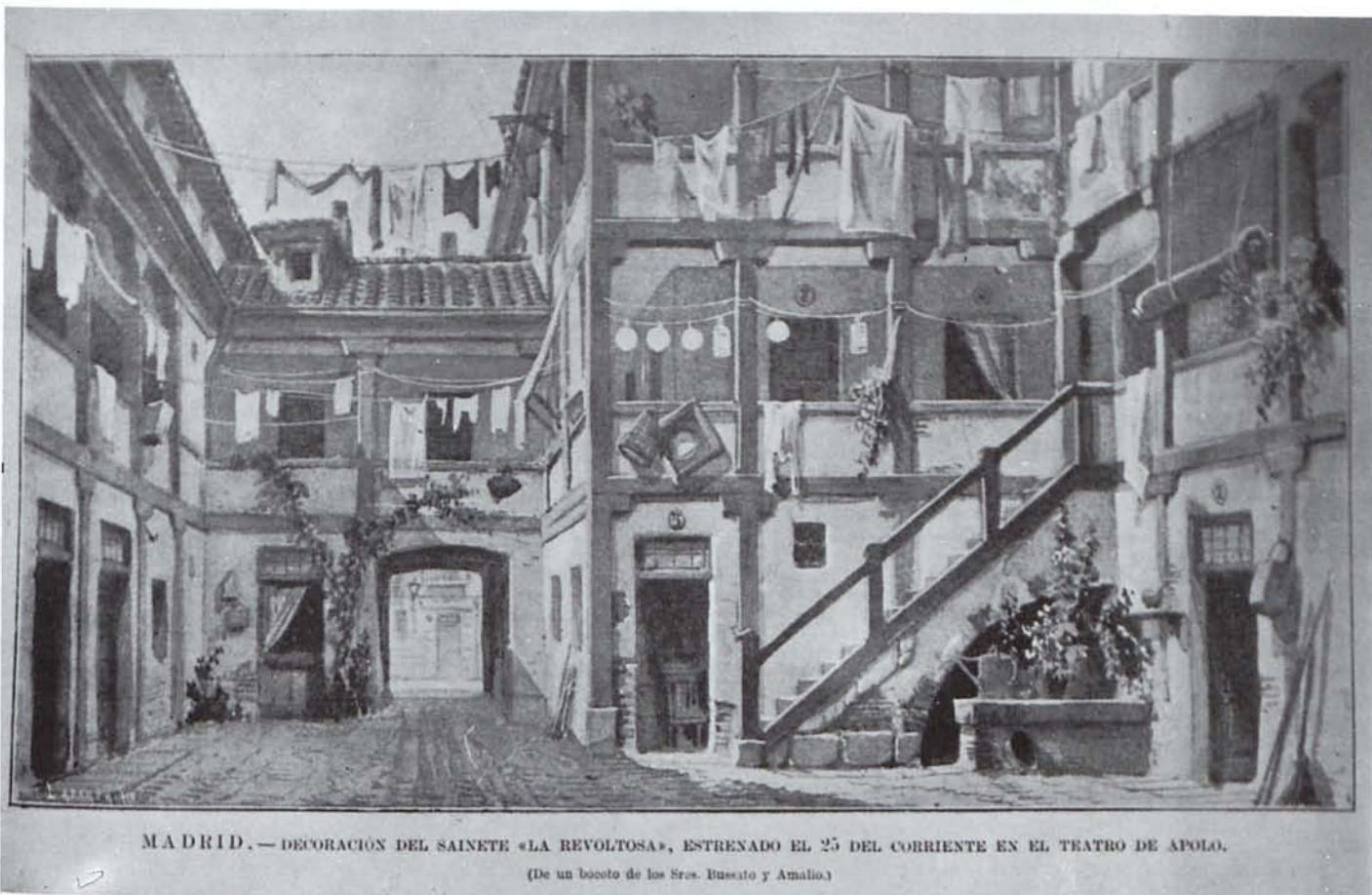
Se quitó las manos de sobre ellos, y las aterradas dueñas y azafatas pudieron comprobar cómo sobre cada delicado monte de Venus, lindando con los aún más delicados pétalos, estaba abierta como una pequeña boca que, sin sangrar, presentaba ensangrentados los labios, delatores de la entrada violenta del vengador acero precisamente «por do más pecado había» la ricahembra.

¿Fue una pesadilla urdida por los reconcomios de conciencia? Pareció lo más probable a los murmuradores. Sin embargo, nadie volvió a con-

templar en su medio alborozo, surgiendo como medios soles en el horizonte, aquellas prendas que envidiara Venus Calipigia. ¿Por qué? ¿Sincero arrepentimiento de la esparcidora de inquietudes? Sino que las dueñas y azafatas seguían soplando en los oídos curiosos, que si la ricahembra ocultaba sus mejores encantos era porque sobre ellos persistían aquellas señales sangrientas semejantes a los labios de sendas heridas sin cicatrización posible.

Desaparecido el palacio-vergel del Almirante de Castilla, hoy quedan dos únicos testimonios de la tragedia: la llamada calle *del Almirante* y el convento de franciscanas descalzas (vulgarmente conocidas por «las Pascualas», que a San Pascual está dedicado su templo), llegadas a fines del siglo XVII, desde Almonacid de Zorita, para establecerse en el Prado de Recoletos, con la misión de aplicar misas y trisagios por las almas de los señores duques, que buena falta que les hacían; a él, por si *las veras* de la pesadilla, y a ella... por las pesadillas que *le organizó* el calentado e impotente esposo.





MADRID. — DECORACIÓN DEL SAINETE «LA REVOLTOSA», ESTRENADO EL 25 DEL CORRIENTE EN EL TEATRO DE APOLO.  
(De un boceto de los Sras. Buscato y Amalia.)

# LOS SAINETES DE MADRID

Por Federico ROMERO

... pero ¿qué es el sainete? A tenor de una de las seis acepciones del vocablo, académicas y actuales: "pieza dramática jocosa y de carácter popular". Es buena definición.

La palabra aparece por primera vez en el "Tesoro de la Lengua Castellana o Española", de Sebastián de Covarrubias (1611). "SAYN.—La grosura de cualquier animal del nombre latino sagina, saginae; y porque los cazadores de volatería o halconeros, quando cobran el pájaro, le dan o los tuetanitos del ave, o los sesos o otra cosita regalada (lo qual ellos llaman saynete), vino a entenderse este nombre a los bocadi-

tos de gusto, que le suele traer el cocinero al señor para que le mande dar a beber de su frasco".

Y para que puedan responder los adictos al teatro menor de costumbres populares cuando sus detractores lo atacuen, véase que, al incorporarse el sainete al lexicon oficial en su acepción atañedora al teatro, menos exacta que la hoy vigente —y ello aconteció en su primera edición de un solo volumen (1780)—, la precedian otras cinco. Y son las cuatro intermedias:

— "Qualquier bocadito delicado y gustoso al paladar. Dicese también

del suave y delicado sabor de alguna cosa."

— "Qualquier cosa que mueva a la complacencia, inclinación o gusto de otra, como el donayre, discreción, etcétera."

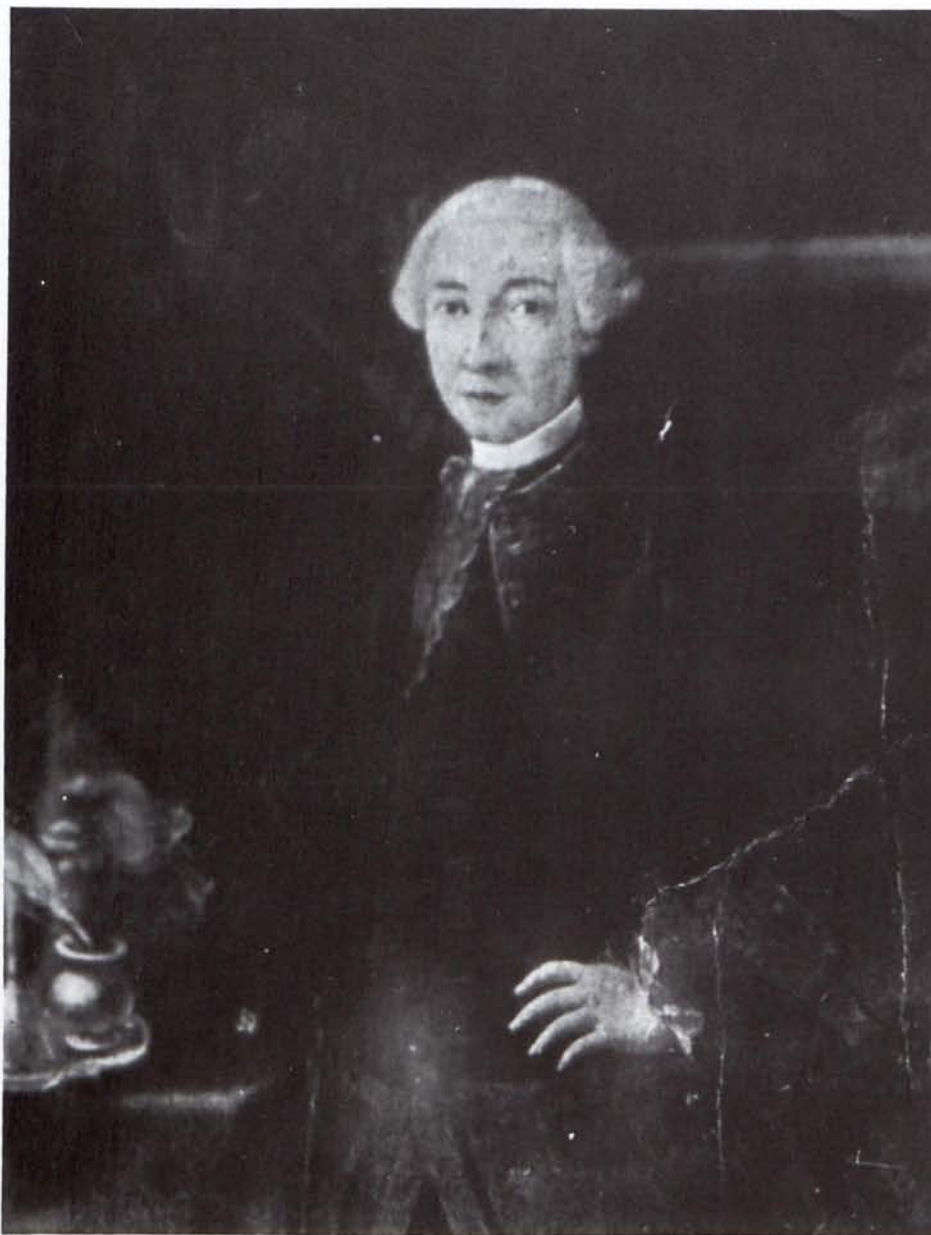
— "Salsa que se usa para dar buen sabor a las cosas."

— "Especial adorno de los vestidos u otras cosas."

Venía a ser algo semejante a como en el siglo anterior se ponderaba lo exquisito, apetecible, rico o gustoso diciendo que era lope, en homenaje al Fénix de los Ingenios.

En cuanto a la sexta acepción, entonces novísima, aquel diccionario





Ramón de la Cruz.

definía: "En la comedia, es una obra o representación menos seria en que se canta y se bayla, regularmente acabada la segunda jornada de la comedia."

Esta explicación fija el origen del uso. A los entremeses, jácaras y bailes se habían incorporado el sainete y la tonadilla como alivio del espectador estremecido por las dos primeras jornadas que, en el teatro del siglo XVIII cuyo máximo exponente era Comella, apabullaban al público con un cúmulo de sucesos, catástrofes y fieros males descritos en malísimos versos. Don Ramón de la Cruz y los tonadilleros coetáneos valían por tónicos y sedantes, según el ánimo de los concurrentes, deprimido o inquieto.

Creemos que el primer autor que llamó sainetes, y no entremeses, co-

mo antes era uso, a sus obrillas breves y jocosas fue don Diego Torres de Villarroel, o, al menos, el primero que las imprimió con esa designación.

Hablábamos de enemigos y amigos del sainete. Ninguno de los primeros tan agresivo y soez como un editor de los entremeses de Cervantes (J. A. Sánchez. Cádiz. 1810), que así se explaya: "Estas y otras expresiones no están vertidas con aquella copia y aquella bajura que causan la repugnancia honrosa y el asco social que infunden muchos dramillas del pervertidor don Ramón de la Cruz y casi todos los de su secuaz, más pervertidor que él y más inundo, el tan famoso en las ciudades de Cádiz y San Fernando, don Juan del Castillo. El Manolo, dramilla abominable, a la luz de la poe-

sía, de la moralidad y aun de la racionalidad de los caribes, y otras composiciones y pasos sucios y malvados del indecente autor del Manolo le dieron choz y se le quedaron (a Castillo) en la fantasía para cuando su musa saliese a volar".

Con la venia del gaditano señor Sánchez, el "Manolo" es la más graciosa parodia de drama "calderoniano" que se ha escrito en lengua castellana. Y además, el apelativo del protagonista dio nombre a todos los jóvenes bizarros del Avapiés y sus barrios vecinos hasta alzarse con la consagración académica, extendido a todos los "mozos y mozas de la plebe madrileña que se distinguían por su gallardía y desenfado".

Moratín, en su "Derrota de los pedantes", tilda de tabernarios a los sainetes, o ciertos sainetes, aunque era gran amigo y admirador de don Ramón de la Cruz. Y siguen las firmas. Entero el siglo XIX y parte del XX ofrecen una buena lista de infamadores del sainete. Exceptuemos, entre los que vale la pena considerar, a don Pío Baroja y don Ramón Pérez de Ayala, más tres citas de excelentes críticos literarios. Léanse:

Don Manuel Cañete, que solía ser muy severo en sus juicios, escribe: "El sainete faltaría en cierto modo a sus peculiares condiciones si no extremase un tanto la verdad poniéndola en relieve con toques de brocha gorda".

Don Julio Cejador, en su "Historia de la Lengua y la Literatura Castellana", enjuicia: "Los autores enseñaron chulaperías a los chulos, enseñaron a las chulaponas a taconear, a contonearse, a terciarse el mantón más y mejor de lo que de, unas y otros, ellas mismas habrían aprendido. Estas mutuas corrientes entre el público retratado en el teatro y el teatro que retrata al público, hicieron del género chico el género dramático más popular y más característico que jamás se vio en España. Hora es ya de reconocerlo y aplaudirlo sin cortapisas".

Y para completar esta breve corona de epitafios en la tumba del difunto sainete, que muchos quisieran ver resucitado, copiamos de sus "Ecos argentinos" estas líneas de don Juan Valera: "No hay más que género discreto y género tonto; de suerte que un sainete divertido y chistoso enriquece más el tesoro de





la literatura patria que dos o tres dramas y otras tantas tragedias que cansen y enojen, aunque tenga cada una de dichas producciones cinco actos, prólogo y epílogo y propenda a demostrar una tesis y encierre un caudal de profundos y filosóficos pensamientos".

El sainete no ha sido exclusivamente madrileño. Floreció en Andalucía con las obritas de Juan Ignacio González del Castillo —el vapuleado por el editor gaditano— y sus creaciones completas fueron editadas por la Real Academia Española. Entre los saineteros andaluces cúmplenos destacar a Javier de Burgos, a Pedro Muñoz Seca y, por encima de todos, a los hermanos Álvarez Quintero. En Valencia descuellan, cronológicamente citados, José Bernat y Baldoví y Eduardo Escalante, el mejor de su especialidad. En Cataluña, y también como los anteriores en su habla vernácula, Robreño y Santiago Rusiñol.

Pero el sainete madrileño, por varias motivos que por sí solos se justifican, proliferó más que otro alguno y, a partir del último tercio del pasado siglo, se representó en toda España y en las Américas de nuestra lengua, a tal punto que el género arraigó en ultramar con tanta savia que retoñó el sainete criollo en la Argentina y el sainete de negros en Cuba con amplio repertorio.

Sólo haremos cita y bosquejaremos la personalidad de los saineteros más eminentes que trazaron sus obras ambientadas en el paisaje urbano de Madrid como fondo de unos personajes rigurosamente madrileños que viven, o reviven, con sus caracteres, costumbres y lances.

\* \* \*

Don Ramón de la Cruz se lleva la palma en la mitad segunda del siglo XVIII y eclipsa a todos los auto-

res teatrales, sus contemporáneos, si se exceptúa a Moratín (hijo), quien sólo seis años alternó con aquél en las públicas representaciones. El verso de don Ramón es con frecuencia flojo, plagado de rudas sinalefas y de hiatos, pero abunda en felicísimas expresiones, se ambientan sus sainetes con rara fidelidad, crea tipos o los recrea observados en la realidad, inventa chuscos episodios e influye de modo tal en la sociedad madrileña que los donaires y los modismos populares ascienden a los estrados de las nobles damas y a las tertulias de la burguesía. Nadie se atreve a desdeñar en el sainete cruciano su aplicación a lo popular sin contemplar antes los tapices de Goya, salvando discretamente la distancia de unas a otras creaciones estéticas. Pensamos que, por Goya y por Cruz, el pueblo de Madrid se sintió protagonista en 1808.

En los sainetes de don Ramón se aborda con la misma fortuna los





Tomás Luceño



López Silva



Ramos Carrión

grandes cuadros a la intemperie ("El Rastro por la mañana", "La pradera de San Isidro", "La Plaza Mayor"), los patios comunales ("La Pepa y la Juana", más conocido por "La casa de Tocame Roque", lugar de la acción), las encrucijadas, los mesones, los lugares de esparcimiento ("El fandango de candil" y "El café de máscaras"), los gabinetes cucos y las cámaras modestas... En suma, cualesquiera espacios en que desfilen y actúen, con distinción de clases o entremezcladas, los majos y majas, los chisperos y las castañeras, los usías, las damiselas, los petimetres y los abates. Hasta engendra el embrión de la revista en "El admacén de novias", minirrevista, claro es, sin alardes escenográficos ni exhibiciones de conjuntos femeninos excitantes.

\* \* \*

La guerra de la Independencia, como todas las guerras, se llevó por delante muchas cosas, y, entre ellas, el sainete, que renació al surgir el género chico, el teatro por horas, ocurrencia de los actores Riquelme, Luján y Vallés en su teatro del Recreo, trasladados pronto al de Variedades, en la calle de la Magdalena, para explotar con mayor aforo el éxito de la novedad. Era en la postrimería del reinado de Isabel II.

Con la francesada habían desaparecido entremeses, jácaras y bailes —intermedios entre jornadas— y también las tonadillas escénicas y los sainetes, fines de fiesta después del drama o de la comedia principales. Autónomas las pequeñas obras, con música o sin ella, en secciones de sesenta minutos, predominaban las de prosa o verso sin escenas cantadas en la compañía del trío citado y en otros locales que adoptaron aquella forma de espectáculo: juguetes cómicos, revistillas habladas con intención política, a veces satírica, y sainetes.

Del período que entonces se inicia, pongamos de relieve a dos saineteros: don Tomás Luceño y don Ricardo de la Vega.

Luceño, siempre con levita y chistera, enmarcado su rostro señorial en el paréntesis de sus patillas, era en su conversación el caballero más ocurrente y chistoso que paseaba por el Madrid de su tiempo (1844-1911). Humor que trasladaba a sus sainetes en tono menor sin apagarlo por completo. Le elogiaron con justicia Fitzmaurice Kelly y el padre Blanco en sus respectivas historias de nuestra literatura. De sus cincuenta y dos obras teatrales, treinta y seis son sainetes, de los que sobresalen: "Ultramarcinos", "Amén o el ilustre enfermo", "Un domingo

en el Rastro" y "La niña del estanquero".

\* \* \*

Don Ricardo de la Vega merece un punto y aparte. Madrileño de nación y de tuétano, jamás reflejó en su teatro ambiente que no fuese el de su villa, ora discurren por las calles y plazuelas de Madrid, ya se adentraron por los portales en salas, gabinetes o despachos.

Le recordamos en los años finales de su vida, presidiendo el saloncito del teatro de Apolo, cordial, circunspecto y algo cascarrabias cuando el festivo y astuto maestro Calleja le proponía colmos y enigmas cuyas soluciones eran retruécanos que él consideraba inadmisibles. Por ejemplo:

—Don Ricardo, ¿sabe usted dónde se venden los gatos?

—Pues... usted me dirá.

—En las estererías.

—¿Cómo en las estererías?

—Sí, señor. Porque son estererías y al-par-gaterías.

El gran sainetero alzaba el bastón y el músico salía corriendo.

Don Ricardo penetró en el alma del pueblo como un estilete que llega a la entraña más recóndita. No sólo captaba sus decires, con sus "timos" peculiares, su sintaxis pro-





Ricardo de la Vega



Antonio Casero



Carlos Arniches

pia llena de incisos, reticencias e imágenes, sino el hondón de los sentimientos y los rincones del carácter; todo ello, fruto del estudio en vivo, del trato observador.

Los sainetes de don Ricardo de la Vega no llegaban a treinta. De ellos, hay que señalar: "A casarse tocan o la misa a gran orquesta", "Aquí va a haber algo gordo o la casa de los escándalos", "El señor Luis el tumbón o despacho de huevos frescos", "La canción de la Lola", "Pepe la Frescachona o el colegial desenvuelto"... ¿Sabe en España alguien quién es el autor de "La verbena de la Paloma"? ¡Todo el censo nacional!

\* \* \*

Don Carlos Arniches, otra cumbre eminente del sainete madrileño. Nacido en Alicante, vino a Madrid apenas veinteañero. Pronto se inició en el teatro, en el género chico musical. Zarzuelas cómicas y juguetes, en colaboración con distintos autores, formaban el primer inventario de su tarea.

El 19 de febrero de 1898 estrena "El santo de la Isidra", con medianísimo éxito, ignoramos por qué extraña circunstancia, y con larga, larguísima permanencia en el cartel de la temporada y en el repertorio vivo durante cuatro décadas, porque al público sano no se le engaña. Suce-

den a este, su primer sainete, "La fiesta de San Antón" y "El día de San Eugenio" y, veinte años después, "El amigo Melquíades", "Serafín el Pinturero", más otros tantos. En el intermedio de ese lapso, "Alma de Dios", en colaboración con García Álvarez. Triunfo excepcional.

Es indudable que en toda la producción arnichesca, menor o mayor en la medida y sea cualquiera el medio en que sus tipos se desenvuelven, aparece el sainetero de casta. Sin embargo, de su directa observación del natural, inventa Arniches el lenguaje popular, giros y vocablos que el pueblo recoge y adopta como propios. Cuando en su segundo ciclo vital concibe la tragedia grotesca, también en ella hay un palpable aire sainetesco.

\* \* \*

Don José López Silva, madrileñísimo, es sainetero "a natiuitate". Sus romances dialogados insertos en el "Madrid Cómico", después recopilados en libros —"Migajas". "Los harrios bajos", "Los Madriles", "Chulaperías" y cinco más—, son verdaderas escenas de sainete madrileño. Ha estrenado ya cuatro piezas teatrales de este género al solicitarle su colaboración el gaditano don Carlos Fernández Shaw, poeta excelente y también autor casi novel. Es-

ta feliz asociación produce varios sainetes logrados: "La chavala", "Los buenos mozos", "El alma del pueblo". Pero antes, su gran inicio social, "Las bravías" y su creación monumental, "La revoltosa". Habíanse unido la sal callejera de Madrid y la miel de la colmena clásica. Tuviéramos en nuestras manos los manuscritos de dos escenas esenciales: el diálogo del sastre Cándido con su obesa Gorgonia es de don José; el de Felipe y Mari Pepa, en el mismo cuadro segundo, se debe a don Carlos. Cualquier aficionado podría haberlos distinguido.

"La verbena de la Paloma" y "La revoltosa" despuntan en el gráfico histórico del sainete madrileño por sus cotas más altas. Reflejado el ambiente en las dos con rigurosa fidelidad estilizada, "La revoltosa" es un sainete de tipos; "La verbena", una comedia popular de caracteres. Más sainete aquélla dentro de la concepción clásica del género. Más enjundiosa ésta, aun con la restricción de fondeo que la tiranía de la dimensión impone. Y ambas sugirieron, inspiraron dos partituras inmortales.

José López Silva tiene en su catálogo otros sainetes estimables y sobresale "El barquillero", unido el autor a Jackson Veyan. Carlos Fernández Shaw, en colaboración con



Arniches, "Los pícaros celos" y "El maldito dinero".

\* \* \*

Don Antonio Paso y don Enrique García Álvarez no deben ser olvidados. Juntos o con otros colaboradores, escribieron algunos sainetes de gran éxito. Del primero, por mencionar uno solo, "El bateo"; del segundo, "Alma de Dios". Paso y García Álvarez eran graciosos de verdad en la escena, en la calle, en el café, en el comedor y en el dormitorio. Claro está que cada época tiene su chispa, según la ingenuidad o la agudeza y el grado de cultura del público medio.

Ni tampoco excluirémos a don Antonio Casero, seguidor de López Silva en sus composiciones dialogadas y en sus sainetes. No copia, sino influencia natural. Solo o en colaboración con García Álvarez o, más frecuente, con Alejandro Larrubiera, dio a conocer cierto número de buenos sainetes y recordamos "El querer de la Pepa", "La boda", "Las cacatúas" y "Las mocitas del barrio", póstuma producción musical de Federico Chueca.

Don Miguel Ramos Carrión, maestro de zarzuelistas y de comediógrafos de costumbres, no fue ajeno al sainete y bastaría nombrar "Agua, azucarrillos y aguardiente" para incluirle en la nómina distinguida de los saineteros.

\* \* \*

Por último, he aquí a don Jacinto Benavente, cultivador de todos los géneros teatrales, desde el drama al paso de comedia. Del tino, la firmeza y la exactitud con que Benavente manejó el habla popular dio admirables ejemplos en "La malquerida" y "Señora ama", rurales y manchegas. Nosotros reconocíamos, en esas dos obras, decires, giros y modos sintácticos que son comunes en Aldeaencabo, donde se inspiró, y en el Campo de Montiel, solar de nuestra estirpe, a cuarenta leguas de distancia.

Pero en el lenguaje madrileño que, en perfecta ósmosis, sube de la calle a los salones con dudoso viceversa, don Jacinto era magistral. Léanse con atención sus coloquios entre madrileños y se comprobará. Don Jacinto estrenó un sainete único y delicioso, "Todos somos unos", en el teatro de Eslava. La música, obligada en aquel escenario el año 1907, era breve y poco brillante. Al



Guillermo Fernández Shaw



Antonio Paso

sainete le sobraba la música. Debería haberlo presentado en Lara y mucho habría ganado con la interpretación. Bien es cierto que, a aquel pacato público de Lara, las impuras, el marqués alegre de cascos y los organilleros golfantes, grabados todos con buril agudo y expresándose

ellos en ingeniosas frases buidas y de doble intención, acaso le habrían parecido granos de ardiente pimienta que levantan ampollas. Entonces era Lara el teatro de "los padres de familia" que se asociaban con el pausible fin de morigerar las costumbres... ajenas.



La conocida escena de "La verbena de la Paloma".



# LA BIBLIOTECA MUSICAL CIRCULANTE

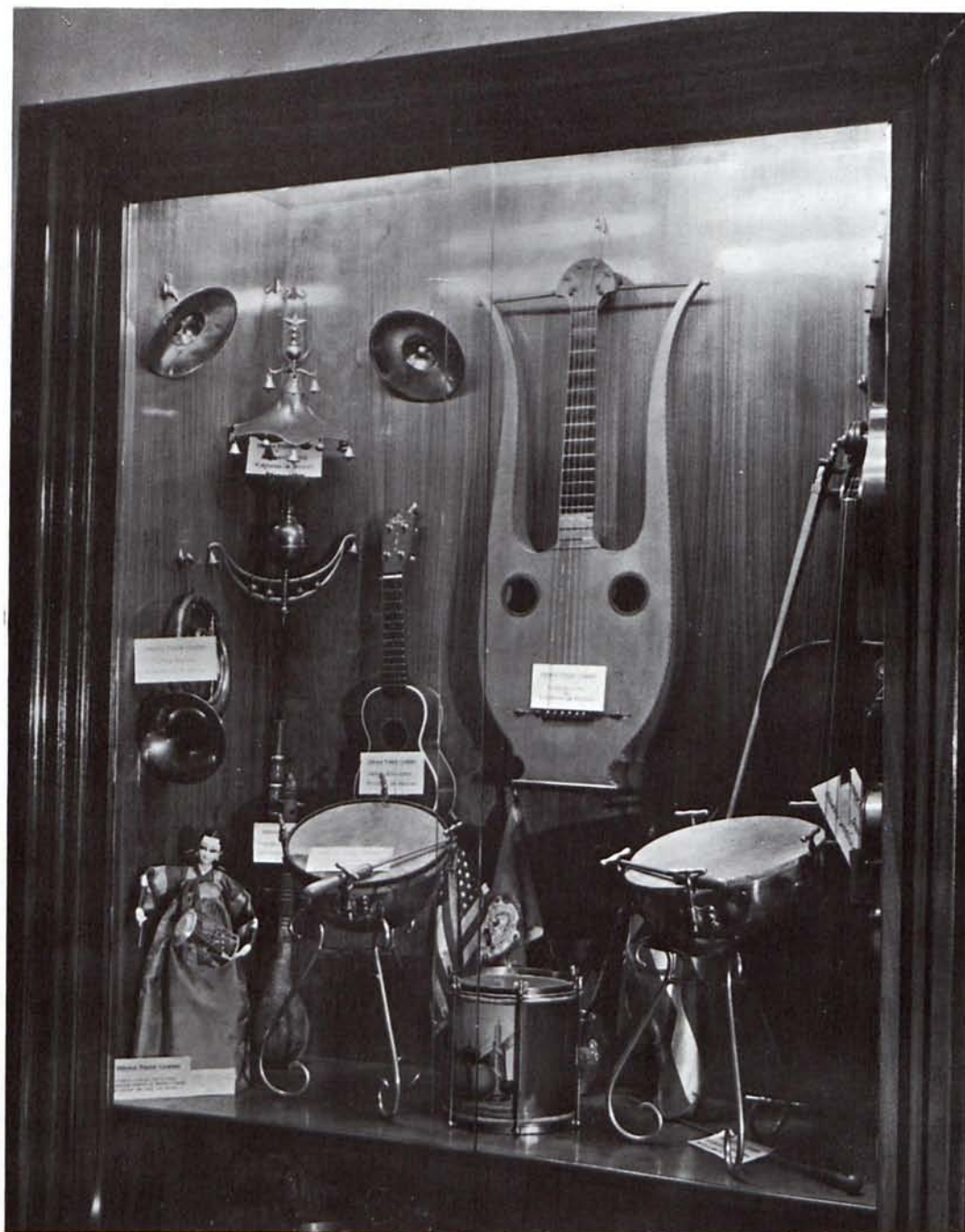
Por Juana ESPINOS ORLANDO  
Directora de la Biblioteca Musical



*Bella cerámica en ocres, representando a Santa Cecilia, Patrona de la música y de los músicos, que preside la Biblioteca Musical. Fue realizada por la Escuela de Cerámica del excelentísimo Ayuntamiento, bajo la supervisión de su ilustre y magistrado director, don Jacinto Alcántara.*

LA biblioteca, tradicionalmente, es la institución destinada a reunir y custodiar aquella parte de la herencia humana que existe en forma escrita; así como la escuela es la institución primaria, que ve-





*Vitrina de instrumentos curiosos: guitarra lira italiana, campanil turco, viola de gamba, trompa natural y juguetes musicales pertenecientes a sus altezas reales. A la izquierda, figura coreana tañendo el instrumento nacional.*

la por la transmisión de aquella herencia de una generación a otra.

Hoy día ambas instituciones, escuela y biblioteca, son inseparables, y respecto al concepto moderno de la educación musical, la biblioteca «pública» es imprescindible.

En España, exceptuando la Biblioteca Musical del Ayuntamiento de Madrid, no existen bibliotecas musicales públicas propiamente dichas, sino secciones de música de biblio-

otecas generales y las específicas de los conservatorios.

Según el concepto de la AIBM (Asociación Internacional de Bibliotecas Musicales), a la cual pertenece la del Ayuntamiento de Madrid, las bibliotecas musicales públicas desempeñan una misión fundamental en la educación musical contemporánea, considerada no sólo como archivo de obras de valor cultural indiscutible o potencial, en el sentido más amplio de la palabra, sino

como servicio de cultura puesto al alcance del mayor número de usuarios, teniendo como principio característico de su funcionamiento, el préstamo.

Desde un punto de vista pedagógico, desde ella se procede a la *educación pasiva*, mediante la creación de un clima favorable a la formación y al desarrollo del gusto musical del lector y *activa* por medio de conferencias, orientaciones o simples consejos para la elección de cual-





*Armonina brevete (Frances-S. G. D. G.), delicioso instrumento del siglo XVIII. Se compone de juego y medio de lengüetas, treinta y seis notas y cinco tiradores: crescendo, trémolo mudo, celeste y fuerte. Donativo de su alteza real don Alfonso de Borbón y de Braganza.*

quier partitura e incluso su interpretación.

#### **CREACION DE LA BIBLIOTECA MUSICAL**

La Biblioteca Musical Circulante fue creada en el año 1919 por acuerdo del excelentísimo Ayuntamiento, a iniciativa de don Víctor Espinós Moltó, ilustre musicólogo, crítico y académico del B. B. A. A., siendo entonces alcalde de Madrid don Luis Garrido Juaristi.

Un año después comenzaba a funcionar, en el segundo piso de la Casa de la Carnecería de la Plaza Mayor, donde lo hacían ya con un rendimiento de 75 a 100 lectores diarios la Biblioteca Literaria, el préstamo de libros de texto de Bachillerato y la dirección de las Bibliotecas Infantiles de los Parques de Madrid y de los Parques de Bomberos.

Tuvo la Biblioteca Musical como fin inmediato proteger las vocaciones artísticas nacidas en hogares

modestos, poniendo a su alcance lo necesario para su formación: métodos, toda clase de partituras, instrumentos y discoteca.

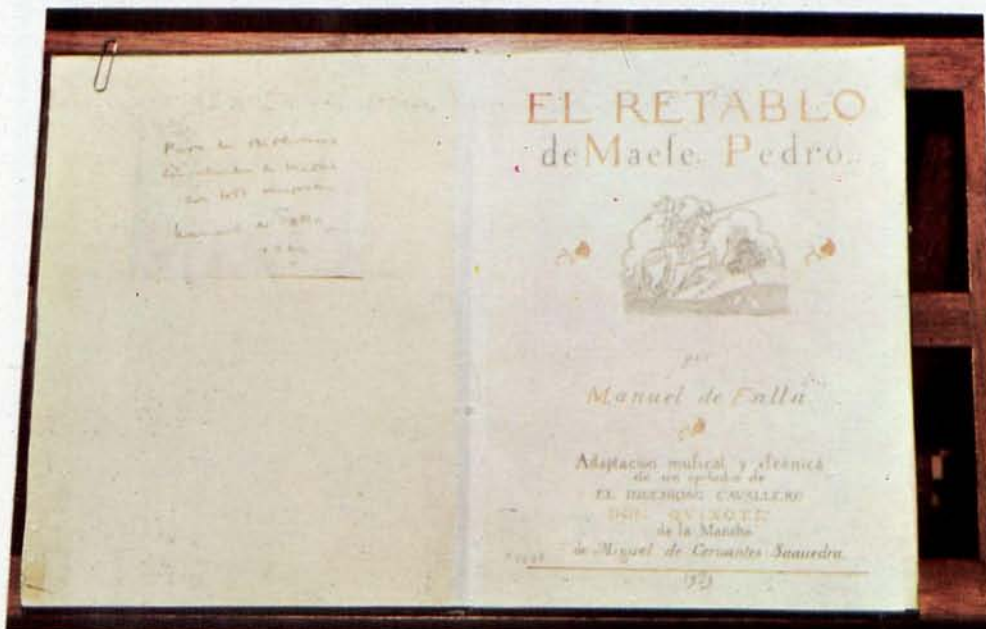
#### **FONDOS, CATALOGACION Y ESTATUTOS**

En los fondos de la Biblioteca Musical se encuentran desde el método elemental de solfeo hasta la partitura más representativa de los estilos o sistemas contemporáneos: desde Eslava o Carl Orff y desde Bach a Strawinsky, pasando por Schoë-





Programa de la función regia, celebrada en el Teatro Real el 18 de mayo de 1902, con motivo de la mayoría de edad de su majestad el rey don Alfonso XIII.



Partitura del "Retablo de Maese Pedro", de Falla.

Lema de la Biblioteca Musical: palabras de Sancho a la Duquesa en "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha", de Cervantes. (Parte II, Cap. XXXII.)



Escuela Nacionalista y lo más representativo de la música contemporánea, desde Guridi, Esplá, Rodrigo, Halfter (Rodolfo y Ernesto), Mompou, Muñoz Molleda, Toldrá, Montsalvatge, hasta las últimas manifestaciones de la composición actual: Cristóbal Halfter, Ramón Barco, Luis de Pablo, Carmelo Bernaola...

Posee, además, las antologías del folklore y flamenco, que se han grabado con el asesoramiento musical y científico de los maestros García Matos y Andrade de Silva, respectivamente.

El museo contiene en cuatro vitrinas instrumentos raros de los cinco continentes: partituras autógrafas y facsimiles o ediciones de gran valor, medallas, batutas y fotografías de músicos y artistas españoles y extranjeros. Por ejemplo, el facsímil del «Arte trifario», de fray Juan Bermudo, 1550, del Misterio de Elche, 1264, y páginas originales de Chueca, Bretón, Falla, Turina, Conrado del Campo, Gombau, Rodríguez Albert...

#### COLECCION CERVANTINA

Simultáneamente a la fundación de la biblioteca, comenzó su director una labor de investigación del más alto interés por su originalidad y valor hispánico: dicha colección, siempre viva —acaban de lograrse partituras de Rodolfo Halfter (Méjico), Horacio de la Rosa (Argentina), Petrassi (Italia), Constantino Iliev (Bulgaria), Giörgy Rankin (Hungria) y Carlos Teppa (Venezuela)—, es la más completa que existe en el mundo, y de entre sus 100 títulos se pueden citar como más representativos el de la primera ópera de Henry Purcell, «The Comical History of Don Quixotte» (Londres, 1694); las «Variaciones sinfónicas sobre un tema caballeresco» de Ricardo Strauss (Leipzig, 1898), con dedicatoria autógrafa, y «El retablo de maese Pedro», de Manuel de Falla (Sevilla-París, 1925), también con dedicatoria autógrafa, que constituyen la trilogía excelsa de obras inspiradas en el Quijote de Cervantes.

Investigaciones Científicas, en su sección de musicología, publicó un volumen en 1949, «Don Quijote en la música universal», en el que Víctor Espinós analiza una a una las partituras conocidas hasta entonces, partituras custodiadas en la Biblioteca Musical y que abarcan todos



los géneros procedentes de Europa y América.

### ACTIVIDADES DE LA BIBLIOTECA MUSICAL

La Biblioteca Musical tiene como misión fundamental la de «servir», para lo cual ha tratado siempre de enriquecer sus fondos de acuerdo con las necesidades y exigencias de los conservatorios y academias, así como de los distintos sistemas pedagógicos en boga, ya que entre sus lectores figuran, en primer lugar, los que estudian música.

Pero como afirma, inteligentemente, C. de Bussy, director honorario de la Biblioteca de Amsterdam, también se preocupa de una segunda categoría de lectores, la integrada por «músicos profesionales», que buscan obras históricas sobre temas especiales, los intérpretes, los directores de orquesta y coros, que necesitan consultar y ensanchar sus repertorios y, finalmente, la biblioteca sirve asimismo, gustosamente, a otro grupo de lectores: el de «los aficionados» a quienes les gusta dedicar parte de su tiempo libre a hacer música o a escucharla.

Estos últimos, los que aman la música, simplemente por el placer de escucharla, es muy importante, y para satisfacerles, una biblioteca que se denomina pública, como la del Ayuntamiento de Madrid, debe hacer lo posible por lograrlo, contribuyendo con audiciones, conferencias, encuentros entre los propios lectores, actividades todas ellas desarrolladas por la Biblioteca Musical en el salón de lectura y audiciones.

Entre las realizaciones externas de la Biblioteca Musical podría citarse, entre otras, su aportación al IV Centenario Cervantino, celebrado en 1947 en la Biblioteca Nacional, con la exposición de su colección de obras musicales inspiradas en «El Quijote», repetida después en el Instituto Francés, en el mismo año, y en 1953, en la ciudad de Pau.

En 1949 conmemoró, en el Salón de Tapices, con una conferencia-concierto, el XXX aniversario de su fundación.

Desde 1949 a 1954, la Biblioteca Musical, a causa de las obras de restauración de la Casa de la Carnecería, se trasladó a la Biblioteca Municipal, en Fuencarral; durante esos años sólo prestó obras pedagógicas —pues su instalación no per-



Partituras musicales de los Quijotes de Morawski, 1913, y Beer-Walbrunn, 1908 (Alemania), integradas en la famosa colección, la más completa que existe en el mundo.



mitía el desarrollo normal de sus actividades— y la dirección aprovechó estas circunstancias para realizar el I Apéndice a su Catálogo General, puesto en manos de los lectores en 1954.

En 1956 tuvo lugar, con motivo del centenario de Bocherini, compositor italiano, muchos años vecino de Madrid, y también en el Salón de Tapices, una solemne sesión musical organizada por la Biblioteca Musical, en colaboración con la embajada italiana.

En 1960 le fue encomendada por la sección de protocolo la búsqueda en el Archivo de la Villa de los antecedentes conservados en él sobre la Marcha de la Corporación. Después de varios días investigando en documentos antiguos, sólo se hallaron consignados los instrumentos que, en efecto, interpretaban aquella en desfiles, recepciones de monarcas, actos oficiales, etc., pero no apareció, desgraciadamente, ninguna partitura musical.

En vista de ello, la Biblioteca Musical, propuso dos obras custodiadas en sus fondos, una de ellas, una composición interesantísima del siglo XVI, atribuida, desde siglos, a Carlos V, y la otra, una marcha austro-húngara, más moderna. La primera, a cuatro voces, fue transcrita para trompetas, trombones y timbales, por el maestro Arambarri. Tras ser escuchada por la Corporación fue aceptada por su belleza y noble carácter y adoptada para Marcha de la Corporación, interpretándose desde ese día en sus actos oficiales.

En septiembre de 1955, la Biblioteca Musical celebró un acto solemne para saludar a los representantes del comité ejecutivo de la AIBM (Asociación Internacional de Bibliotecas Musicales), con asistencia de bibliotecarios de Londres, París, Múnich, Amsterdam, Roma e Innsbruck, que elogiaron, a través de las palabras de Mr. Hyatt, entonces su presidente y jefe del Music-Room del Brithis Museum, la admirable labor realizada por el Ayuntamiento de Madrid a través de esta Biblioteca, destacando especialmente por su novedad la sección de préstamos de instrumentos musicales y su labor investigadora sobre partituras inspiradas en la novela de Cervantes.

En los años de 1955 y 1960 representó a España en sendos congresos de la AIBM, celebrados en Bruselas y Dusseldorf, respectivamente, presentando en este último una ponencia sobre la Biblioteca Municipal del Ayuntamiento.

Los cursos de extranjeros de la Facultad de Filosofía y Letras, la Cátedra «Manuel de Falla» de la Universidad, la Institución Pastoral «Bonus Pastor», los institutos Beatriz Galindo, Isabel la Católica y Gregorio Marañón visitan la biblioteca de modo periódico durante el curso, y se celebran sesiones musicales de conferencias y conciertos, ilustrados con grabaciones, etc.

La Biblioteca colabora con las distintas emisoras de radio y TVE, facilitando notas, instrumentos, partituras, etc.

La última contribución de la Biblioteca Musical tuvo lugar con motivo de la I Semana de Música Cervantina, celebrada el pasado abril de 1972 en Alcalá de Henares. Organizada aquella por la Comisaría de la Música de la Dirección General de Bellas Artes, expuso en los salones del Ayuntamiento de la histórica ciudad la colección de Quijotes Musicales, ante la que desfilaron músicos, investigadores españoles y extranjeros y los alumnos de los colegios e institutos locales, que pudieron admirar una manifestación original y única, dedicada a exaltar la figura del príncipe de las letras españolas en su tierra natal.

#### CODA FINAL

Como término a este breve reportaje sobre la Biblioteca Musical Circulante, nos parece oportuno recoger el juicio emitido sobre ella por el primer crítico musical de España —entonces lo era de «El Sol»— e ilustre musicólogo Adolfo Salazar, cuyas obras completas se encuentran en las estanterías de dicho servicio de cultura y que dice así:

«Un ejemplo sencillo y fácil de comprobar de cómo es el hombre el denominador de la cosa puede observarse cada día no feriado, mañana y tarde en la tercera Casa Consistorial, allí donde en el vetusto caserón de la Plaza Mayor se lee "Bibliotecas Circulantes". Una de las obras más modestas, más útiles, llevada a cabo año tras año con un en-

tusiasmo indeclinable y una fe de otros tiempos por un hombre que se llama Víctor Espinós, y al que yo no llamo "nuestro querido compañero en la Prensa" para no desvirtuar la sinceridad del elogio. Por la extensión que Espinós ha dado a las Bibliotecas Circulantes, llevándolas al terreno musical, el Ayuntamiento va a apuntarse un tanto honroso y de elevada categoría estética. ("Sonnez, clairons, Battez, tambours.")

»Una derivación importante de esas bibliotecas ha consistido en ampliar su fondo a los libros de instrucción musical. De ellos, Espinós ha pasado a otra isla de escollado acceso: al préstamo de instrumentos musicales a los estudiantes faltos de recursos. Violines, guitarras, flautas, violoncellos, quizá un día de mañana podrá inscribirse en el mástil de esos instrumentos que hoy presta Espinós con todo género de garantías: "En este violín estudió Fulano", y Fulano será un nuevo Sarasate; "Mengano" un futuro Cals. Es bonito.

»Pero lo que va a dar al Ayuntamiento un lucimiento de mejor calidad que el que proporciona el sídol cotidiano, constituye el gran triunfo de Espinós: su colección (es decir, la que ha logrado reunir para el Ayuntamiento) de obras musicales de todos los países inspiradas por Don Quijote de la Mancha. Que pase el lector curioso por la tercera Casa Consistorial y examine la colección: volúmenes rechonchos y cortitos, tal los que parecen provenir del escudero; volúmenes flacos y espigados, como corresponden al caballero...

»Si el Ayuntamiento encontrase margen para destinar unos pocos miles de pesetas a la Biblioteca Circulante, habría realizado una obra de poco brillo o estrépito, pero de verdadera cultura.» (Diciembre 1932.)

\* \* \*

Hemos de agradecer, finalmente, a la Delegación de Servicios de Educación, presidida por don Antonio Aparisi, su inteligente interés por esta biblioteca, cuyos presupuestos ha aumentado considerablemente, haciendo posible su actual desenvolvimiento y la eficacia creciente de su función cultural.

J. E. O.



# EXCURSIONES POR LAS AFUERAS DE LA NUEVA VILLA DE MADRID

**P**ODRIAMOS arrancar nuestra excursión, que va a recorrer un sector del norte del término municipal de Madrid, y sin salir de él, de la plaza de Castilla, donde se encuentra el monumento a Calvo Sotelo, un depósito de agua, la terminal (por ahora) de una línea de Metro, y la cabecera de muchas líneas periféricas de autobuses. No muy lejos queda la estación de Chamartín. El empuje de todos estos transportes ha hecho más accesible una zona que fue olvidada por los viejos urbanistas, vg., en la Ciudad Lineal de Arturo López Sorria. El autobús M-9 se desplaza a Cuatro Caminos-Fuencarral-El Gótico.

El terreno que pensamos recorrer primero es una cresta pliocena, de la llamada «superficie de Madrid», que se corresponde con la del otro lado del Manzanares y con la de Paracuellos del Jarama en la otra ribera de este río. Sensiblemente, la carretera a Colmenar sigue la separación de aguas entre las dos vertientes. De ella arrancan vaguadas y arroyos, pues, en direcciones opuestas. Incluso se dice que dependía de un ligero soplo de viento el que una gota caída sobre un tejado fuencarralero encontrase su destino en el Jarama o en el Manzanares. Topografía movida pero sin grandes desniveles. La vieja carretera nacional radial número 1 oscila en este trecho entre los 720 y 730 metros sobre el nivel del mar; luego sigue el ascenso. Pero incluso llegando a Tres Cantos, ya en el límite con el término de Colmenar Viejo, nos encontraremos que su vértice geodésico no supera los 760 metros. El suelo es fundamentalmente arenoso, producto de la descomposición del material gra-

## DE LA PLAZA DE CASTILLA A TRES CANTOS Y VUELTA POR EL PARDO

Por José María SANZ GARCIA

nítico de la sierra que se alza al norte, y de donde vino el relleno. El cretáceo anterior debe quedar aquí a unos 1.800 metros de profundidad. Cantos y arenas en la parte alta de los cerros; limos y arcillas miocenas en el fondo de las vaguadas. Edafológicamente el suelo es pardo calizo; en tanto que nos apro-

ximamos a la sierra se hace subhúmedo.

A la vuelta cruzaremos El Pardo, acercándonos al Manzanares. No podemos ahora ni intentar su estudio. Bástenos indicar que queda al descubierto el mioceno y aparecen claras las terrazas baja, media y alta del río cuaternario; sobre los aluvio-



*La puerta, franqueable sólo con permiso, de la finca del castillo de Viñuelas*



nes del fondo del valle surgieron varias instalaciones deportivas. El río se embalsó en el término de Manzanares el Real para abastecer al canal de Santillana, y se han aprovechado sus desniveles en el tramo anterior para instalar tubos de conducción forzada y fábricas de energía eléctrica. En el tramo en que le veremos ha debido ser protegido en varios lugares para evitar inundaciones y cambios de curso.

Domina el secano, robado al encinar primitivo a fuerza de fuegos y roturaciones. Nos encontramos casi en el límite del olivo. Las «Relaciones topográficas» cuentan que se molía en verano en el Jarama porque el Manzanares, adonde se iba en invierno, quedaba seco. Trigo, cebada y centeno. Fueron famosos en el mercado madrileño sus nabos y las uvas garnachas (moscatel), higuera y almendros. Pocos pastos. En algunos lugares nos encontraremos aún con rebaños de ovejas aprovechando cualquier hierba, pero hay crisis de pastores. Además nadie considera a sus tierras como de labor, sino como futuros solares que pueden especularse.

Por la avenida del Generalísimo podemos ir observando el carácter señorial de los edificios y destacar el destino de los más importantes y significativos. Detrás de las fachadas laterales quedan muchos huecos sin rellenar, pues la Villa crece en forma de estrella, avanzando por sus carreteras. La teoría del exágono se cumple en sus radios. Ponz soñaba hace dos siglos con una arboleda que flanqueara el camino a Fuencarral y lo convirtiese en el más delicioso paseo de la corte. En vez de árboles se han plantado rascacielos, aunque quedan algunas construcciones de cuando todavía no se había decidido su papel de escaparate. Esto explica los contrastes que encontramos. Palacio de Exposiciones y Congresos, la SEAT, la Ciudad Deportiva del Real Madrid, la colonia de San Cristóbal para los empleados de la Empresa Municipal de Transportes, sus cocheras, talleres y zona deportiva, la Residencia de la Seguridad Social «La Paz».

Sin hacer caso de la autopista, que nos daría velocidad pero nos quitaría observaciones, cruzaremos Fuencarral por medio del pueblo, dejando atrás y a la izquierda la colonia Virgen de Begoña, y el polígono industrial que aún no ha cua-

jado, y a la derecha el Poblado de Absorción Fuencarral B y otras construcciones de mayor porte. Fuencarral, cuyo origen medioevo es impreciso, es una etapa en un camino, una fuente en una carra o carretera. Fuencarral siempre sufrió falta de aguas para los vecinos y para el ganado; sólo contaba dos fuentes en el siglo XVI que se secaban en verano; su escudo era una fuente con tres caños. En el centro podremos distinguir una modesta plaza con el viejo Ayuntamiento, ahora local del Movimiento, y las estrechas casas tradicionales de una o dos plantas propias de labradores humildes; pocas con heráldica. Hasta los cerros de las viejas ermitas de San Roque (fiesta del 15 de agosto) y Santa Ana (demolida) llegan los nuevos bloques de pisos correspondiendo a una población que ya no vive del campo, que trabaja fundamentalmente en la capital, pese a que la industria y servicios demandan aquí cada día más mano de obra. Como lugar de Madrid estuvo representado en el Concejo madrileño, pues formaba parte de la Villa y tierra, ya que quedaba dentro de las cinco leguas puestas bajo su jurisdicción.

Prácticamente hasta que no se ha anexionado (1950) no pegó esta zona el fuerte incremento que ahora se respira por doquier. Fuencarral tenía entonces 16.698 habitantes y proporcionó con su término más de 54 millones de metros cuadrados. Así y todo había subido respecto a los censos y cifras anteriores; a principios de siglo apenas si alcanzaba los tres mil habitantes. Nos encontramos ante un claro efecto de metamorfismo urbano, y podríamos aplicar a su estudio las teorías de los lugares centrales de Christaller, Lösch, Berry..., pues su economía apenas superó la de subsistencia, y Madrid y El Pardo (aquí residieron algunos monteros) pesaban mucho. El centro comercial urbano se ha desplazado, y los bancos e instituciones de crédito quedan ahora a la entrada de la calle de Nuestra Señora de Valverde, apenas pasado el cruce con la avenida Herrera Oria. La torre del Ayuntamiento, levantada en 1895, como su reloj, ya apenas se ven más allá de los jardillos delanteros. El campanario de la iglesia también ha perdido su valor orientativo.

Pasado el núcleo fuencarralero, varias urbanizaciones (la más im-

portante la de tipo manchego de El Toboso), gasolineras, mesones y restaurantes. A la derecha quedó la pequeña ermita de la Virgen de Lourdes (de ladrillo y cúpula), y a la izquierda un grupo escolar y el depósito del agua. Aún persisten algunos cortijos. Desde cualquier loma, hermosas vistas por todo el horizonte.

A nuestra derecha se abre la carretera N. R. núm. 1, que lleva, por Alcobendas, hasta Irún, y en la que aún dentro del término municipal madrileño encontraríamos los cuarteles de Valverde, la Escuela de Aplicación y Tiro de Artillería, con simbólicos cañones a la puerta, estudios cinematográficos, editoriales y diversas naves industriales, que acá se vinieron a favor de las facilidades de los transportes (enlaces de ferrocarriles) y de la energía. Pero nosotros hemos tomado la carretera que sigue hacia el Norte, la de Colmenar Viejo, que es la C-607; está en marcha su ampliación a cuatro carriles. Entre la carretera y el ferrocarril hemos podido apreciar, poco antes, una serie de instalaciones industriales de pequeño y medio tamaño. Del viejo Fuencarral aún quedan algunas fábricas de jabones; una tiene lápida de haber sido creada en 1806.

Un poco antes del kilómetro doce de esta carretera de Colmenar nos detenemos unos minutos en la ermita más famosa de la localidad, la de Nuestra Señora de Valverde. Dentro de un extenso conjunto cercado queda la ermita, que es del pueblo, y una finca que es de propiedad particular, y queda cruzada por el ferrocarril de enlace. El portalón de entrada, barroco, con un óculo vacío, dispuso de un pedestal en el que figuraba en tiempos una imagen de la Virgen de la Guía, que lo era de los caminantes, y que de noche dispuso de una luz. Las edificaciones interiores han sido convento de varias órdenes (dominicos, trapenses...), y hoy no muestran sino ruinas después de haber sido saqueadas en guerra y sufrir un destino militar hasta hace poco. La fachada del templo luce un escudo de las Comendadoras de Calatrava y la fecha de 1720. Felipe II puso bajo la advocación de esta Virgen a su Armada Invencible, y muchos reyes acudieron a sus fiestas y romerías. La del 25 de abril al 3 de mayo, día de la aparición de la imagen (sobre una retama, en 1242, como puede leerse en una lá-





*Una familia madrileña gozando entre las encinas de El Pardo.*

pida que puso Fernando VI, en 1756, en el brocal de mármol de un pozo que se conserva en el interior del templo), consiste en llevar la Virgen a la parroquia de San Miguel Arcángel de Fuencarral; hay misa y reparto, como caridad, de pan y queso a los asistentes. La iglesia, muy maltratada por el tiempo y las inclemencias, se está restaurando con gran gasto. Tiene lápidas sepulcrales, panteón familiar nobiliario y exvotos de cera.

Poco antes del tren nos desviamos a la derecha para visitar la finca, enorme (351 hectáreas), donde se instala un gran complejo benéfico-docente-asistencial a cargo de la Diputación; este monte de Valdelatas fue otrora bienes de propios de Fuencarral y del Real Patrimonio; la población que aquí se alberga, alumnos, residentes, enfermos y servicio, es de varios millares de personas. Todas sus edificaciones están unidas por una vía

interior de enlace. Vale la pena detenerse en estos centros y comprobar personalmente los nuevos métodos asistenciales, tan distintos de los que no más que hasta ayer perduraron. Edificios aislados, residencias, aulas, laboratorios, gabinetes médicos, centros comunitarios (capillas, cafés, teatros, clubs...), locales comerciales, jardines, parques, campos polideportivos (al aire libre o aclimatados), zonas de recreo..., todo ello con un régimen de



libertad adecuado a la conveniencia de cada uno y con accesos de entrada y salida independientes.

Veinte hectáreas ocupa, con sus instalaciones, la Ciudad Escolar «Francisco Franco», inaugurada por el Jefe del Estado el 15 de julio de 1968, que descubrió una placa conmemorativa. Su coste fue de 300 millones. Se trata de una concepción moderna del doctor-arquitecto Manuel Ambrós Escanellas, que se levantó en apenas nueve meses. Las niñas vinieron del Colegio de la Paz y del de las Mercedes. Aquél se fundó en 1679, por la duquesa de Feria, y recogía a las niñas que hasta los nueve años se cuidaban en la un siglo más vieja Inclusa (actualmente Instituto Provincial de Puericultura). La Paz, desde 1929, estaba en Doctor Esquerdo con vuelta a O'Donnell. El Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes se alzó con motivo de las bodas regias de 1878, y estaba situado en la calle Núñez de Balboa. Lógicamente ya no respondían a las exigencias de nuestra época; el segundo estaba rodeado de tapias de aspecto carcelario, con naves-dormitorios de sesenta-setenta camas, capacidad máxima para cuatrocientas niñas internas...; funcionaba a cargo de las Hermanas Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, y en el centro sólo con enseñanza primaria y de lo que se consideraban labores propias del sexo. Además, gracias a esta Ciudad Escolar, la Diputación pudo recoger unas ochocientas niñas, que tenía distribuidas entre familias por diversos pueblos, sin el control necesario.

Esta Ciudad Escolar dispone, además de los mil trescientos alumnos procedentes de la Beneficencia, de otros trescientos en régimen medio-pensionista, con lo que se pretende suprimir el ambiente de aislamiento que de otro modo podría respirarse; se trata, pues, de un sistema abierto. Dispone de varios grados de enseñanza, desde maternal, Educación General Básica, Bachillerato unificado polivalente a varias ramas de formación profesional femenina. Cuenta con un espacioso colegio mayor para sus universitarias y para las que ya están trabajando. Lo regenta la Sección Femenina del Movimiento. Todas sus instalaciones están muy cuidadas y en el amplio y hermoso vestíbulo puede verse una maqueta que nos re-

sume el gran complejo de sus pabellones y dependencias.

Contigua a la Ciudad Escolar queda la Residencia de Ancianos, inaugurada por el Jefe del Estado el 19 de octubre de 1970. Planta de rueda con radios salientes para que todas las habitaciones dispongan de luz y paisaje. Dispone de doscientas cincuenta y seis «suites» para matrimonios senectos, con cuarto de estar, dormitorio, aseo, pequeña cocina y terraza. Hay otras ciento veintiséis habitaciones, también singularizadas, para sesenta y tres personas de cada sexo. Funciona en régimen de hotel de lujo. Consta de cinco pisos y se invirtieron cuatrocientos cuarenta y cuatro millones de pesetas. Su arquitecto fue Manuel Ambrós Escanellas. A la derecha de la entrada, un relieve escultórico resalta en el paramento; allí están los dos viejos, Philemon y Baucis, cantados por Ovidio, en el libro VIII de sus «Metamorfosis», capítulo VI. Este bello episodio, moral y artístico, recoge un mito local de Frigia, donde dos caminantes, cansados del peregrinaje y de la inhospitalidad terrena, encontraron al fin amoroso cobijo en una pobre cabaña. Los dos dioses, pues Júpiter y Mercurio eran los desconocidos, premiaron tanta virtud convirtiendo la choza en templo y a los dos esposos en sus sacerdotes. Como no quisieran sobrevivirse el uno al otro, el padre de los dioses, finalmente, les transformó ambos cuerpos en una encina y un tilo, que se entrelazan mutuamente.

Un pequeño desplazamiento nos llevará al Colegio de San Fernando. Sus orígenes se remontan al año 1674 y como fundación del beato Simón de Rojas en la calle de Santa Isabel. Luego, en 1709, ocupó un edificio de nueva planta, de churrigueresca fachada, el Hospicio de la calle de Fuencarral, adonde pasaban los niños varones acogidos en la Inclusa, al cumplir los cinco años. Cuando se iba a proceder a su derribo lo adquirió el Ayuntamiento, que aún sigue gastando dinero para mantenerle; allí se instalaron el Museo y Biblioteca Municipal. El nuevo edificio, que ocupa las cotas más altas, se construyó entre 1924 y 1932, con un desembolso de 13.644.000 pesetas. Ocupa 615.480 metros cuadrados. Actualmente ingresan niños de diversas

procedencias; los párvulos, de cinco a ocho años, están a cargo de la comunidad de las Hijas de San Vicente de Paúl; luego pasan bajo el cuidado de la congregación salesiana, que aplicó acá el método educativo de San Juan Bosco, especialmente en lo que se refiere a formación profesional; es un centro bien dotado de talleres.

La cuarta unidad de este conjunto propiedad de la Diputación la constituye el Hospital Psiquiátrico Provincial «Alonso Vega». Don Camilo era ministro de la Gobernación cuando se inauguró, el mismo día 15 de julio de 1968, la Ciudad Escolar aludida y la Ciudad Sanitaria Provincial «Francisco Franco», que ocupa terrenos del antiguo Hospital de San Juan de Dios, en la calle del Doctor Esquerdo, y donde existen otras trescientas cincuenta camas en su pabellón psiquiátrico. El «Alonso Vega» es obra construida en diez meses, y se debe al arquitecto don Martín Marcide. Dispone de mil doscientas camas y modernas instalaciones terapéuticas y de carácter físico social. La Diputación madrileña carecía antes de manicomio y atendía sus enfermos en el Departamento de Psiquiatría del Hospital Provincial, en hospitales privados o en los de otras Diputaciones, mediante concierto. En el vestíbulo se ha dispuesto de una exposición y venta de objetos fabricados por los enfermos.

Volviendo a la carretera de Colmenar, vemos más clínicas y residencias de ancianos. El ferrocarril directo Madrid-Burgos corre primero a nuestra derecha y luego a nuestra izquierda. Dispone de varios apeaderos en Fuencarral, Valdelatas... El sanatorio antituberculoso de Valdelatas, dependiente del Ministerio de la Gobernación, se inaugura por la reina Victoria Eugenia el 25 de marzo de 1917. Se sostuvo con la recaudación de la Fiesta de la Flor y un sorteo de lotería en el mes de octubre. Su alma fue la marquesa de Argüelles. Enfrente queda la curiosa estructura de la Residencia de Ancianos de Nuestra Señora del Carmen. Valdelatas, como Viñuelas, El Goloso y hasta la Moraleja, formaron parte del real patrimonio, del que fueron desglosados en distintas épocas.

De meternos por los caminos para ver más cosas, llegaríamos hasta el Centro Protector de Animales y a





*La encantadora quinta del duque Del Arco, hoy Escuela de Mandos de la Sección Femenina.*

unas instalaciones de tiro al pichón y al plato que existen ya cerca de los límites con Alcobendas. Subsisten algunas granjas.

La villa, que queda a nuestras espaldas, bebe insaciable y consume torrentes de luz. Podemos observar las líneas de transporte de electricidad en alta tensión, 380 Kv, y la estación transformadora de Hidroeléctrica Española. Asimismo se hacen patentes los depósitos de agua. Antes de Bravo Murillo nos abastecíamos apenas de unas minas o viajes de agua; recorriendo

estos parajes encontraríamos restos del antiguo viaje de Alcobilla y pequeñas huertas regadas con lo que salía de cortos aprovechamientos. Las instalaciones actuales son las del Canal de Isabel II (arterias de El Atazar y Canal Bajo) o de Santillana. En Fuencarral hay, como en Madrid, una calle llamada de las Minas. Y en las «Relaciones topográficas» se habla del despoblado de Alcobilla, con una huerta.

Kilómetro quince. En el llamado Cantoblanco, a la derecha, en una hondonada, queda la Universidad

Autónoma, cuya arquitectura funcional destaca entre verdes praderas y esculturas abstractas. Buenas carreteras rodeándola y amplio estacionamiento de automóviles. Nació la segunda Universidad madrileña por un Decreto-ley de 6 de junio de 1968 y comenzó a funcionar aquel mismo año en unos locales provisionales del antiguo edificio de la Escuela de Ingeniería, que se levanta en el cerro de San Blas del Parque del Retiro, y en un local cedido por el INI en la Casa de Campo. Encendidas polémicas se alza



ron en torno a su definitivo emplazamiento. Hubo muchos partidarios de situarla en Alcalá de Henares (asiento de la primera «complutense» de Cisneros), en un terreno de doscientas hectáreas que cedía gratuitamente el Ministerio del Aire, y hasta se convocó un concurso de ordenación de los terrenos y anteproyecto de las edificaciones docentes. Una comisión interministerial, bajo la presidencia del ministro de la Vivienda y a la vista de diversos informes, hizo constar que la expansión madrileña estaba determinada por la avenida de La Paz (eje Norte-Sur) y el valle del Henares. Los técnicos urbanísticos localizaron co-

cia de la Educación, la Biblioteca General y diversos servicios centrales, con una capacidad óptima para 10.000 estudiantes. En esta primera fase ocupa unos 215.000 metros cuadrados, con un volumen edificado de 850.000 metros cúbicos.

Su trazo fue concebido en módulos departamentales (cada uno con su vida propia) de una dimensión equivalente, con tres plantas en el sector oeste y hasta seis, en módulos dobles, en el frente este. Todos los departamentos se relacionan entre sí por pasillos acristalados, que en la avenida Cajal vuelan como puentes. Cada departamento es tanto una unidad docente como

tra derecha aparece una carretera que se prolonga hasta Alcobendas. En ella, y a muy poca distancia, se encuentra un monasterio de Jerónimas, con cerca de ladrillo, pero de acceso inmediato. Sobre magnífico emplazamiento, que contrasta con el embudo de la Universidad, de cara a la sierra y a una altitud que en el vecino punto geodésico del Otero alcanza los 760 metros, levantó, a base de ladrillo rojo, con cierto punto de mudejarismo, el arquitecto Valcárcel el tercer emplazamiento de este convento de centenaria historia.

En 1374 aparecieron las Jerónimas como beatas en Toledo y desde 1510, como religiosas en el monasterio de San Pablo. En 1509, el capítulo de la Orden admite a las monjas de San Pablo de Toledo, con las que doña Beatriz Galindo «La Latina» (segunda esposa de don Francisco Ramírez, «el Artillero» de los Reyes Católicos) funda, sobre su casa y viña, el convento de la Concepción Jerónima, en la calle madrileña que toma este nombre. Doña Beatriz funda primero la Concepción Francisca, pero por ciertos litigios monta luego otro convento, el de la Concepción Jerónima, a que aludíamos, a muy poca distancia. Anejo al primero estuvo el Hospital de La Latina, frente a la plaza de la Cebada, en cuya capilla figuraron los dos monumentos funerarios que hoy custodia la Hemeroteca Municipal, junto con la gótica escalera. La portada, la del famoso moro Maese Hazán, se encuentra en la Escuela de Arquitectura, en la Ciudad Universitaria, y como elemento exento.

Doña Beatriz debió repartir el tiempo de su viudez entre sus dos fundaciones gemelas, y si en la Concepción Francisca muere (1535), en la Concepción Jerónima se entierra, pero no dentro de su panteón, sino en una modesta sepultura que se encontraría, cuando el derribo del templo, en el centro del coro alto. Trasladadas las monjas, cuando el derribo de 1891, a la calle de Velázquez esquina a Lista (actual edificio Beatriz), sufrieron dos de sus miembros el martirio en la guerra de 1936-39, aparte de un saqueo total, pues el convento se convirtió en checa. Entre los pocos objetos de valor que se salvaron figura el brocado del dosel de la Reina Católica, con el que se fabricó un terno de seda y oro, de los de tipo



*La fachada del templo de Nuestra Señora de Valverde luce un escudo de las Comendadoras de Calatrava y la fecha de 1720.*

mo más favorable un triángulo enmarcado por la carretera de Colmenar (que llevábamos hasta ahora), el acceso de Irún y el monte de Viñuelas, que definieron como de topografía suave y de agradable aspecto.

En virtud de estos razonamientos, el Ministerio de la Vivienda elevó al Consejo de Ministros un decreto-ley para los efectos expropiatorios correspondientes, modificándose, además, la convocatoria del concurso. Aquí se inaugura, por Su Excelencia el Jefe del Estado y su alteza el Príncipe de España, la Ciudad Universitaria, el 25 de octubre de 1971, para dar albergue a cuatro Facultades (Ciencias, Filosofía y Letras, Ciencias Económicas y Derecho), el Instituto de Cien-

un cuerpo de edificio, cuya primera planta la ocupan aulas o laboratorios; la segunda, seminarios y pequeñas bibliotecas de trabajo, y la tercera, por regla general, son despachos y locales de investigación. Aunque los edificios son un todo continuo, están separados por dieciséis grandes patios y varios pequeños interiores. La segunda fase de obra establecerá los institutos de investigaciones.

A lo lejos, en el horizonte, se siguen levantando las instalaciones de la trasladada Universidad Pontificia de Comillas, de la Compañía de Jesús; como se sabe, en su origen fue una fundación del célebre filántropo Antonio López.

Kilómetro dieciséis. Poco antes de llegar a este kilómetro, a nues-



guitarra; pudo conseguirse porque se había llevado en custodia al Banco de España.

La iglesia, que sólo se abre al público los domingos por la mañana, pero que se puede visitar solicitándolo en la portería, es de factura moderna y con grandes vitrales de colores. La memoria sepulcral plateresca, con grutescos y estatua yacente de alabastro, obra de uno de los Siloé Diego, conserva ya los restos mortales de Beatriz Galindo. En posición simétrica respecto al altar, donde está la Concepción sobre una barca, la de la Iglesia, conforme a la definición del Vaticano II, queda el cenotafio vacío de su esposo, que murió combatiendo a los moros, en 1505, en Sierra Bermeja (Granada), y cuyo cuerpo se discute dónde pudo ser enterrado. Dos imágenes, de Santa Paula (fundadora de la Orden jerónima) y de San Jerónimo, quedan a los lados. El porqué de estos cenotafios y su relación con los anteriores mencionados, procedentes del Hospital de la Latina, puede leerse con detalle en Llanos y Torriglia.

Dentro de la clausura, lo más notable que se nos ha dicho que existe es la sala capitular, en la que se instalaron dos grandes bronce forjados de Santa Paula y San Jerónimo y un gran escudo de la Orden.

Se proyecta traer aquí los restos de la madre sor Cristina de Arteaga de la Cruz (de la casa ducal del Infantado), priora general de la Orden actualmente, y en cuyo terreno de Viñuelas se alza el monasterio. Asimismo los del reverendo padre Cipriano Martínez Gil, fusilado en El Pardo durante la guerra, que fue un apoyo constante de estas monjas.

El convento dispone de granja y huerta; las monjas preparan sabrosos caramelos y son artistas en la confección de ornamentos sagrados. Cementerio propio.

Los patronos del convento siguen siendo los descendientes de los Ramírez (duques de Rivas); recordemos que otro miembro de esta familia fundó en 1607 el otro monasterio jerónimo femenino madrileño, el del Corpus Christi, popularmente conocido por el de la Carboneira, frente a la plazuela del Conde de Miranda, cercano al Ayuntamiento.

Entre los kilómetros dieciséis y diecisiete, campamento militar, con las complejas y modernas instalaciones que requieren la Brigada de Infantería Acorazada XII, con un regimiento de Infantería, batallón mixto de Ingenieros, grupo de artillería ATP, agrupación de Intendencia, de Sanidad...

Poco antes del kilómetro veinte, una carretera privada cruza la enorme dehesa de Viñuelas, cercada de piedra y de acceso sólo posible con permiso expreso de los dueños. Toma su nombre del arroyo de Viñuelas, cuyas márgenes se pueblan con fresnos, chopos, bardaguera y espino. Buen cazadero, se le llamó antiguamente «el ladrón de El Pardo» por ser refugio de mucha caza de allí escapada. La conquista de nuestra capital a los moros se hizo por gente de Segovia, y ello dio

de los marqueses de Santillana, del marqués de Malagón... En el siglo XVII lo tenía arrendado nuestra Villa para los ganados de abasto. En las «Relaciones topográficas» (Colmenar Viejo, página 201) se dice que se podía pastar allí con un maravedí de pena por cabeza de ganado mayor. Fernando VI (1751) incorpora Viñuelas a la real posesión de El Pardo. El Gobierno provisional de 1868, el revolucionario de «La Gloriosa», adoptó varias disposiciones respecto de los bienes del real patrimonio, único mayorazgo que anteriormente se pensaba respetar. Entre los bienes segregados para aumentar la desamortización figuraron los cuarteles de Viñuelas y de la Moraleja, inmediatos a El Pardo. Recordemos que también lo fueron en la capital el real sitio de la Florida, el Retiro, parte



*Interior de la iglesia de Valverde con el brocal de mármol de un pozo, que es el de la aparición.*

origen a una serie de privilegios para los linajes de aquella tierra, que disputaron con Madrid los montes y términos comprendidos entre el Berrueco y el Lozoya, o sea, el sesmo de Manzanares. Para zanjar el enojoso pleito, Alfonso X se lo adjudicó a la corona, como Real de Manzanares, pero sus sucesores tomarían otras decisiones y continuaron las discusiones y luchas.

El lugar de Viñuelas quedó segregado del Real de Manzanares en 1285 por Sancho IV, y fue propiedad sucesiva de Madrid, de la Orden de Santiago, con la protesta

de la Casa de Campo, el Museo del Prado... Vendido Viñuelas en pública subasta, lo adquiere un banquero valenciano, que toma el título de marqués de Campo, y uno de cuyos hijos lo vende al duque del Infantado. Antes de instalarse en El Pardo, Franco, al terminar la guerra, lo utilizó como residencia.

Del viejo castillo medieval, nada queda a fuerza de restauraciones desafortunadas. Planta rectangular con fachadas de quince por veinte metros y robustos torreones angulares. La bóveda de su gran salón central procede de una iglesia ro-





*A la derecha de la entrada de la Residencia de Ancianos "Francisco Franco" un relieve escultórico inspirado en un pasaje de Ovidio.*

mánica de Cuéllar; la capilla ojival, también fue llevada. Contó con una rica colección de armaduras.

Kilómetro veinte. Límite del término municipal. Pequeña colonia de hoteles y proyecto de urbanización Tres Cantos, con informe aprobado en diciembre de 1971. Como no queremos salir del municipio, vamos a regresar al casco urbano madrileño, pero intentando ver nuevas cosas. Podemos observar ahora cómo la agricultura, que nunca fue muy próspera se está reduciendo. Vemos alguna repoblación de pinos, domina el «pinus pinea» (piñonero), de aspecto aparasolado. El encinar, que fue rey del paisaje, aparece en muchas partes, pero sobre todo se nos hará patente en la finca de El Pardo, que cruzaremos. Para ello, y tomando la autopista, seguiremos hasta doblar a nuestra derecha, a la carretera C-602, de Fuencarral-El Pardo, que tiene unos nueve kilómetros. Pasaremos ante el cementerio nuevo y un almacén de butano, el Colegio Niño Jesús del Remedio (preventorio infantil para hijos sanos de padres leprosos), algunos conjuntos de chabolas (el cercano barrio de la UVA, Unidad Vecinal de Absorción, se encuentra en la actualidad en trance de desaparecer y sus vecinos son trasladados a Entrevías y Pan Bendito), fuentes y merenderos. Domina el cereal y el viñedo.

Penetramos en la finca de El Pardo por la portillera del Tambor.

Este real monte está cercado con mampostería de dos metros y medio de altura y ochenta centímetros de espesor, extendiéndose muchos kilómetros. Ante nuestros ojos desfila un buen rato la masa siempre verde del «quercus ilex»; antaño los madrileños solían venir por San Eugenio (13 de noviembre) de merendona y romería, a coger bellota. El poeta García Gutiérrez ya lo describió:

... es mucha lid;  
todo el mundo se alborota  
y acuden a la bellota  
los vecinos de Madrid.

Son famosas las cacerías que aquí se vienen celebrando desde que Enrique III el Doliente las inventara para distraerse de sus murrias. Venados, jabalíes, gamos, liebres y conejos. En otros tiempos se arrendaba a sociedades de caza, obteniéndose buenos beneficios. Encontraremos también alcornoques con sotobosque de retamas y jaras, tal cual roble, y en las vegas, fresnos, juncales, chopos y negrillos. Suelo de arenas procedente de la descomposición del granito serrano. Cruzan esta finca numerosos arroyos, afluentes todos del Manzanares, pero pocos de curso permanente. Podemos reconocer fenómenos y formas de erosión torrencial en estas arenas cementadas del plioceno. Gracias a las manos muertas del Real Patrimonio, se conserva un pasaje casi de intacta naturaleza, que se salvó del egoísmo económico.

Los naturalistas también pueden encontrar abundantes muestras de aves, insectos, arácnidos, miriápodos...

Dentro de sus 15.466 hectáreas predomina lo forestal, pero hay algunas dedicadas a cultivos de secano y regadío. Tanto Alfonso XIII como Franco se preocuparon mucho de la agricultura y de mejorar la cabaña. En torno al palacio, cuidados jardines. Vemos también, aisladas, algunas casas de piedra dedicadas a la guardería. De El Pardo, nada nuevo diremos. Bien vale la pena una excursión. Tan sólo vamos a enumerar sus palacios: el de la residencia del Jefe del Estado (cuya arquitectura arranca de la que alzó Carlos V en 1543), el rehecho Palacio de la Zarzuela (ocupado por el Príncipe de España), la Casita del Príncipe (linda construcción de tiempos de Carlos IV y la única que se puede visitar).

Anexionado en agosto de 1950 por la capital, la mayoría de sus vecinos son empleados o jornaleros del Patrimonio. Destaca la Casa de los Oficios, la iglesia parroquial, la capilla de palacio, el convento de los capuchinos, con cuadro de Francisco Rizzi en el altar mayor y celebrísimo Cristo yacente de Gregorio Hernández (tiene varias réplicas)... Pasado el río y desde El Torreón (668 metros), magnífica vista a la sierra y su pie de monte.

Como todas las residencias regias, hubo aquí siempre guarnición. Se encuentra el Parque Central de Ingenieros, Escuela de Adiestramiento de Perros y los regimientos de la Guardia.

En el siglo pasado (recordemos el triste final de Alfonso XII), El Pardo fue un lugar muy apetecido por los tuberculosos, y hubo una industria de burros de alquiler para pasearlos por el monte. También ha gozado de cierto favor en otras épocas como lugar donde pasar tranquilo el verano, sobre todo cuando se acotaron locales para los temidos enfermos contagiosos. También dispusieron de buenas casas algunos personajes de la nobleza. Asimismo desde 1869 funcionaba un asilo de mendicidad, que dispuso de lotería propia para subvenir a sus necesidades. Pero insistamos que el pueblo madrileño lo visitaba, sobre todo, con ocasión de la última verbena (la primera, ya se sabe, que Dios envía, es la de San



Antonio de la Florida). Ahora, que ha renacido el gusto por la tonadilla, hemos vuelto a oír de voces y figurantas que recuerdan a Raquel Meller:

Un día de San Eugenio  
yendo hacia El Pardo le conocí...

Por aquel entonces eran también lugares frecuentados por los amigos de divertirse al aire libre otros lugares cercanos, como en Fuentelarreina, las fuentes de la Dama y de la Mina, en las florestas de Puerta Hierro y la Moncloa, o los merenderos de la cuesta de las Perdices, amén de los instalados a orillas del Manzanares por la Bombilla o San Isidro.

Por la terraza del Manzanares inmediato, que corre sin apenas desnivel entre huertas, viveros forestales, charcas de gran interés biológico e islas, se asienta paralela a él la carretera comarcal C-601, a Madrid, que seguiremos hasta el kilómetro tres y medio, donde por un camino particular, y de poseer el permiso oportuno de la administración del Patrimonio Nacional, podría verse la encantadora quinta del duque del Arco, tras una cercapía de ladrillo y piedra con tres puertas. Muy bella resulta la arruinada escalera de agua que formaba parte de un jardín repartido en tres trozos. Hay una fuente que nace en una gruta alimentada por un viaje que venía de la parte de Valpalomero mediante una mina; vierte sus aguas a un estanque de ladrillo que sirvió de depósito general, de perspectiva y de adorno. En el segundo, tras una cascada con una cabeza de dragón y siete conchas escalonadas; el tercero es la fuente blanca. Todo en ruinas, con cierto sabor melancólico.

El palacio, de una sola planta, que tuvo buenos cuadros, destacaba, sobre todo, por su colección de papeles que revestían los muros. aunque alguno estuvo forrado de seda; ha sido restaurado con gusto y se piensa abrir al público dentro de un itinerario de «palacetes reales». Por el jardín encontramos varias estatuas de mármol. En las viejas caballerizas, muy bien adaptadas a su nueva función, existe la Escuela de Mandos «Santa Teresa», de la Sección Femenina.

*La Universidad Autónoma fue concebida en módulos departamentales.*



*El tercer emplazamiento de las monjas de la Concepción Jerónima queda ante la Autónoma y de cara a la sierra.*

Volviendo otra vez a la carretera (a nuestra izquierda el Tiro de Pichón de Somontes) seguimos hasta el kilómetro 2, donde nos desviamos por el camino del arroyo de Fuentelarreina. Junto al río hemos dejado varias fuentes y merenderos. Pasamos entre la Fundación del Generalísimo (fábrica y exposición de noble artesanía) y la suntuosa colonia de chalés de Puerta de Hierro, con la residencia que ocupará el general Perón. La avenida del Cardenal Herrera Oria asciende sucesivamente varias antiguas terrazas fluviales y así, por una cresta

que deja a un lado y otro arroyos en trance de desaparecer ante la invasión urbana, pasamos de los 600 metros de nivel junto al río a la cota 650 en Peña Grande y 726 en la colonia residencial de Mirasierra. A la derecha el conjunto de enormes bloques de la Ciudad de los Periodistas, hasta donde llegará una línea de Metro. Zona de colegios, destaca el de la Organización Nacional de Ciegos (para mujeres) y de clubs deportivos. El citado colegio Inmaculada Concepción, de la ONCE, que dispone de magníficas instalaciones deportivas, fue inau-





gurado el 2 de mayo de 1973 por Sus Altezas Reales los Príncipes de España.

Llegado al cruce con la autopista se toma, y por ella dejamos a la izquierda el polígono industrial (leche CLESA...), colonia Virgen de Aránzazu y de Virgen de Begoña, y a la derecha una explosión de construcciones en bloque cerrado y cada vez más densa, la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma, y la Residencia de la Seguridad Social de «La Paz». Y con ello, terminado nuestro recorrido, volvemos al punto de partida. Puesto que nos hemos referido anteriormente a las facultades de Cantoblanco, queremos ahora anotar que ésta de Medicina que funciona contigua a la Residencia de «La Paz», ocupa 20.000 metros cuadrados de superficie edificada y extenso «campus», habiéndose inaugurado el 9 de noviembre de 1970.

#### BIBLIOGRAFIA CONSULTABLE

ARQUERO SORIA, F.—«La ciudad escolar provincial Francisco Franco». Anales Inst. Est.

Madrid tomo V (provincia), 1970, páginas 413-420.

BORDEJE GARCÉS, Federico.—«Itinerarios de castillos. Castillos de la provincia de Madrid. El Pardo, Viñuelas, Real de Manzanares, Buitrago». Bol. Asoc. Españ. Amigos de los Castillos. 1953, págs. 28-39.

CALANDRE, L.—«El Palacio de El Pardo. Enrique II-Carlos III». Madrid, 1953.

CISNEROS.—Rev. de la Diputación, núms. 39-40 y 42. Información sobre las obras e inauguración de los edificios del complejo de Valdelatas.

COPLACO.—Análisis sociourbanístico de seis núcleos de la periferia de Madrid (Alcobendas-Alcalá-Torrejón de Ardoz-Móstoles-San Sebastián de los Reyes).

COPLACO.—Análisis estructural básico de la provincia y área metropolitana de Madrid. 1971, especialmente tomo X (localización industrial) que en pág. 403 estudia a Fuenca-rral como un ejemplo de descentralización cercana a Madrid.

CORRAL, José del y SANZ GARCIA, José María.—«Madrid es así; una semana de pasante en corte». 1953.

DOTOR, Angel.—«El castillo de Viñuelas». Rev. Geog. Esp., 1951, págs. 8-9.

GARCIA BALLESTEROS, Aurora.—«El sector noroeste del área metropolitana madrileña». Est. Geog., agosto 1969.

Hojas Mapa Topográfico Nacional, escala 1:50.000, núms. 534 y 559.

Hoja Mapa Militar de España, a escala 1:100.000, C.E. 10-11.

Instituto Nacional de Urbanización.—Ministerio de la Vivienda.—«Actuación urbanística Tres Cantos», diciembre de 1971, 72 págs.

JANINI JANINI, Rafael.—«Riegos con aguas artesanas. Noticias generales respecto a los pozos artesanos y a los arrendamientos de terrenos para huertas en el Real Patrimonio de El Pardo». Valencia, 1913 (con planos, itinerarios, cortes geológicos...).

LLANOS Y TORRIGLIA, F.—«Una consejera de Estado. Doña Beatriz Galindo "La Latina"». 1920. Apunta como novedades datos que ya se encuentran en el P. Sigüenza y Madoz.

Mapa Topográfico Ayuntamiento de Madrid.—Gerencia de Urbanismo, escala 1:10.000.

MIGUEL, Ventura de.—«Fuenca-rral; contornos y suburbios de Madrid». Est. Geo., agosto 1958.

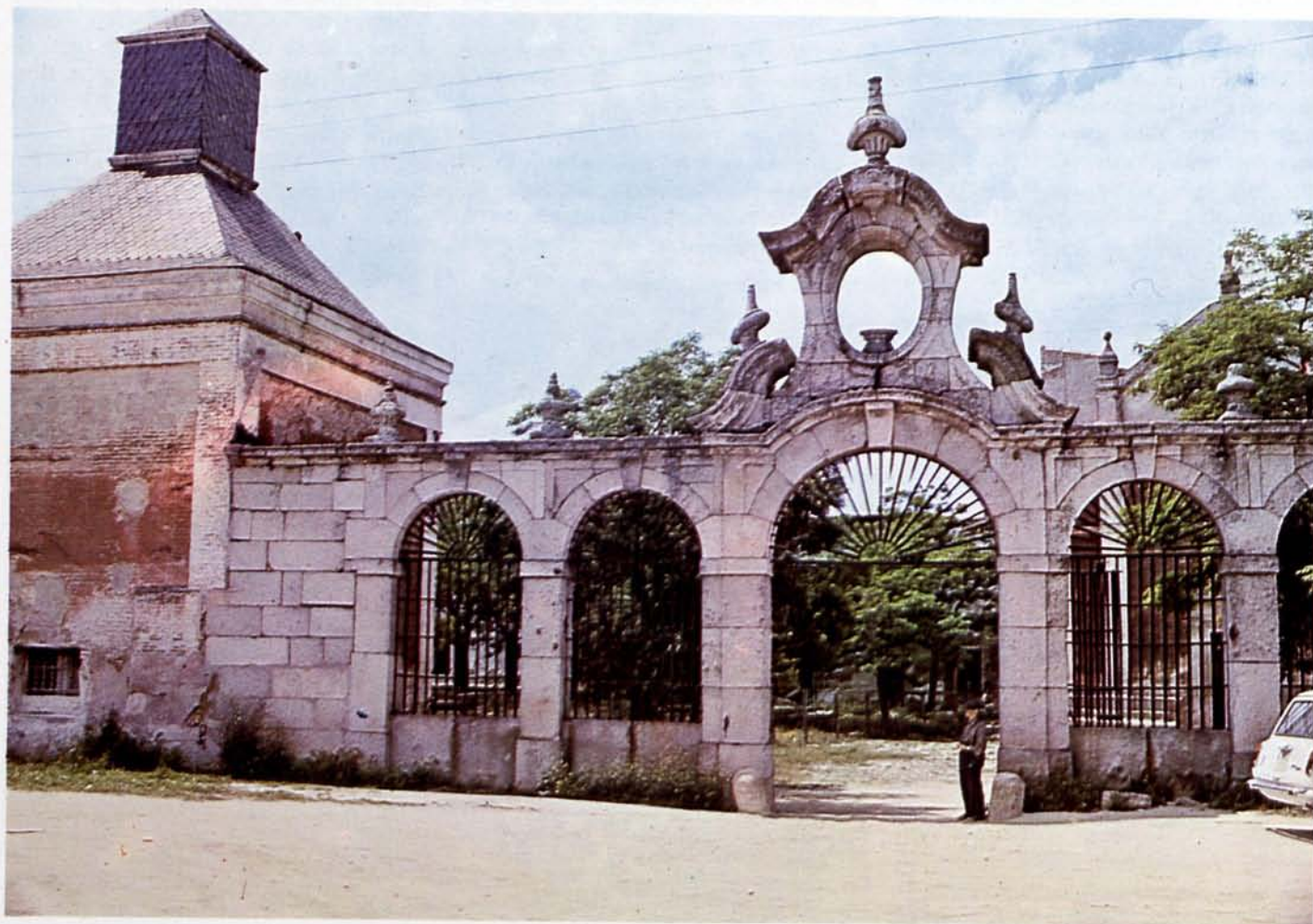
RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la.—«Sepuleros de Francisco Ramírez de Madrid y de Beatriz Galindo (La Latina), su esposa, en la Concepción Jerónima de Madrid». Museo Español de Antigüedades, vol. V, Madrid, 1872-80 págs. 86-92.

SANZ DONAIRE, Juan José.—«Mirasierra. Estudio geográfico de un barrio madrileño», tesina con premio extraordinario de la licenciatura, 1972 (inédita).

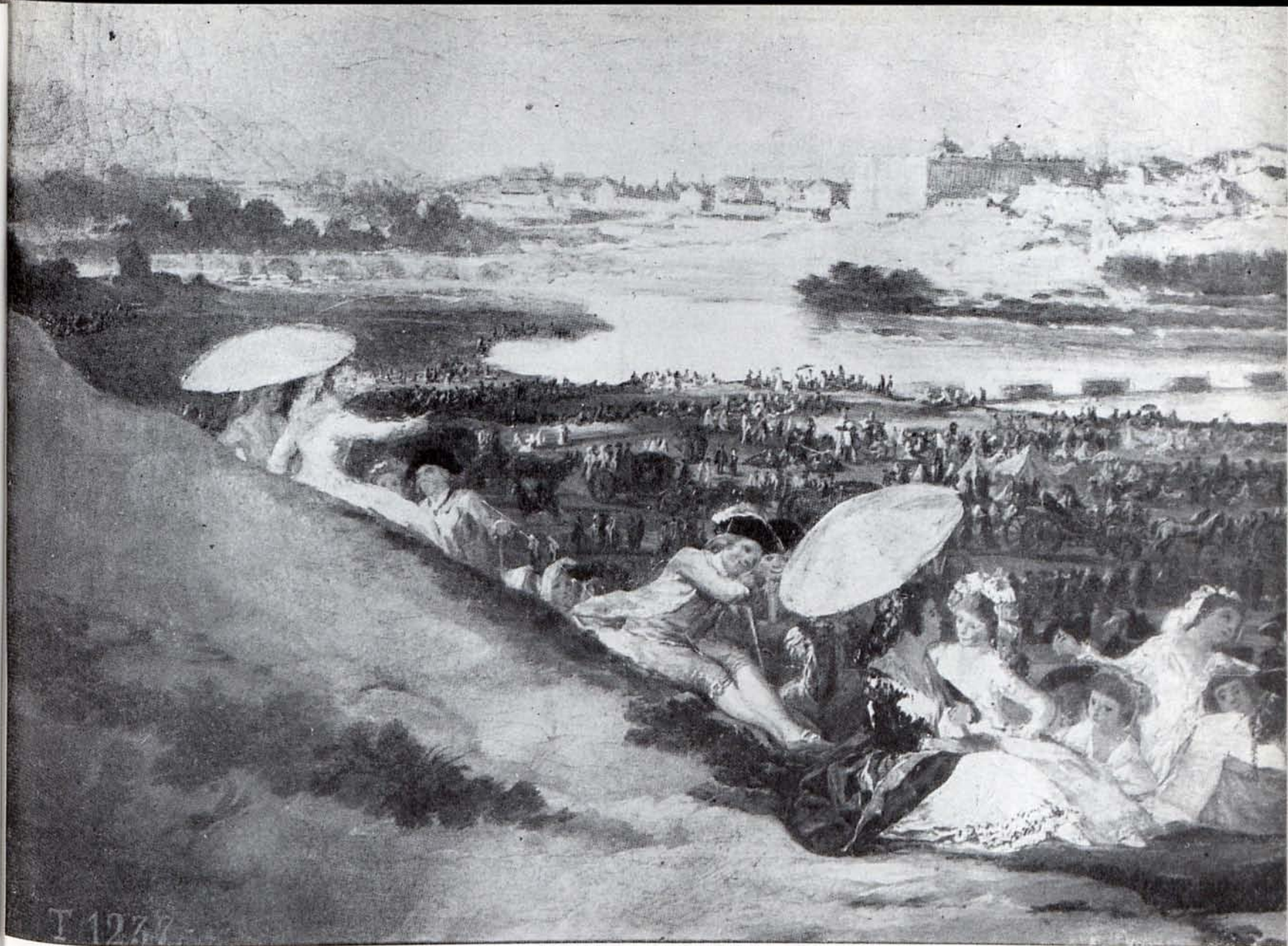
Sociedad Española de Excursiones. Visita al castillo de Viñuelas, 1930.

UHAGON y GUARDAMINOS, Francisco Rafael, marqués de Laurecín.—«Viñuelas», Madrid, 1899 (35 págs., más 3 hojas, más 4 láminas, más 1 plano).

*El portalón de la entrada de la Virgen de Valverde, Barroco, con un óculo vacío...*







# MADRID, PAISAJE LEJANO

Por Ramón SAEZ

FRENTE a los ópalos de Guadarrama, en los celajes vencidos del invierno, vuelve a renacer Velázquez. Es preciso asomarse a los verdes cenicientos, a las llamaradas incipientes de los álamos, para llegar después a los caminos de la sierra y resucitar desde allí un paraíso trascendido.

Todo gira y se diluye bajo una luz difusa. ¿Cómo es Madrid en el tiempo, en la lejanía, en su condi-

ción histórica? ¿Qué sabemos de esta ciudad que fue un día alcázar fronterizo entre el Toledo árabe y la Castilla cristiana? Posiblemente esas rutas de las alturas, entre ariscados peñascales, vieron bajar de retirada, un milenio antes, las huestes sarracenas, para hundirse en la pinarada y rebasar los primeros confines de la llanura.

Desde entonces fue Magerit castillo famoso de mu-



déjares adarves. Atrás quedaba la sierra agreste en solitario, las retamas encendidas, la sombra azul del roquedal y los grises plateados.

Pero ¿no es así como lo vemos ahora? Hoy los montes silenciosos enfrían celajes cárdenos en la distancia. El paisaje se hace diáfano y vertical coronado de nubes sobre las crestas lejanas. Presentimos acaso las mañanas oscuras de otros siglos. Las nieblas bajas pegadas al roquedal y los barrizales de los caminos.

Y, sin embargo, existe algo más. Este paisaje ideal propuesto en los umbrales de la primavera, incide como una lanza en esa nomenclatura radical que divide Madrid en dos zonas: al Norte, la merindad de los pastores nómadas; al Sur, el campesino sedentario que aguarda la bendición de la lluvia en sus cosechas.

Ahora vemos la imagen vital de Guadarrama volcada en torrentes por las húmedas estribaciones para perderse después en la solanera amarilla. ¿No será esta la realidad secular de un Madrid a caballo sobre dos paisajes opuestos que combaten? ¿Por qué no situar ambos contrastes como premonición divisoria entre el solar africano y el Occidente europeo? ¿Se ha repuesto Madrid de ser bastión de frontera originaria? ¿Hasta dónde es perceptible ese tajío elemental que separa las dos Castillas?

Ante nosotros el paisaje dócilmente revelado se derrama en claridades. Lo que tenemos delante no es precisamente un paisaje estepario. Es todo lo contrario. Al Este, frente al Puente de San Fernando, los cadmios verdosos se rizan en oteros. Y junto a viñedos humildes y riberas pedregosas corre el Manzanares a juntarse con el Jarama. En esta zona es todavía Madrid una integración de verdes esmaltados y ocrees herrumbrosos. Es una parcelación de hortelanos que estiman los frutos de la tierra y cuidan con esmero el riego de las acequias.

Pero si nos asomamos al Norte pleno, más allá de las alturas de las Dehesas, veremos llegar hasta la sierra de Guadarrama una invasión vegetal de matorrales, encinas y pinares. Veremos a Madrid como antecámara dignificada por el vuelo imperial del Renacimiento. Es el paisaje del Madrid de los Austrias, con sus nubes orquestadas, sus luces cenitales y su fuerza barroca como un telón de fondo resplandeciente.

Este es el énfasis de la historia, pensamos. Y sentimos esa renunciación que nos empuja roquedal arriba hasta encontrar las cimas de El Escorial, donde el alma se remansa en piedras sosegadas.

Por eso el Madrid que contemplamos ahora no es un misterio. Es una realidad punzante y acerada a punto de florecer en el espejo de algún yelmo. La ciudad mira a las montañas donde se inicia la leyenda, pero también presiente allí el campanario.

Mas si volvemos la vista y seguimos el curso del Manzanares, que luce hace tiempo canalización ortopédica en la ciudad, llegaremos a los Carabancheles antes de que el sol se ponga. Llegaremos al áspero Madrid ferroviario de los aguafuertes barojianos, donde terminaban antes los parques y comenzaba el sopor de la llanura. Luego, más al Sur, se va agrandando el escenario, se convierte en erial que habitan las cigarras para ensancharse a lo largo de la carretera de Andalucía.

Ya no es posible volver la vista atrás y contemplar las encinas de la Casa de Campo o los chopos antañones que incendian de oro viejo las frondas cortesanías. Se inicia un paisaje sequizo, abstracto, planetario en la pura inmensidad de la llanura. Es el paisaje que enajenó sin duda al Goya senecto y que rechazaba el Velázquez de los telones imperiales.

Y ahora, puestos a considerar, ¿qué prefiere usted? ¿El paisaje de resonancias áulicas del Norte o éste del Sur que ahonda esquemas metafísicos en la distancia? ¿Y qué le parece la ruta del Quijote, todo seguido, hasta llegar a los campos de Montiel? Ya sabe que existe lumbre inmortal por esos campos. Pero, ¿y los otros? ¿Los que hemos dejado al Norte? Esos que llegan hasta las estribaciones de la sierra como una marea viva de cantueso y tomillo para coronar las cumbres de Navacerrada.

Hay reflejos en la pintura que enternecen el alma y otorgan esa conciencia precisa que pedía Manet, padre del impresionismo francés, cuando se enfrentó por primera vez con los lienzos de Velázquez en el Museo del Prado: «Aquí no hay sino una cosa verdadera, hacer de inmediato con lo que se ve.» Y esa es la realidad viva y trascendida que tenemos delante.

Pero fue Aureliano de Beruete, pintor de la luz y crítico insigne, el que captó el paisaje esencial de Madrid, visto desde la ribera opuesta del Manzanares. El exegeta del *plein air* español había sacado en consecuencia que no existe otro paisaje de nuestra capital más pleno y rotundo que el pintado por Goya en la pradera de San Isidro, al que sirve precisamente de escenario universal la romería de majas y chisperos. Este paisaje leve, ingrátido y casi tocado en esquema, sitúa en pinceladas diminutas toda una precisión de realidad atmosférica insospechada.

Después de las medidas urbanísticas adoptadas por el Ayuntamiento de Madrid, no es preciso establecer otras observaciones a este respecto, pero ese paisaje se encontraba amenazado desde hace años por una invasión desordenada de edificios. Y esto acongojaba su idealidad. Pero también hay que pensar en la luz plateada y rosácea que envolvía esa panorámica incomparable. La atmósfera, antes cristalina, se ha convertido ahora en caparazón gaseosa, en bruma industrial que flota sobre nuestra capital como sobre todas las grandes urbes del mundo.

Sin embargo existe un Madrid tantánico expuesto en el recuerdo que perdurará siempre en la íntima visión de los artistas. Es el Madrid pintado, cercado antaño por las dehesas y las grandes fincas, que empiezan a reducirse desde principios del siglo XIX y llegan a nuestros días sometidas a constantes exigencias de urbanización.

Esa realidad invasora impone actualmente nuevas estructuras al *habitat* moderno y rechaza la ordenación desinteresada del paisaje. La medida del Ayuntamiento de Madrid, al preservar la noble perspectiva de las riberas del Manzanares de edificios desmesurados, no puede ser más oportuna. Nuestra capital corre el peligro de dejar de ser belleza en panorámica para convertirse en montón de jaulas, más o menos asépticas, donde la gente sueña con otros paisajes ideales.

R. S.





# EL DIA DE DIFUNTOS DE 1973

Por Enrique PASTOR MATEOS

Director de las Bibliotecas y Museos municipales

## I

*Es obligada y grata servidumbre para el cronista tener siempre en la memoria la estampa del pasado, aún cuando la vida le exija respirar el presente y su espíritu propenda a soñar con el futuro.*

*Se acerca el día de los difuntos y el cronista madrileño no puede por menos de recordar tiempos en que la Villa, a pesar de continuos avatares, mantenía indelebles sus rasgos ancestrales.*

*El doblar de las campanas, los negros crespones, la luz intermitente de los cirios, los túmulos de imponente silueta, la marcha pausada y procesional de los entierros, la calma y el silencio conferían a la muerte entidad y sustancia.*

*Una adecuada escenografía, la solemnidad de los sermones, la gravedad de los oyentes creaban un clima propicio para el dolor, para la meditación y para el recuerdo.*

*Cierto que la vida, variada y rítmica, ofrecía otros paisajes y otros gestos: el tiempo de morir alternaba con el tiempo de vivir, de festejar nacimientos y bodas; a la hora del trabajo sucedía la de la holganza y a la de la holganza la del descanso. Pero todo ello con medida y cadencia, despaciosa y concienzudamente.*

*En este Madrid de hoy, inmenso y bronco, jalonado con masas disformes y gesticulantes; en este Madrid fulgurante y áspero, ácido y estridente, de gentes apresuradas y neuróticas; en este Madrid colosal y multitudinario, los ritos fúnebres se diluyen, se alteran, se desvirtúan, se deshumanizan.*

*La muerte se inserta en la barahúnda del vivir cotidiano; no es gran cosa la parte que le cabe de una atención preocupada y dispersa. Se abrevian trámites y las escasas ceremonias, lastradas con la incomodidad y el agobio, rebasan apenas un mínimo decoroso.*





No siempre nos acordamos de cuidar la memoria de nuestros muertos. En la vieja foto, Emilio Carrère y el "detective Roskffan" ante los nichos de la marquesa de Salamanca y de don Evaristo San Miguel, que ofrecían un estado lamentable.

No deja por ello de ser sorprendente que todavía el comienzo de noviembre represente para muchos madrileños, una pausa en su vida, una fecha señalada, y acudan a una piadosa y esperanzada cita con sus muertos.

El observador actual va a recoger para su crónica como rasgos distintivos de esta celebración, las extraordinarias medidas que ha de adoptar la autoridad edilicia para regular un tráfico torrencial, medidas que, por otra parte, no pueden diluir la irremediable congestión, ni impedir en muchos casos el inevitable colapso.

Ha de recoger también la proliferación de un sordido negocio. La abundancia de flores, difíciles y costosas flores, no consigue evocar la imagen de una fingida primavera, sino que acentúa paradójicamente la atmósfera plomiza del otoño.

Pero la nota principal de la jornada, lógica y concordante, es la aglomeración con sus desagradables y continuos roces, la confusión de lenguas y la disipación de mentes.

No está ausente en tal día la anécdota a veces picante ni sería ocioso el comentario mordaz. Hay tumbas vergonzosamente olvidadas. Otras, sospechosamente frecuentadas. Comparecencias enojosas y encuentros agradables, unos fortuitos, otros intencionados. Ausencias comentadas y presencias aún más comentadas.

Pero lo corriente es un trajín sin fundamento, un rito falto de sentido, sin solemnidad que le confiera altura, sin gravedad que le haga respetable.

No sabemos cuál será el futuro. Propio de todas las generaciones es contemplar en su juventud, con indiferencia y frialdad, el espectáculo de la muerte y tornarse al declinar su existencia más sensibles y respetuosos. No es aventurado, sin embargo, pensar que una nueva mentalidad ponga en peligro esta conmemoración.

Pero su decadencia habrá de provenir sobre todo de esa falta de solidaridad y espíritu colectivo propia de las grandes urbes. La regresión ya ha comenzado. Hoy la ciudad rara vez vibra al unísono y las celebraciones son siempre quehacer de minorías. Tal vez ésta por su universalidad sea la más persistente, pero cada vez pesa menos en sus habitantes, poco a poco se circunscribe y localiza, se hace año tras año más borroso el perfil de la fecha.

## II

Podemos observar en nuestros días una tendencia a marginar la muerte. A expulsar a los muertos de nuestras ciudades y a construir lejos de la nuestra la que retóricamente denominamos última morada.

No sin aprensión hemos contemplado cómo la ciudad se acerca a los viejos cementerios, los envuelve y asfixia, y acaba en muchos casos por engullirlos





y asimilarlos. Pocos han conseguido liberarse de esta voraz fagocitosis y resisten enquistados y coriáceos el cerco corrosivo. Surgen en cambio nuevos cementerios a distancia que se antoja conveniente y que pronto parecerá exigua. Las previsiones, siempre cortas, les harán pecar a la vuelta de unos años de insuficientes y mal emplazados.

En la historia madrileña todo ha tenido su momento. Hasta fines del siglo XVIII registramos una cierta promiscuidad de tumbas y viviendas; permítasenos decir que los difuntos conviven con sus deudos.

Sirven de sepultura los edificios sagrados: iglesias, conventos, hospitales. Los personajes más ilustres y las familias más distinguidas se construyen costosos monumentos y capillas. Los que no tienen acceso a criptas y naves se entierran en los atrios y más adelante en los llamados Campos Santos, que están casi siempre contiguos a los templos, sin que a nadie perturbe su presencia, ni a nadie inquiete su proximidad.

Son las luces del siglo ilustrado las que decretan el destierro de los cadáveres con el pretexto, no infundado, de ofensa a la salubridad pública.

Surgen entonces, aislados, solitarios y recoletos los cementerios de la época romántica, que inspiran a cuantos los visitan melancolía y quimeras.

Don Ramón de Mesonero, el puntual y discreto cronista de esa época, nos ha dejado en un trabajo que titula «El Campo Santo», una estampa en la que refleja más que la realidad observada, su carácter y sus prejuicios. Su innegable sinceridad se expresa de forma excesivamente convencional. La muerte sufre la afrenta de los vivos—así se trasluce en el suceso que centra el relato— orgullosos de vivir, a más de padecer su olvido. El cementerio es lugar eremítico—desierto— y claustral, propicio a la reflexión, a la penitencia y a la contemplación.

Otro Ramón, muy distinto, nos ha dejado en «Los muertos, las muertas», un cuadro de anárquicas pinceladas que dejan adivinar perfiles madrileños. Hay en este ensayo abundante erudición, esta vez no con-



tenida. Hay también jugosas observaciones, bañadas con un humor limpio y suave. Podemos captar sin esfuerzo cuanto hay en la pompa funeraria de vano y ridículo. Más que de poético aislamiento, los cementerios de Ramón Gómez de la Serna adolecen de ruina y de abandono.

Podríamos decir que tercia, para completar el cuadro, un escritor anclado en Madrid, aunque procedente de otros puertos. Con una técnica magistral, de inspiración impresionista, que, no sin fundamento, para ser exactos, sólo cabe calificar de barojiana, nos descubre en esa admirable trilogía que se inicia

con «La Busca», un Madrid recóndito y secreto. Ocupan los personajes un primer término, y son ellos los que definen y matizan el paisaje.

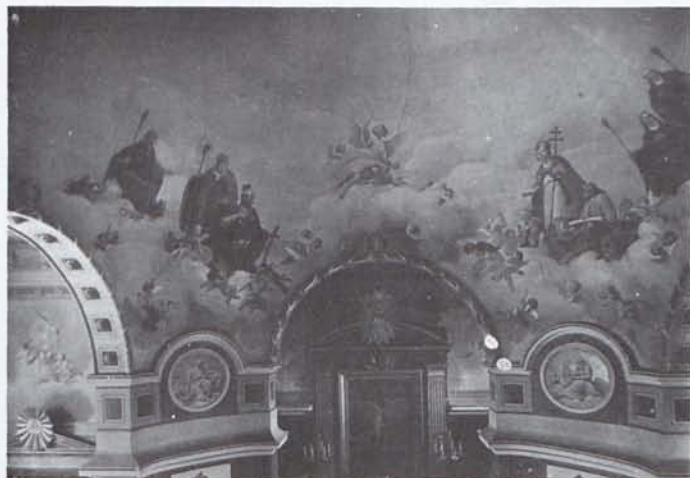
Pero, tal vez por esto mismo, nada más pintoresco y elocuente que sus relatos. En ellos se descubre un Madrid suburbial que merodea y se guarece a la sombra inalterable de los cementerios. Existe una oculta correspondencia entre los hombres y las cosas. Y así acusan unos y otras, marginación y desamparo, abandono y distancia.

Los cementerios del siglo XIX, múltiples en el número, semejantes en el aspecto, van a tener diferente destino. Los unos, conservados como reliquias, alcanzarán tiempos de más estima. Otros, víctimas de planes urbanísticos, conocerán el derribo y la monda. Los restos cuidadosamente depositados por tres generaciones, rara vez encontrarán nuevo y decoroso acomodo. El desahucio se consumará, subrayado por la indiferencia.

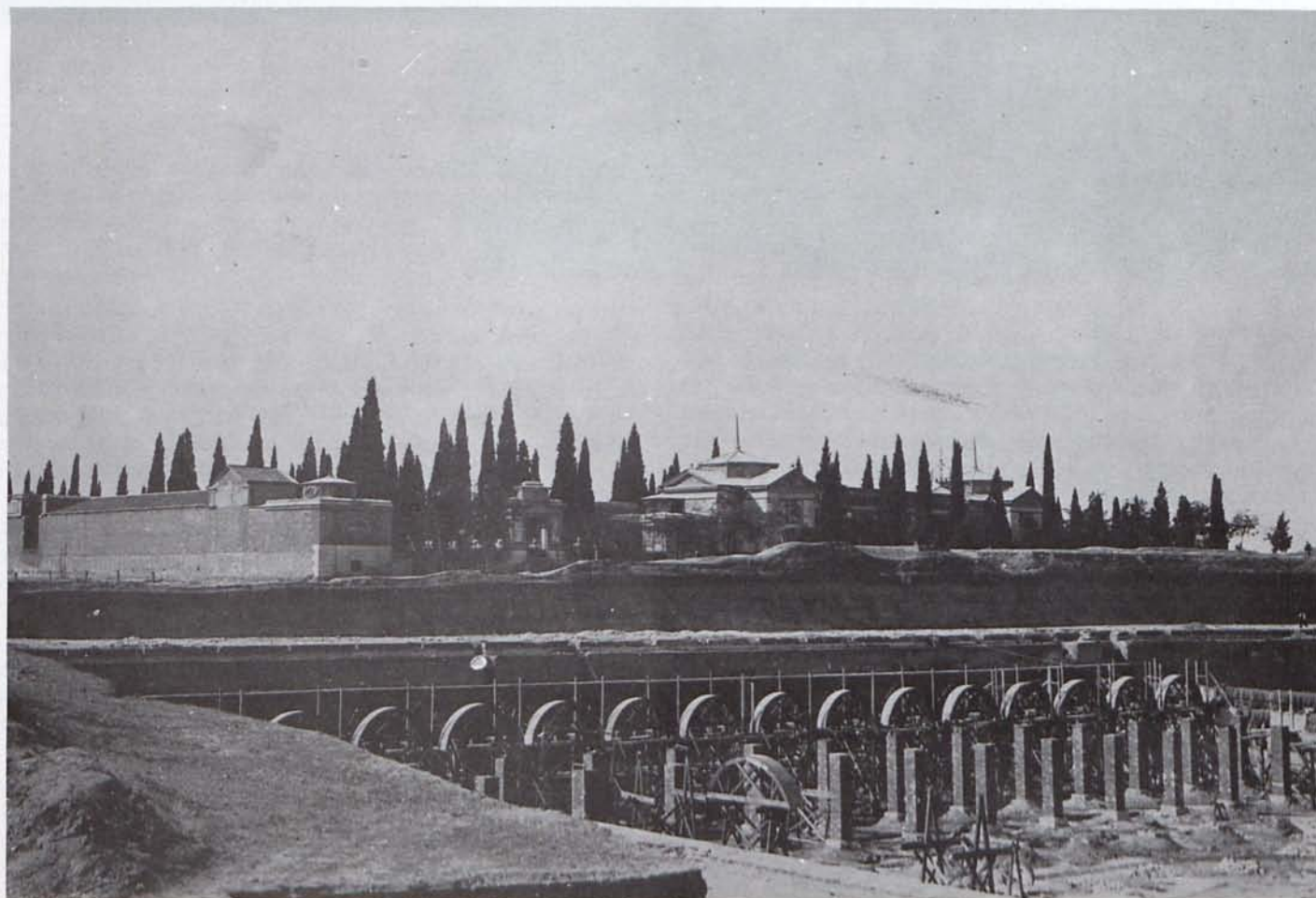
### III

Un nuevo empeño caracteriza una nueva época. A partir de 1870, Madrid adquiere el compromiso de construir una gran necrópolis. Tardará medio siglo en ver sus proyectos convertidos en realidad. El nuevo recinto más vasto, más lejano, estará situado fuera incluso de lo que por entonces era su término municipal. El destierro se ha consumado.

Aporta este recinto una pequeña novedad. Los varios que hasta entonces han utilizado los madrileños

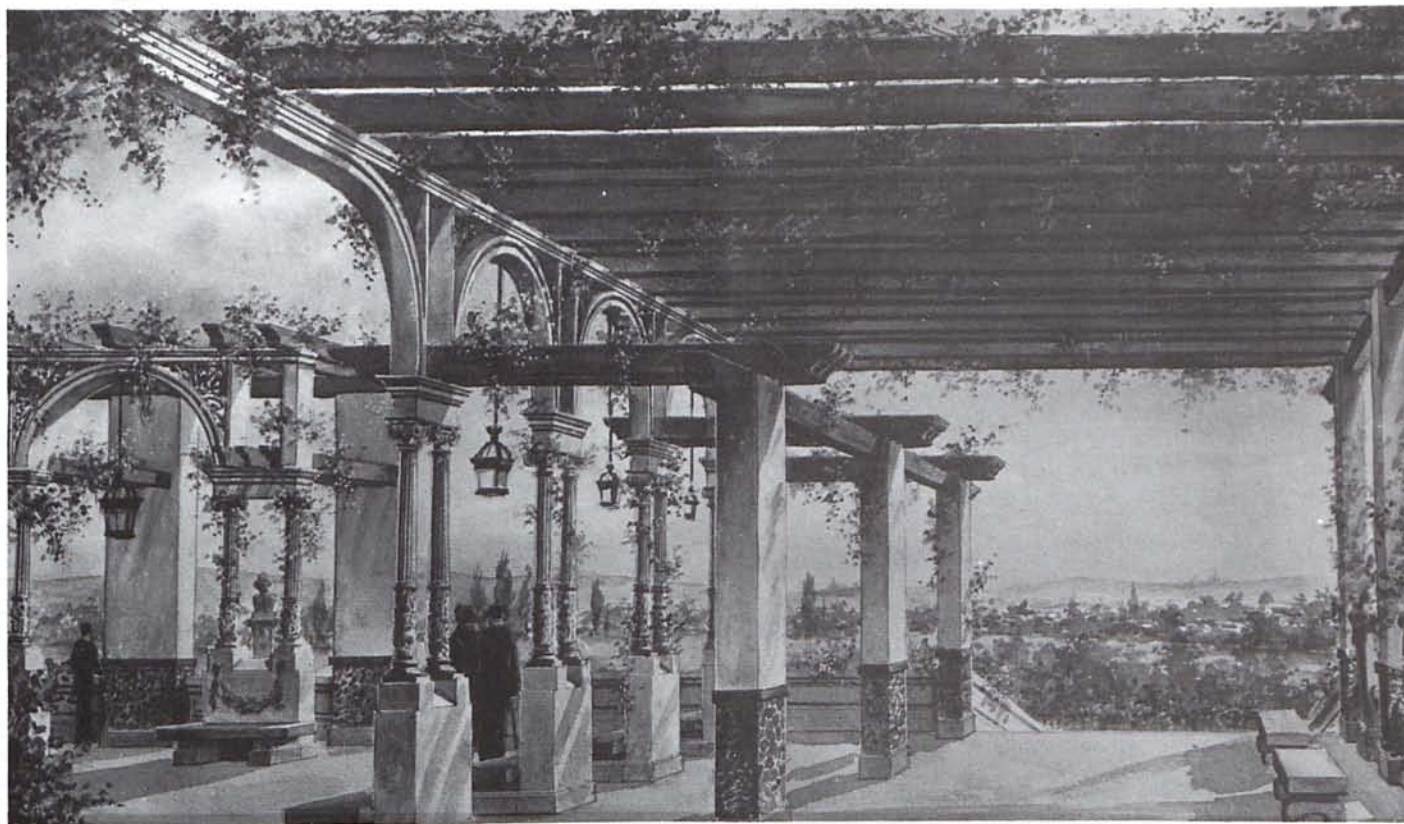


Pinturas que figuraban en la cúpula de la capilla del cementerio de San Martín.



Vista general del cementerio de San Martín.





*Aspecto que ofrecían los jardines del desaparecido cementerio de San Martín.*

estaban al Norte, al Sur y al Oeste, cercando imperfectamente a Madrid en estos tres frentes. El nuevo cementerio situado al Este va a influir en la mentalidad y en el vocabulario madrileño. La palabra «Este» acabará por adquirir un nuevo y lúgubre significado.

Pero su aparición tiene mayor alcance. Ya la palabra necrópolis con que fue bautizado el propósito es suficientemente reveladora. Necrópolis es ciudad de muertos.

Parece que de intento se ha pretendido construir una ciudad gemela, regida por rigurosa ordenanza, gobernada por una burocracia oculta, conservada y ampliada con asidua vigilancia.

Fue planeada la necrópolis con generosidad y, sin embargo, el tiempo hizo insuficientes sus antiguos límites. Como en las ciudades de los vivos, han surgido nuevos barrios, poblados por nuevas generaciones, que muestran a veces el sello de lo improvisado en construcciones vacías, en edificaciones en curso, en tierras recién removidas.

El plan inicial era ostentoso. Lo que al llevarlo a la práctica se perdió en suntuosidad, lo compensa con creces la amplitud. Domina, pues, la nota agobiante de la dimensión y el número. La ciudad se diría populosa e interminable.

Existen edificaciones notables y pueden recogerse abundantes muestras de logrados empeños artísticos. Pero el tono general, demasiado uniforme, gris y romo parece simbolizar la despiadada democracia de ultratumba. Todo alarde es tan sólo fría mueca y



*Cúpula de la sacramental de Santa María.*



los rasgos de refinamiento y buen gusto, gestos sin voz y voces sin resonancia.

Cierto que sus vecinos reposan en silencio, pero el constante ir y venir de empleados y visitantes anima sus calles y avenidas. Una continua actividad desmiente el sueño de sus moradores y ciertos brotes de impaciencia y apresuramiento, el mar de eternidad en que están sumergidos.

Ese acusado ajeteo que nos sorprende está afectado de un maniifiesto automatismo. Como si al penetrar en la ciudad de la muerte se perdiera la iniciativa y la conciencia. Todo el mundo realiza su misión según pautas y modelos y, en muchos casos, con no disimulada indiferencia.

Rompen este esquema los que dejan traslucir un dolor sincero o una irremisible repugnancia.

Tal vez sea excesiva sutileza, pero cabe pensar que la gran necrópolis es incómoda para sus habitantes, hartos al morir de vida organizada. Que al rigor de su trazado, la uniformidad, el cuidado mismo prolongan el tedio de la vida. Que el mecanismo que la conserva y actualiza turba una paz a alto precio conquistada.

Lo insólito es la visita serena y desinteresada a esta ciudad singular, llena de enigmas y contrastes. Esta ciudad tan poblada y a la vez tan vacía, llena de recuerdos y enseñanzas. Fría en su aspecto, de contenido cálido que evoca en esquetas y lapidarias formas una vida palpitante. Que revela al que presta desusada atención, el singular y desigual destino de los muertos, tan variado y aleatorio como el de los vivos.

Si lejana está la otra ciudad, la que palpita y grita y se afana, no menos extraña es ésta tan escondida e insensible.

Resulta aquí cuestionable nuestra visión de la historia. Ante tantos nombres insignificantes, nada se sabe y todo se adivina; no son nada los nombres que recordamos. Los cuatro datos y fechas que aprendimos, los acontecimientos, cuya memoria perdura, tienen aquí escaso relieve perdidos entre tantas referencias indescifrables.



Y es que esta ciudad tan extraña y tan inhóspita es, sobre todo, una ciudad misteriosa.

#### Y FINAL

El cronista madrileño puede y debe evocar a Figaro, que escribió "El día de difuntos de 1836". Sabe muy bien que está escrito, como tantos suyos, con el alma, su alma insatisfecha y atormentada, a flor de piel. Artículo político sólo en parte y en apariencia, artículo de costumbres y, más que de costumbres, de esencias en el fondo.

Figaro no necesita salir de Madrid, ni visitar ningún cementerio para escribir su artículo. ¡Hay en Madrid tantas cosas enterradas!

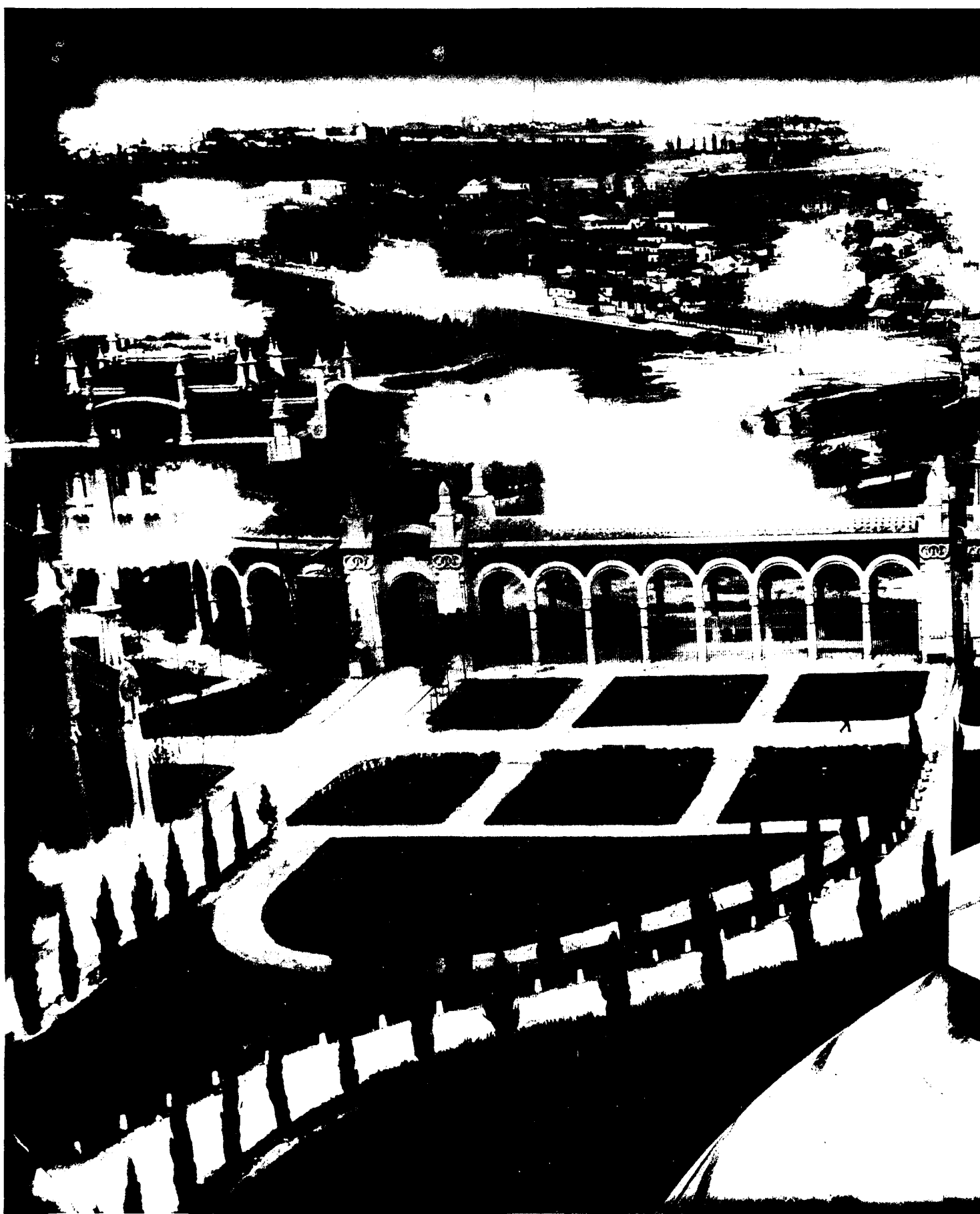




*Desde lo alto de la cúpula, el ángel ha visto crecer las ciudades*

Ayuntamiento de Madrid





*Desde lo alto de la cúpula, el ángel ha visto crecer las ciudades de los vivos y los muertos.*





Ayuntamiento de Madrid



# MADRID ESTUDIA LA RENOVACION DE SUS CEMENTERIOS

Once cementerios municipales y cuatro sacramentales: 320 hectareas

Madrid, primera ciudad española con servicio de incineración

Por Margarita JIMENEZ

«... brilló para nosotros la esperanza de la resurrección dichosa, para que, al contristarnos la cierta condición de que hemos de morir, nos consuele la promesa de la futura inmortalidad. Para tus fieles, Señor, la vida se muda, no fenece, y deshecha la casa de esta terrena morada, se adquiere la eterna habitación en los cielos...»

Estas palabras esperanzadoras, que corresponden a la liturgia católica, nos ponen al mismo tiempo frente a esa gran realidad del encuentro con la muerte, inevitable hecho para todos los hombres.

Junto a la esperanza y a la fe para el que parte, la muerte presenta otra serie de, llamémoslos, problemáticas para los que permanecen aún en esta vida. Problemáticas que se inician en la familia por el dolor por el desprendimiento de un ser querido y por otros mil azares que la vida misma puede configurar. Pero también presenta ante la sociedad esa otra necesidad de recoger esos restos de la persona que fallece. Una obra de misericordia y un deber social sanitario del que se tienen que ocupar las autoridades, al menos para proporcionar a los deudos del difunto una serie de normativas en beneficio de la misma familia y de la sociedad y en cumplimiento de unos deberes de ciudadanía.

Todo esto nos lleva a ocuparnos de los cementerios. Madrid, con sus tres millones, co'mados, de habitantes, tiene problema para ubicar a esas personas, pero también existe el problema de ubicar a los que mueren, por la misma razón que a los vivos, por falta de espacio.

\* \* \*

Mesonero Romanos en su libro *Las sepulturas de los hombres ilustres en los cementerios de Madrid* se queja de que: «Siempre fue España perezosa y olvidadiza con sus hijos esclarecidos, cuyo re-

cuerdo no alcanzó hasta mediados de siglo una estatua o un monumento que perpetuase sus nombres. La gratitud nacional, tan avara de mármoles y bronce, no ha tenido siquiera la solicitud de conservar sus cenizas. Cuando el extranjero pregunta por ellas, la respuesta es casi siempre la misma. Los restos de Cervantes, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, de Moreto, de Góngora, de Ruiz de Alarcón, de Montalbán, de Velázquez, de Murillo, de Claudio Coello, de Alonso Cano, de Juan de Herrera, de Juan de Juanes, de Soís y de tantos otros, han sido revueltos entre cascotes de conventos y de iglesias, o yacen en ignorados lugares...»

Antes de iniciar un pequeño recorrido por algunas sepulturas de nuestros hombres ilustres en cementerios ya olvidados, volvemos a recoger unas líneas de Mesonero Romanos, que describen precisamente el silencio y la paz de esos camposantos.

«Tienen éstos un sello propio y característico que los distingue de los demás, algo especial que infunde ideas de mayor respeto.»

«La paz y el reposo son allí definitivos.»

«A su cerrada puerta no llegan señales de vida: se acabó el rodar de los coches y el planidero enjambre de mendigos; ya no repica la campana con su tañido lúgubre al recibir los mortales despojos. En sus patios, no pisados por enlutadas comitivas, empieza a crecer la hierba, y las tumbas sin oraciones y sin adorno pregonan que el recuerdo en los vivos se borra al mismo tiempo que las letras de los epitafios.»

«El campo de los muertos está muerto también: más que un cementerio es ya un museo arqueológico.»

Roque Barcia, el autor del diccionario etimológico, historiador y político na-

cido en un pequeño pueblecito en la misma costa del Atlántico, en la Redondela, provincia de Huelva, encontró su descanso en el patio del cementerio de San Lorenzo. En este mismo camposanto reposaron Valeriano Bécquer, pintor y hermano de Gustavo; otro historiador, Modesto Lafuente; el escultor Bellver y el académico José de Castro y Serrano.

«Fígaro. La amistad a la buena memoria de don Mariano José de Larra.» Es en el cementerio de San Nicolás donde encontraron sepultura los restos del periodista fallecido. En el mismo cementerio descansaron políticos como Calatrava, Argüelles, Mendizábal, Muñoz Torrero y Olózaga, incorporados todos a un monumento que se conoció con el nombre de la Libertad.

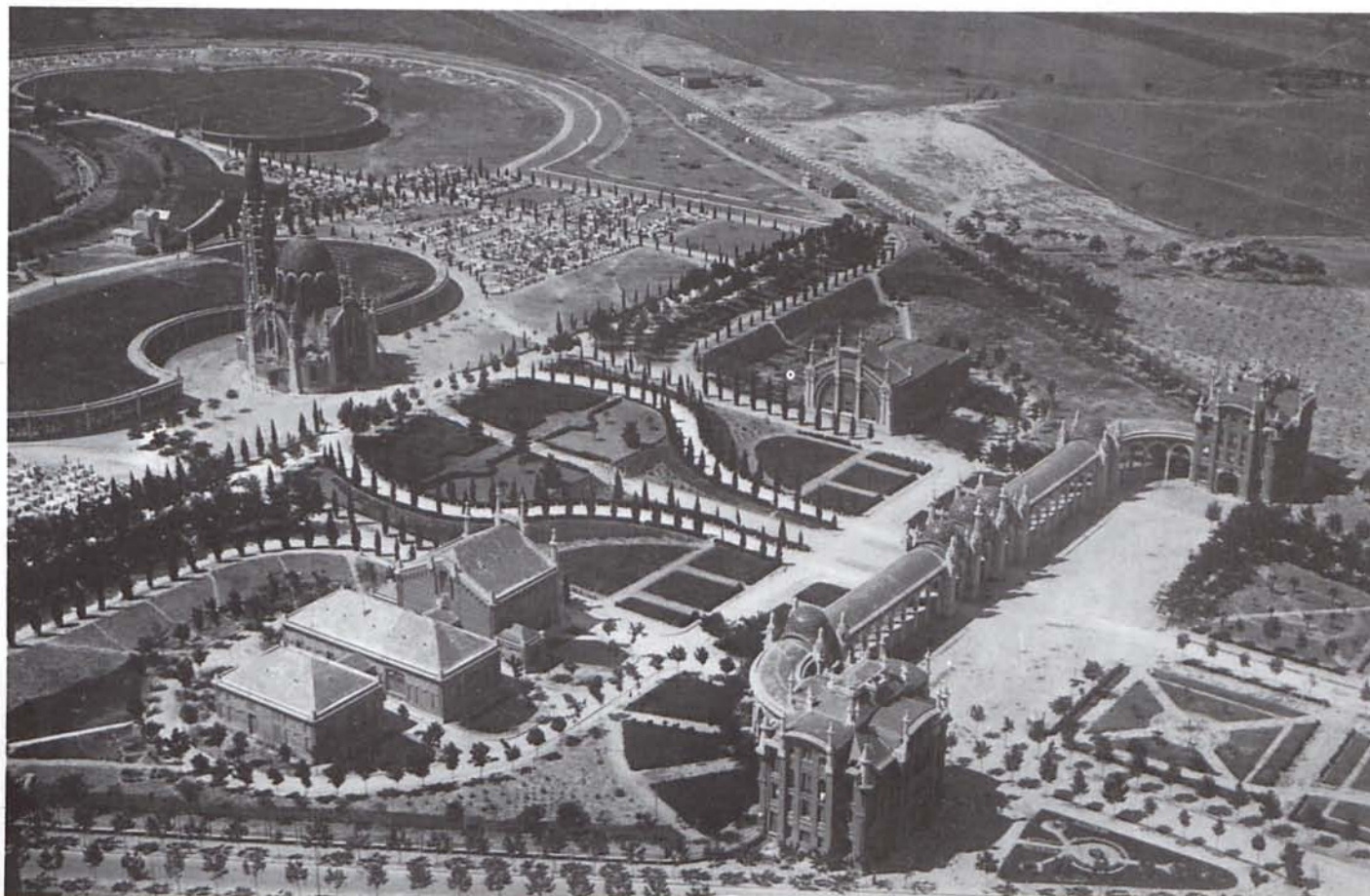
En este mismo cementerio encontraron esa paz y reposo definitivo, Espronceda; el pintor Camarón; Martín de los Heros; la actriz hispanoitaliana la Civil, que fue el último sepelio de este cementerio.

Si continuamos este recorrido por los cementerios de antaño, encontramos a Eduardo Rosales en el de San Martín, con Torreblanca y Fernández de los Ríos. A Rita Luna en el Cementerio General del Sur, o al general Serrano en el Cementerio de San Sebastián, así como a Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, Bretón de los Herreros, José Redondo (el Chiclanero), y José Rodríguez (Pepete).

\* \* \*

Madrid tiene hoy trescientas hectáreas destinadas a cementerios. De acuerdo con las estadísticas de 1970 en que Madrid alcanzó los tres millones de habitantes, se registraron 22.000 defunciones. Se piensa que para el año 2000, con una población de cinco millones de habitantes y fijando un bajo índice de mortalidad, las defunciones sobrepasarían el número de 25.000.





No hace muchos años, el cementerio de la Alameda ofrecía este aspecto

Se puede hablar de una media de ochenta defunciones diarias en Madrid, pese a la reducción de los índices de mortalidad, pues el crecimiento de población ha hecho aumentar el número de enterramientos y, por tanto, la superficie de los cementerios. Situación que se ha agudizado por la desaparición de los antiguos cementerios situados en pleno casco urbano.

En la actualidad, Madrid cuenta con la siguiente superficie de cementerios:

Carabanchel ... ..	130 hectáreas.
La Alameda... ..	146 hectáreas (18 en reciente ampliación).
Fuencarral... ..	8,9 hectáreas (7,7 en reciente ampliación).
Aravaca ... ..	4,4 hectáreas (3,9 en reciente aprobación).
Sacramentales ...	33 hectáreas (San Justo, San Isidro, Santa María y San Lorenzo).

De estas 320 hectáreas sólo quedan disponibles unas 150 hectáreas. A lo que habría que añadir los cementerios de Vicalvaro, Hortaleza, Comillas, Vallecas, Villaverde y Barajas, de pequeña extensión.

El problema de espacio se ve agravado por el sistema de concesiones de sepulturas perpetuas.

En Madrid se registraron en 1970 unas 24.000 defunciones, de las que 1.870 co-

rrespondieron a nacidos muertos, unas 1.400 a defunciones de niños menores de un año, y unas 260 a fallecimientos de niños entre uno y cinco años.

Si no contamos con las defunciones de nacidos muertos y niños menores de cinco años, podemos decir que en Madrid se registran unas 21.000 a 25.000 defunciones al año para la década de los setenta. Si se fija para 1980 una población de cuatro millones de habitantes y un descenso del índice de mortalidad del 7,1 por 100 en 1970 a un 6,5 por 100 en 1980.

Es previsible que un 50 por 100 de estos enterramientos sea de carácter temporal y hay que tener en cuenta que pasados los cinco años legales existe un porcentaje de reclamaciones de un 30 por 100, por lo que sólo un 35 por 100 del total de enterramientos iniciales pasarán al osario.

Del otro 50 por 100 se considera que un 30 por 100 encuentra lugar en los panteones familiares. De esta forma se ha llegado a considerar que las necesidades medias de nuevas sepulturas a lo largo de la década actual será de 13.000 nuevas sepulturas.

Es este un problema que existe en todas las grandes ciudades. Afortunadamente, en Madrid, el Ayuntamiento se plantea el tema antes de llegar a situaciones drásticas. En Roma, por ejemplo, más de mil ataúdes han tenido que esperar su turno para ser enterrados por

falta de espacio, o en Berlín, donde también se ha planteado este problema.

\* \* \*

Las reformadas ordenanzas sobre utilización de espacios funerarios ofrecen algunas novedades, como el incremento que sufren las sepulturas para enterramientos no inmediatos fijadas en un 100 por 100 y la introducción del canon de conservación. Precisan el carácter del derecho que se adquiere mediante el pago de la tarifa correspondiente a las sepulturas o nichos «perpetuos», que no es el de la propiedad física del terreno, sino el de la conservación a perpetuidad de los restos en dichos espacios inhumados, siempre que los titulares satisfagan los derechos de conservación.

El plazo de permanencia en temporales que antes era de diez años, queda reducido por la nueva ordenanza a cinco. Cumplidos éstos, los interesados tendrán que reclamar la inhumación en otra sepultura, nicho o columbario, o de lo contrario el Ayuntamiento se hará cargo de los restos.

La nueva ordenanza reguladora de la prestación de servicio de incineración de cadáveres y restos humanos dice que para estos servicios la solicitud debe ser firmada por el pariente o parientes más cercanos del fallecido, al que debe acompañar una serie de documentos acreditativos de la voluntad del difunto, o declaración de la voluntad de la persona o





personas firmantes de la solicitud. Madrid, primera ciudad española que contará con servicios de incineración.

Nace con ello un nuevo servicio, para lo que se finalizan los detalles de instalación en el Cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, conocido también con el nombre de Cementerio del Este, de un horno crematorio y otras instalaciones para este servicio.

En cuanto a los restos abandonados a la atención municipal respecto de los que no haya solicitud familiar ni reclamación, dice la ordenanza que podrán ser incinerados de oficio, mediante la instrucción del oportuno expediente.

La aprobación de esta ordenanza en el mes de diciembre significa la aceptación de un nuevo sistema, voluntario, que ha requerido estudios y proyectos. Se trata con este nuevo sistema de resolver el problema de espacio que en la actualidad presentan nuestros cementerios.

El Ayuntamiento ha convocado concursos para resolver el problema planteado por la escasez de sitio en los cementerios. Esto ha llevado a un estudio en el que se plantea la temporalidad de las concesiones y se considera al cementerio de Carabanchel como el idóneo para

realizar este estudio con miras al futuro.

El estudio se fundamenta en la construcción de nichos-sarcófagos temporales con rotación rápida, de sepulturas temporales para inhumación en verdadera tierra, osarios individuales, clásicas tumbas, criptas, mausoleos, osario general. Esto permitiría alargar la vida del cementerio de Carabanchel durante treinta años.

Se trata de construir en esta década unos 40.000 nichos, que se distribuirían en doce edificios de ocho plantas, que estarían rodeados de jardín. Estos edificios permitirían 10.000 enterramientos al año y se puede fijar en unos 60.000 los osarios individuales perpetuos en columbarios a construir en la década, siempre que se enterraran en el mismo tiempo unos cuarenta mil restos en un osario general con registro cronológico.

Se podría decir que nuevos tiempos imponen también la aceptación de nuevos sistemas. Así, por ejemplo, en Marsella, se han contruido unos edificios singulares, denominados «catedrales del silencio», de estilo moderno, mediante piezas prefabricadas. Se trata de edificios de ocho plantas, siendo la capacidad de los cuatro bloques de 6.000 nichos y 3.200 columbarios para perpetuar los res-

tos reducidos en los nichos de régimen temporal. Se utilizan modernos sistemas para conseguir la mayor higienización. También emplea este cementerio la inhumación de fosos en tierra para las concesiones temporales, construyendo columbarios para perpetuar los restos procedentes de las fosas temporales.

El silencio de los cementerios se ve roto en los tradicionales días del uno y dos de noviembre, cuando los familiares acuden a depositar ante la tumba de los que marcharon un recuerdo. Unas 700.000 personas han acudido este año a los cementerios madrileños y se han gastado unos cien millones de pesetas en flores.

Madrid cuenta con once cementerios municipales: Nuestra Señora de la Almudena, Vicalvaro, Carabanchel, Hortaleza, Canillas, Fuencarral, Vallecas, Aravaca, Villaverde, Barajas y El Pardo. Junto a éstos figuran las Sacramentales: San Justo, San Isidro, San Lorenzo y San José y Santa María.

En ese silencio característico de los camposantos. En ese silencio donde la paz y el reposo son definitivos, se ha planteado también esa necesidad de realizar un replanteamiento de espacio porque también nuestros cementerios se encuentran superpoblados.



# EL PLAN DE ORDENACION DE LA VEGUILLA - VALDEZARZA - VERTEDERO

## ENCAUZA EL CRECIMIENTO DE MADRID EN SU ZONA NORTE

Por Mario GONZALEZ MOLINA

EL Consejo de Ministros del día 5 de octubre de 1973 ha aprobado la revisión del plan parcial de ordenación de la zona de la Veguilla - Valdezarza - Vertedero, que abarca una superficie de 475 hectáreas de la zona norte de Madrid y que comprende realizaciones tan importantes como la Residencia Sanitaria La Paz, Ciudad Deportiva del Real Madrid, Ciudad de los Periodistas, Barrio del Pilar, parques Norte y de la Ventilla, Facultad de Medicina y Centro de Investigaciones Biológicas de la Universidad Autónoma.

Con este plan, redactado por la Gerencia Municipal de Urbanismo, se trata de ordenar el crecimiento de Madrid en una de las zonas más importantes y más acorde con la tendencia secular de Madrid para su expansión. Sabido es que la Villa, desde el núcleo primitivo de su castillo medieval, siempre ha tendido a extenderse hacia el Norte y el Este, despreciando olímpicamente los terrenos de más allá del río que sólo en nuestros días se ha atrevido a cruzar para instalar inmensos poblados en las zonas, antes muy contenidas, de los dos Carabancheles. Podemos decir que para el crecimiento de Madrid en la actualidad ya no hay barreras.

### ANTECEDENTES

Para llegar a la aprobación de la revisión del plan parcial de la Veguilla - Valdezarza - Vertedero ha habido que recorrer un larguísimo camino administrativo, que se inició en el año 1956. Efectivamente, por decreto del Ministerio de la Vivien-

da del año 1957 se declaró de urgencia el polígono de expropiación de este sector, aprobado por la Comisión de Urbanismo en 1956. Con este polígono coincidía el plan de ordenación de la Veguilla-Valdezarza-Vertedero, aprobado en junio de 1961, que fue redactado conjuntamente por los arquitectos señores



*Con la sierra al fondo, la urbanización de este sector está en buena parte constituida por viviendas unifamiliares rodeadas de jardines. La abundancia de espacios verdes y la altura de esta zona la convierten en una de las de mayor porvenir de la capital.*



Prieto Moreno, Hernández Perpiñán y Larrodera, en representación de Banús, de la Comisaría de Urbanismo y de la Dirección General de Urbanismo, respectivamente.

Una de las finalidades de este proyecto era la de crear una unidad autosuficiente al norte de Madrid, que frenara el crecimiento en mancha de aceite, anárquico y desordenado, hacia la sierra. Cuatro ideas rectoras fundamentales encauzarían este crecimiento:

1.<sup>a</sup> Cerrar el anillo de circunvalación exterior del casco urbano en el tramo comprendido entre la vía de la Coruña y la Plaza Norte.

2.<sup>a</sup> Mantener una zona verde de separación entre el casco urbano y los nuevos núcleos, a lo largo de la vía de la Coruña, a fin de frenar el crecimiento de la ciudad en mancha de aceite. Esta zona verde se inició por la Comisaría de Urbanismo con la adquisición de los terrenos para el parque de la Ventilla.

3.<sup>a</sup> Prolongar el eje que corre tangente al casco urbano en su extremo oeste, de modo que descargue el tráfico del eje representativo Norte-Sur de los paseos del Prado, Recoletos, Castellana, avenida del Generalísimo, en función análoga a la que realizará en su día la avenida de la Paz.

4.<sup>a</sup> Crear un núcleo autosuficiente.

Se pensó subdividir todo este sector en unidades, núcleos de viviendas o supermanzanas con una población prevista de 10.000 habitantes cada una. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las entidades que adquirieron estas supermanzanas definieron sin criterio urbanístico las unidades menores, atentas a obtener el máximo volumen edificable y el mayor número de viviendas que el terreno permitiera.

El Plan General de Ordenación del Área Metropolitana, vigente desde enero de 1964, incluía en el estudio primario de una red arterial. Posteriormente, reformado este estudio por Obras Públicas, fue incluido en el Plan General y publicado en el año 1968. Como consecuencia, algunas supermanzanas experimentaron aumento en sus zonas edificables en detrimento de otras. En la presente revisión se ha procurado compensar tales diferencias.



*Dentro del sector de la Veguilla-Valdezarza-Vertedero, destacan los bloques de la llamada Ciudad de los Periodistas, situada a un tiro de piedra de la antigua carretera de la Playa, hoy avenida del Cardenal Herrera Oria*

#### CONTENIDO DE LA PRESENTE REVISIÓN

El polígono «A», situado entre la Residencia de la Paz y el Barrio del Pilar, con una extensión superior al millón de metros cuadrados, es el que tiene menores actuaciones urbanísticas. La Gerencia Municipal de Urbanismo expropió en 1968 un polígono de 130.000 metros cuadrados para la edificación de la Facultad de Medicina y del Centro de Investigaciones Biológicas de la Universidad Autónoma.

Las supermanzanas 1 y 2 del Barrio del Pilar han sido construidas en su totalidad. Posteriormente se aprobó la transformación en zona residencial de la anteriormente calificada como industrial, que es marginal a la vía de acceso a La Coruña. Ambas supermanzanas situaban parte de sus zonas de servicios de enseñanza y parroquiales sobre un mismo sector que el Plan General calificaría íntegramente de parques y jardines.

Junto a la Residencia Sanitaria de la Paz, y previa expropiación de terrenos, que fueron cedidos al Ministerio de Educación y Ciencia, ha sido construida la Facultad de Me-

dicina de la Universidad Autónoma, que constituye un verdadero núcleo sanitario y de investigación. El espacio comprendido entre la Facultad y la autopista que enlaza el nudo Norte con Las Rozas se ha destinado a zona deportiva vinculada a dicho centro universitario.

Al sur de la Facultad de Medicina se extiende una amplia zona verde calificada en el Plan General como de parques y jardines, a la que se le ha dado el nombre de Parque Norte, delimitado en su parte oriental por la Ciudad Deportiva del Real Madrid. El Plan General prevé en el mismo corazón de este parque una zona para centro de enseñanza media, con una superficie de 18.000 metros cuadrados, que se incluye en esta revisión.

Al norte del parque de la Ventilla se sitúa, según el Plan General, un amplio sector calificado como de ordenanza especial, donde se incluye el Hospital del Rey con una amplia zona de posible expansión. Entre este centro y el parque Norte se establece una zona deportiva de 60.000 metros cuadrados que tendrá carácter público.

El sector situado al oeste de la antigua Vereda de Ganapanes está



ocupado casi en su totalidad por viviendas de una sola planta que surgieron de modo anárquico en calles de trazado discontinuo. Sobre este sector presentó la iniciativa privada un plan parcial de ordenación que ha sido recogido en líneas generales, aunque modificado en lo que se refiere al volumen edificable.

#### **POLIGONOS DE ACTUACION**

Las supermanzanas en que se dividen los polígonos «A», «B» y «C» se subdividen en polígonos menores que abarcan las zonas ordenadas, construidas y no construidas. En cada una de estas subdivisiones se determina la superficie, las zonas de cesión y el volumen edificable.

En lo que se refiere a este último apartado, o sea, al siempre comprometido del volumen de edificación autorizado, hay que reconocer que la normativa anterior permitía en terrenos de este sector unas densidades de edificación muy elevadas. Este volumen, que oscilaba entre tres y seis metros cúbicos por metro cuadrado, queda reducido a un volumen fijo de 1,18 metros cúbicos por metro cuadrado, incrementado con el correspondiente a zonas verdes establecidas en el Plan General, que da como resultado un volumen real de 3,5 metros cúbicos. La red arterial afecta al plan y lo divide en tres partes y condiciona las redes viarias, principales y secundarias. Se ha seguido el propósito de independizar las comunicaciones internas del barrio y las generales de la ciudad. Sólo en cuatro puntos a distinto nivel se atraviesa la autopista del nudo Norte-Las Rozas.

En cuanto a zonas escolares y centros de enseñanza media se da cumplimiento a lo establecido en las leyes del Suelo y Especial de Madrid, que obligan a la cesión gratuita del 5 por 100. Como consecuencia, este sector cuenta con amplias zonas cuyo destino primordial es la instalación de centros escolares.



*Vista de la zona norte de Madrid, desde la Ciudad de los Periodistas*

La ejecución de este plan parcial se realizará por la promoción privada, mediante juntas de compensación en los distintos polígonos definidos en el plan. Los terrenos sobre los que irá la red arterial serán cedidos por las entidades propietarias de los mismos y el Ministerio de Obras Públicas construirá la red.

El Ayuntamiento se encargará de la construcción del parque Norte y de la zona deportiva proyectada en la zona sureste sobre terrenos propiedad de la Corporación municipal.

#### **RESUMEN**

El plan de ordenación de la Vega - Valdezarza - Vertedero es uno de los más importantes que ha redactado últimamente la Gerencia Municipal de Urbanismo. Son 475 hectáreas situadas en la zona de más porvenir de Madrid, frente a la sierra de Guadarrama. Dentro de su perímetro está el parque Norte, con 42 hectáreas; el de la Ventilla, con 13, más dos grandes zonas deportivas: la municipal, con 60 hectáreas,

y la que depende de la Facultad de Medicina, con nueve.

Mediante la revisión de este plan parcial se ha reducido el coeficiente de edificación, que, como máximo, queda establecido en 3,50 metros cúbicos por metro cuadrado.

La zona deportiva del Real Madrid conserva su calificación de deportiva, como establece el Plan General de Ordenación. Hay previstas zonas para centros de enseñanza, y al norte del parque de la Ventilla, un amplio espacio para el Hospital del Rey y su posible expansión.

Con estas previsiones se pretende encauzar debidamente el crecimiento de Madrid, siguiendo su tendencia tradicional, y evitar la proliferación anárquica de edificios, tal como ha sucedido, por desgracia, en tantos lugares de la periferia de Madrid. Es el planteamiento de un urbanismo generoso en espacios libres y avaro en volumen de edificación.

M. G. M.



# EL APRENDIZ DE CANAL

## (SEGUNDO GOLPE)

Por Tomás BORRAS

I

**M**E subo a la altura para verle en su panorámica, en «su circunstancia», en su ambiente. Porque un hombre puede parecer que está solo, pero a solas no se queda nunca un trozo de naturaleza, parte de un todo que da carácter extremo y justifica el valor de las partes.

Madrid, en las mañanas de entreinvierno, está sumergido en un fanal de ceniza. Niebla de chimeneas, densa, que el sol rastrilla con sus púas de fuego, y después de apretarla en haz, la deposita sobre las cimas del Guadarrama y queda allí, inmenso montón de nube sucia, esperando la noche para disgregarse y chupar el calor de la ciudad. En la carretera queda su baba. Perfecta carretera ésta, tan pulida que se siente ir resbalando sobre agua tranquila.

Desde aquí, en esta elevación, se advierte cómo termina el barroco Madrid en el Manzanades; desde el empinamiento de las Perdices se ve que Novomadrid repta hacia el Norte y Noroeste. Pero que en esa línea se ha de detener ante el imperativo «stop» de los elementos oficiales: la Casa de Campo, el Parque del Oeste, el soto de El Pardo, la Dehesa de la Villa, la Moncloa. A comienzos del XX, casitas de arrabal, que son las más audaces, aparecían aquí y allá señalando el rebasamiento de esas claras masas verdes campesinas que no puede forzar la urbe. Si aún quedan, las abruma los gigantescos cubos y paralelepípedos pesantes, macizos, de los barrios recién brotados, bermejos y en puntillismo de hormigas humanas. Y aún quedan dispersas las salpicaduras de hoteles modestitos y disimuladas chozas, que son los flecos de Madrid; se deshilan en busca de la pura montaña y empiezan a cerrar el futuro para cohibir dentro de su círculo el enamorado coto de umbrías, multiplicado Retiro, parque prisionero del 2500 que será mar interior de frondas intactas, tapiz de auténtico campo en el cogollo de la capital. Manzanares, al que hemos subido a ver a vista de ojos inéditos, cortar y cortará en dos mitades, cuando se complete el caserío, implacable cometierra, su Madrid en dos mitades: desde la Puerta del Ángel hasta

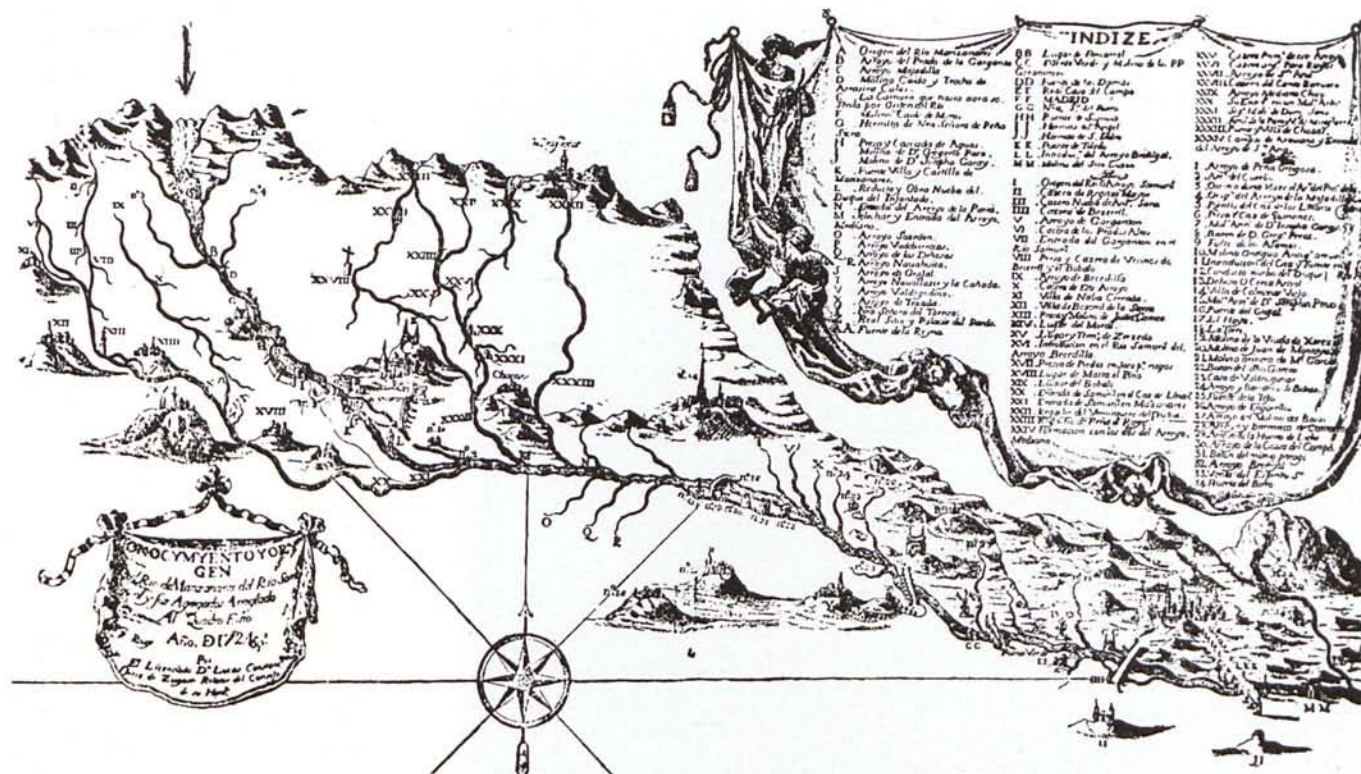
pasado El Pardo. Algo único en el mundo, regalo soberano de Austrias y Borbones a la exmenguada Villa. Por eso, aunque ahora parece una opresión, el jalto! del «no se pasa», está muy bien, pues preserva el porvenir arbóreo y floreal, de la invasión de la clase media y del maldicho proletariado.

El obstáculo de Madrid por el Norte no era desde el XVIII, lírico. Era un obstáculo de traperías. Desde lo que se llama El Estrecho en los Cuatro Caminos, donde terminaban las casas de más de tres pisos, no había, hasta Fuencarral, más paisaje que el estercolero con carricoches de burrito subidos al ápice, y las gallináceas y el cerdo devoradores de los desechos del cubo de la cocina; fiemo con botes de conserva destripados revolcándose en él; basura pardo-verdosa entre la que destellaban pedazos de vidrio —las piedras preciosas de los miserables— y donde los papeles brincaban los más locos bailes rusos a las sinfonías del viento. Estercoleros con el hábitáculo que les correspondía y niños en cueros. Porque así como cada jardín se refiere a su palacete, cada estercolero —vertedero lo llama el eufemismo chulo— tiene recogida en su alfombra una casilla de perro donde viven personas.

(José María Otamendi se llevaba las manos a la cabeza al pensar en urbanista: «¡Pero cómo ha dejado Madrid lo mejor que tiene, que es el Norte, al desharrape y el desperdicio!».)

Para la mirada que busca sólo el color era interesante aquella zona de Tetuán, el de ombligo de plaza de toros, confundido ya hoy con este trepidante Centromadrid de la ciudad que arrolla, quizá porque busca con ansia huertos y nieve. Madrid va al frío: Húmera, Aravaca, Pozuelo de Alarcón, Hortaleza, Fuencarral, Chamartín, Alcobendas... Por el otro costado, los Carabancheles, Leganés, Móstoles, camino de Gredos, son barrios del Madrid en circunferencia, conjunto con radios desde la Puerta del Sol, segundos, terceros, cuartos chamberiles... Cuando la mugre madrileña se ha trasladado a los quemaderos de muy afuera, junto a los cementerios de automóviles y los pesados estanques de papilla de lodo de las estaciones depuradoras: el arco del Norte-Noroeste.





te rescatado para el desarrollo de la cintura matronil de la macrópolis. El Pacífico ya no es Baroja, como Tetuán ha dejado de ser Solana, como el camino raudo bajo neumáticos —carretera de cristal— sigue siendo, gracias a las arboledas y las églogas de verde y azul, Antonio Machado o Leopoldo Panero. Sigamos —los ojos no precisan vehículo— el paisaje de Panero-Machado hasta subir entre pinares. Aquellos que cantó Carlos Fernández Shaw, padre. De austera, la tierra se ha vuelto fosca. Digamos al pino a compás de lo que Goethe dijo a Napoleón: «Usted es un árbol, todo un árbol». Altivo, de leña rojiza y verdinegro remate, sostiene su forma de candelabro para las estrellas de la noche.

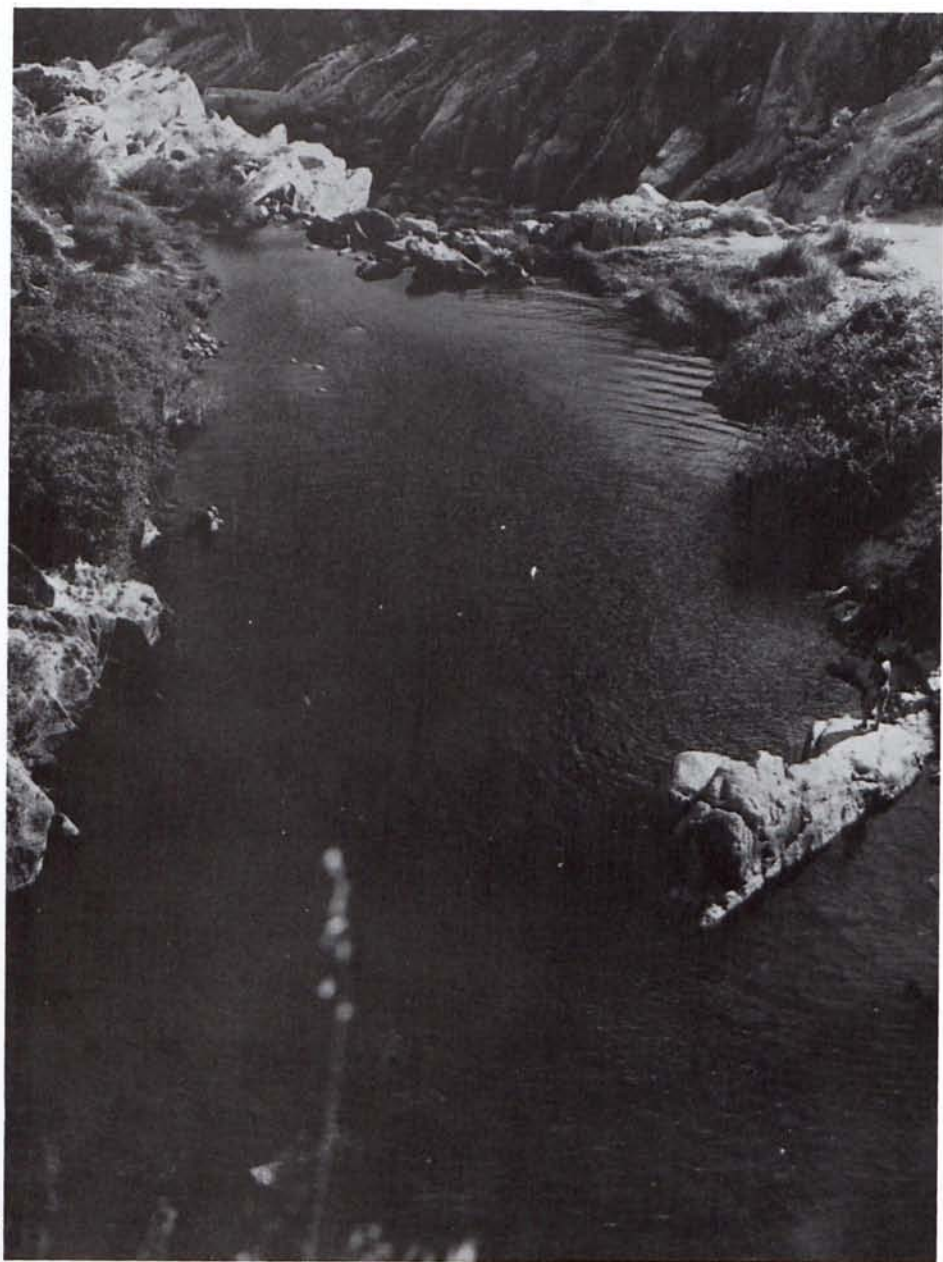
Y aún persevera Madrid dentro de su espesura pinar. En el espacio entre el fin del barroco Madrid y Guadarrama, grandes y hermosas quintas, grandes y hermosos sanatorios, grandes y jóvenes casinos del deporte... ¡Singular energía la de nuestra generación! Anteayer, de niños, nos prevenían contra las pulmonías del traidor Guadarrama (sutil-candil, recordad el consonante), y ayer, de adolescente estábamos, y seguimos viviendo de viejos, sobre el nevar blanco, los inviernos más entumecidos por la helada y el relente. Y hay tranvía eléctrico y línea regular de autobús a la fronda y al picacho, y pronto estará unida la ruta a la araña general del Metro, la altura al subsuelo de la ciudad en gigantesca paradoja. Los hijos de los que calumniaron nuestro clima —uno de los más sanos del mundo—, los descendientes de los empavorecidos, hoy le hacen cara

a la ventisca riendo, esquiando y amando. ¡Ah, generación del valor y la alegría! La madrileña arquetipo de 1973 es esa chiquilla de dieciocho años forrada por el «jersey», de piernas abotagadas por los pantalones fofos, que resbala por la ladera como en puntillas sobre dos líneas de filo, jugándose un golpe contra el tronco entre gritos de desafío; desmenada, jadeante, en el desorden agitado del ejercicio, con los ojos y el rostro encendidos, con hielo pegado a los cabellos, con sabor a sabores de campo frío en la boca.

Del peñasal que roza nubes también baja Manzanares, se despeña, salta, tiritita o se transe de calor musical de cigarras y glogó en nota de oboe. Vedle hacia abajo por el solar del Madrid tectónico, anticlinal que se ladea desde la base de la sierra hasta el campo liso manchego —Madrid está sito en la Manchuela, adelantada de la Mancha—, ese campo roído por Manzanares hasta haber tajado su camino hondón, un foso, entre el Madrid subido a su anticlinal y el plano que marca el fin de la base montañosa. Cava semejante a la de San Miguel o a las cavas del cimientito de la muralla, Manzanares ahondador de la depresión con la raja que su zapa ha formado; allá el Alcázar, cien metros abajo una vega, un vago paseo, un ir por querer irse siempre, destino de los ríos, hacia el horizonte lejano.

Ambito el que rodea a Manzanares bien preciso y dibujado y lamido de pincel de óleo: verde, rojizo de ladrillos en mole de casazas, apretujado caserío,





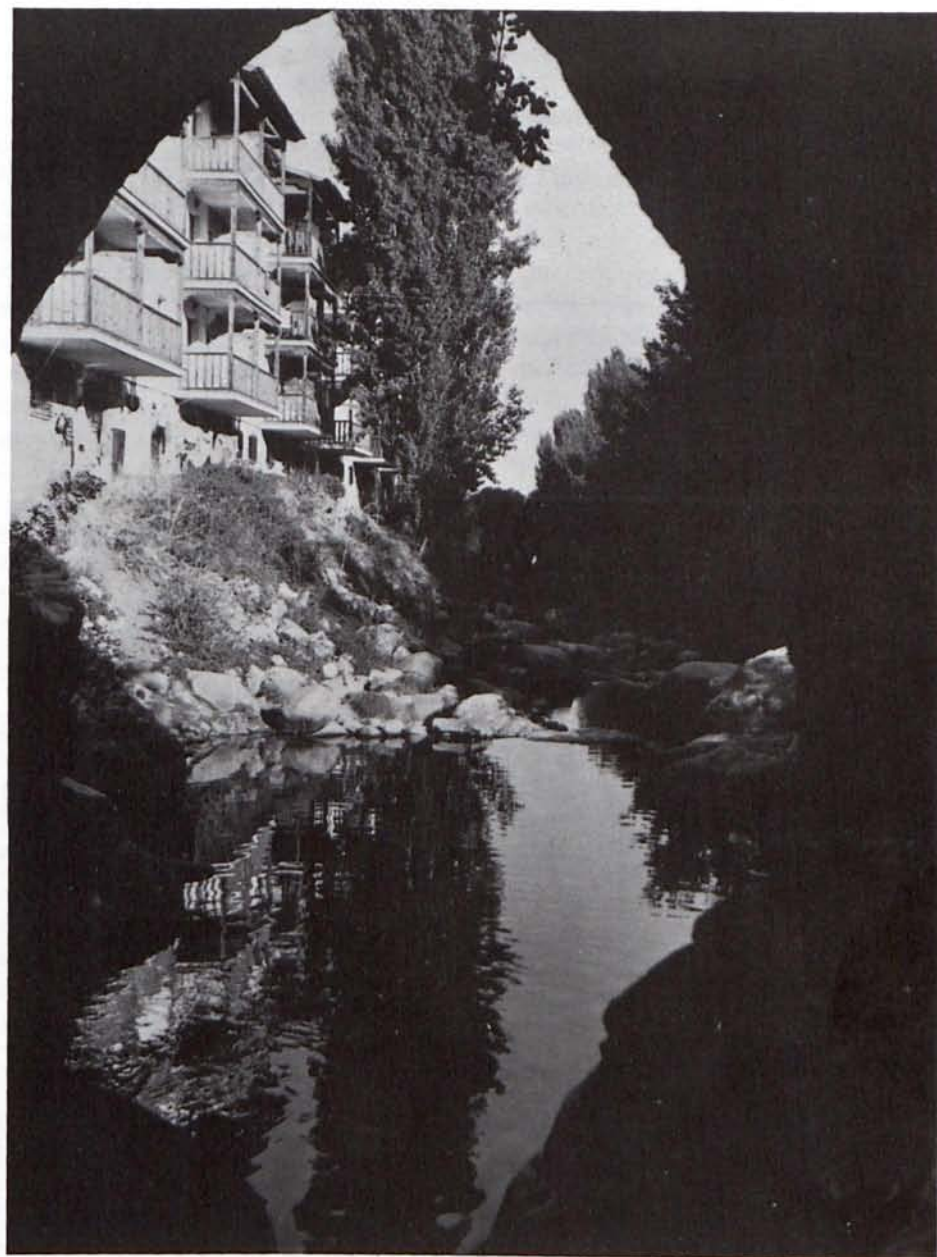
y en el centro de la multiplicación densa de Madrid, los vergeles de naturaleza intacta, la ciudad rodeándole también al río en su curso junto al arbolado curso que puede llamarse interior, en esos metros encorsetado, y antes —desde su nacer y vivir adolescente— libre y de independencia airosa; y después de su corsé de cemento otra vez, ahora mayorcito, adulto, restituido al aire libérrimo, a cruzar por donde le dicte su albedrío, a ser el río golfo, sin sometimiento, hasta que da con el Jarama y se le cuelga al buche por la gola.

## II

Ahora vamos a verle por palmos, que río es cuerpo de serpiente larga. Veréis: allá arriba, la Maliciosa, dos mil cien metros, pícara burlona. Maliciosa porque anuncia el tiempo que va hacer, descu-

bre cómo se prepara y en su turbante se forma, cambiante, mientras en el entrelejos a que está Madrid, no se sospecha que la Maliciosa va lanzar una bocanada de nevisca cuando en la calle de Alcalá empiezan a quitarse la chaqueta por el calórico. ¡Maliciosa, maliciosa bien te pusieron! Es la Cibeles del Guadarrama, río de la piedad en arábigo, sierra dentellona que rasga el vientre de la nube, muralla que sube a plomada de muro ante el Norte-Noroeste, preservadora de agresiones atmosféricas, medianera entre las dos Castillas, la adusta, grave, reconquistadora, leonesa, patricia y matri-cia sonando a Romancero; y la Manchuela, la Mancha pequeña, esa Castilla del Sur que tiene tanto de andaluza ya, como que ha inventado el baile de los bailes españoles, la seguida o seguidilla. Sierra que abanica Madrid con su gran vaivén pericón de oreo de pinares, y sopla sobre los negrones que





expelen las colas de los autos, y limpia el azul con su movimiento poderoso bienoliente a resina. Cordillera-condensador para fabricar el agua que bebemos y nos lava y nos riega como a seres vegetales que también somos, no dejándonos amojamar en secos. Montaña larga tendiéndose a la pereza de la geografía, durmiente en su curva de piedra de anticolor gris, negriblanco duro que aflora bajo su piel vestida de oscuro verde, madre, matrona, madre de la salud, tamizadora de lo abrasador, tutela para que el granito sea tan sólo juego induradero. Guadarrama de la piedad que a su costado preserva en tibieza a una población amazacotada en habitaciones-cajas. Elevación ondulada, chula, que pregonas, generosa, nuestra aglomeración: «Aire libre fresquito, ¿quién lo bebe?»

La Maliciosa, el más altanero pico, más que los Siete juntos, está inmóvil como una tallada Proser-

pina que asomara medio cuerpo sobre el Averno, inmóvil en su pesantez de masa de piedra. El viento raspa sin tregua la piedra monumentada. La esquila, la lanza desmenuzada sobre el valle. La Maliciosa aguanta y nutre piedra, siempre en la misma augusta majestad, intacta aunque el viento la roa, erguida ante la noche y su día, ante el año del siglo, ante el porvenir en la eternidad. La Maliciosa, catarata de peñasco y lascas agudas, rodales de cabra y clamores dislacerados de enebro, el árbol que se sostiene viril ante los huracanes. Esa diosa con vista de pupilas cerradas, pechos de cantería brazos mutilados, que sin perder su solemnidad plutónica juega su aliento de fumarada, le condensa en voluta —maliciosa—, engaña al cazador y al montañero, de repente mete el rayo en la fumarola, la convierte en cárdena —maliciosa— y diluvia sobre el que hoguereaba y se ha escondido con pánico



—maliciosa por imprevista—, y traiciona al viajero que se las prometía radiantes, se ríe del bobo excursionista y acaba escondiéndose en una llorona niebla espesa para que no la vean, su femenino juego de chancearse de los casi invisibles —desde la malicia de su estatura— de los mínimos pulgas hombrillos, Maliciosa al tratarlos como a quien no existe... Los aviones que hacen su vuelo-carrera hacia Europa se meten por un vano de junto a La Maliciosa, cortan así el Guadarrama y siguen. La Maliciosa les deja venir, les guiña un fiero destello de nácar vivo, y, deslumbrados, quita la luz y los aviones se meten en un túnel de bramido de ventarrón, de negritud de nube cargada de tinta. La Maliciosa se la jugó. Luego aluden a aquello de que si Madrid sutil, si aire sutilísimo, si el candil no se apaga y aquí está la pulmonía, y si el tiempo en Madrid es imprecisable, pues esa Maliciosa es la impotente madre del Manzanares.

### III

Desde el regazo de La Maliciosa se echa a correr el infantil Manzanares. La piedra se ha pinchado el pecho, algo así como una sangría es la agruña que perfora su tela de musgo, del granito salta el interminable borbotón de la líquida plata. El niño Manzanares encuentra en su despeñarse a lo loco un camino transparente, tanto que parece espejo, azul el fondo por el azul de arriba. Entre aguacantos rodados y pulidos, se desploma; algún meandro hace de hoya donde la espuma es aérea, algún matojo —escasos— bebe su savia. Libre, libre, deseoso de llegar, ¿a dónde?, no sabe su destino. Ruido de clara agua, ruido fresco, nieve recién derretida de la que esa Maliciosa nutricia posee el año entero. La naturaleza es ancha, ilimitada, para el corretón niño, espléndido valle abajo, a media montaña su júbilo de libertad sin obstáculo, salvaje, tropieza con la primera acomodación: se llama la Pedriza.

Se entraba en la Pedriza el candoroso Manzanares saltarín, chico de pies desnudos, todavía no río formal y ancho, pero linfa para chopos la catarata. A la izquierda quedaba la ermita con su santero que había sido de la Legión. Y por umbral, encajado entre peñones flanqueantes, se abría un circuito, glorietta de aquel jardín petrificado (enfrente la montaña Maliciosa), sin una hierba, sin una mancha sobre su ahora sonrosado caliente —el sol de párpado medio dormido—, las formas estatuadas en modelados curvos mórbidos, pulidos. El Yelmo, remedo épico, alzaba a la Pedriza y el sol dejaba en él, reloj de fachada, su última raya de contador de tiempo. La muralla era paredón de cantar de gesta esculpida a lo titánico. Aquel paisaje puro, sin vida vegetal, lunático, era el bloque en soledad, el alma desnuda de la Naturaleza, su estancia de mineral y cielo. Y la forma semiinforme, voluntad de ser forma, dotada a lo grandioso de un elemento de misterio: la subterránea inteligencia embrionaria pugna-

ba por revelarse en arte. Así, la Pedriza tenía el dramatismo de un trozo de la tierra donde la vida es imposible y queda plasmada en sueño perdurable, ni brutal, ni logrado; el de un Génesis de día primero, en el que los días de después, el árbol, el animal, el hombre podrían advenir sobre su cimiento. Contrapunto lírico ese Manzanares balbuciente todavía, recién nacido en la altura, ahilaba cristales convertido en rumor musical, resonando su canción, de piedra también y también de soledad.

La Pedriza, la Cabrera, Peñalara, Valsaín y Gudiños (San Rafael) eran los lujos del Guadarrama Valsaín y San Rafael ya clareaban sus pinares, barbarala de viejo que espelucha. (La madera se solicita a grande precio.) La Cabrera está orlada de «villas» tísicas. Quedaban en pureza esa rival de Montserrat, la Pedriza, con la Maliciosa y la señora y brava laguna, último escalón al infinito. Hoy nada más intactas que Peñalara y la Maliciosa, que hincan en embriones de tempestad su colmillo.

Los montañeros estaban consolados porque alguien declaró a la Pedriza «parque nacional» en papeles oficiales. Era intangible, sentencia del Estado, su cuerpo hercúleo de virgen, insinuado y sin desbastar. Los jóvenes, tensos la cuerda y el músculo, trepaban por su lisura ondulante para embeber, coronándola, sorbos de dominadora fatiga.

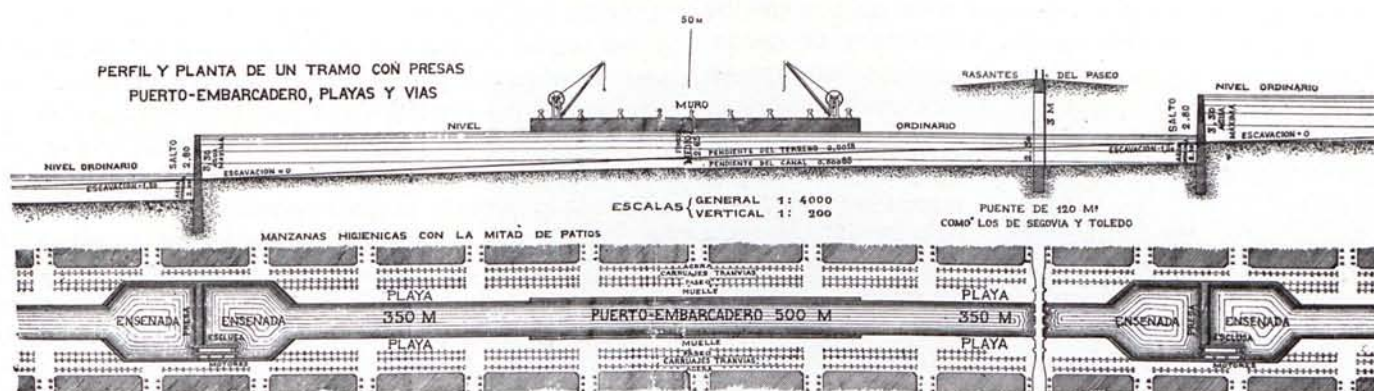
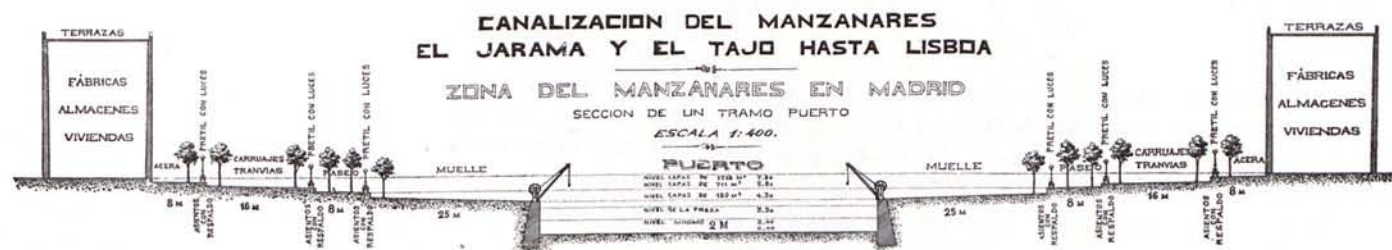
Mas llegó el negocio, y en frase del negocio «se cargó» la Pedriza. Los canteros vuelan todavía aquella entraña plutónica, y con mampostería de las suaves dulcificaciones levantan biombos que acotan el término, lados de callejón que ahoga el vallecillo. Como si en la sala de Velázquez del Museo del Prado el negocio plantase ante los lienzos un bar americano. El negocio construyó también hotelejos mesocráticos de teléfono, chamelo y bicicleta. El negocio ni sabe de estética, ni de naturismo; ni pretende entender el lenguaje de la sensibilidad, ni se le da de un regalo providencial de espacios que ensanchan de entusiasmo el pecho. Adiós a uno de los milagros de la hermosura española, la Pedriza, hontanar del espíritu.

Allí se ha detenido Manzanares, en la horizontal resbalsada en hoyas con renacuajos, desde aquel arrojarse de cabeza desde el seno de la poderosa en malicia. Allí, sorpresa. ¿Aquello es la vida que le ilusionaba, vida pletórica de paraíso, animales bellos, arboleda perfumada, ansia complacida y satisfecha en plenitud su alma de río? ¿Aquello, sartenes con agujeros, plástico, vacíos, pingos que se deshacen, corona de matorrales, adioses movidos por el viento, ese viento que riza los ríos pasando por su nuca su mano leve? Aquello es la vida: pedazos de tejas mojadas, un zapato de mujer, aportes de comistajos desperciados, la huella de la rueda, las cenizas de una fogata, el periódico en abandono que a nadie grita sus noticias, el cartón vacío que con-  
tuvo...

Manzanares ha tropezado con la civilización. La civilización es el desperdicio, la mitad de lo civili-



# NAVEGACION ENTRE MADRID Y EL MAR



## FINALIDAD DEL PROYECTO

Posibilidad racional y económica de que lleguen a Madrid embarcaciones de toda Europa, de 300 toneladas, la carga de los mayores trenes de mercancías, mediante una obra relativamente pequeña en relación con las de la misma clase de otras naciones.

Puerto para 500 embarcaciones y muelle de 1.500 metros de largo y 100 de ancho, con vía férrea de fácil enlace con la de circunvalación, con reservas para otro tanto puerto y muelle.

125.000 caballos de fuerza producidos en toda la línea, con inmediata aplicación las próximas a Lisboa, que carece de fuerzas hidro-eléctricas, y sin limitación en abonos y labores agrícolas.

Espaciosas playas de 9 kilómetros entre ambas márgenes, para baños de una población de un millón de almas, con aguas renovables ya hoy dos veces al día y posibilidad de mucho mayor caudal de agua.

Facilidades de acequias de riego con las presas que se crean. Economía en el transporte de viajeros y mercancías de Madrid al mar.

Facilidad de establecimientos fabriles en Madrid y en el trayecto a Lisboa, en las mejores condiciones de Europa.

Aumento del caudal del Manzanares con solo el aprovechamiento de 22 kilómetros de canal, ya construido, y posibilidad de traer a Madrid hasta dieciséis ríos, con 20 metros cúbicos de agua por segundo, según proyectos estudiados.

Utilización de 93 kilómetros de canal hecho hasta el Tajo. Saneamiento de Madrid y aplicación de las aguas fecales al riego de 8.000 hectáreas de terrenos en sus inmediaciones.

Ensanche de Madrid en otro tanto que el actual, con arreglo a las mejores urbanizaciones de Europa y América.

Engrandecimiento moral y material de Madrid y de España.

## NOTA IMPORTANTE

En la Exposición fotográfica de la calle de Silva, 44, portal, están al público el plano y perfil de la canalización hasta Lisboa y todos los canales de España, y como comparación los de Francia, en que se aprecia lo que significa comunicar Lisboa con el centro de la Península, al lado de multitud de canales y ríos navegables franceses que comunican los mares Atlántico y Mediterráneo por

multitud de itinerarios que enlazan con las vías navegables de Bélgica y de Alemania, que todo quedaría relacionado por vía fluvial con Madrid.

También se exhiben el plano general del ensanche Norte, los de solares, manzanas y vías, y el parcelario en que cada propietario puede apreciar cómo afectan las nuevas calles a sus terrenos, única condición necesaria para edificar con arreglo al plan.

Como comparación de esta urbanización de ensanche que se impone con la inmediata traida de aguas a aquella zona, se presenta la de Barcelona con la parte edificada y patios, sin duda alguna de las mejores urbanizaciones del mundo, debida a una previsión oportuna, con que en medio siglo se ha hecho diez veces mayor con las poblaciones anexas que aparecen.

Este trabajo está condensado en un folleto de actualidad, con planos y disposiciones oficiales, que se vende a **UNA PESETA** en las principales librerías y en la calle de Silva, 44, principal derecha, desde donde se remite franco de porte a toda España y Portugal dirigiéndose al autor, Felipe Mora, ingeniero.



zado desecha y tira la otra mitad usada. Manzanares, un poco repugnado, prosigue su cursar. Ved su palmo tercero.

#### IV

Va por pueblo, ahora, que dejaron de ser aldeas y empiezan a ser colonias. Mata del Pino, El Boalo, Manzanares el Real, Colmenar Viejo, Perales del Río, El Pardo. Inquieta el carácter del paisaje: entre rústico y urbano, rustiquez que se transforma en petulancia y lujo modesto que aparenta un estar primitivo. Falsificación de la Naturaleza y primitivismo de lo artificial. Manzanares duda. Hay rediles de pedruscos mamposteros, aunque para gallo y gallina hay perro y no corzo; lumbrería eléctrica y de gases, no troceados robustos del pinar señero; hombres en barriga y camiseta, tampoco cenceños escuetos y curtidos labradores; mozas sin tostar, delgadinas, las ariscas serranas ausentes, esas de piel y carne reducida; hay televisión —¡extraño presente de lo lejano!— y radio, sin pregonero; el auto se detiene ante la puerta, se fue lo carreteril, carro y carreta; por las encrucijadas que zigzaguean hotelillos, caminan buhoneros de postizas cosas inútiles; nadie ensueña ni poetiza, todos resuellan su cansancio en desgaste. Adiós, Maliciosa; adiós, Pedriza. Adioses a la pa-ganía elemental.

Pues en seguida Manzanares se enreda en el laberinto de Madrid. Por el Pardo ve ciervos, conejos y liebres, la perdiz y la tórtola cazaderas, no enteramente selváticas, domesticadas. Como él se domestica, asombrado, después resignado. (Pues ningún río puede volver atrás.) Camina, ahora lento, demorándose, por entre encinas, el árbol que el sol de ocaso hace resplandecer de cobre. Trepida el ambiente, hay algo, el ruido, que lo separa del sonido de Natura. Son vibraciones, ritmos atropellándose, no el majestuoso sinfonismo de las cosas en pureza. Hay humo. ¿Humo? ¿Qué es eso? Manzanares se embriagó con el cantuseo, el tomillo, el helecho húmedo que transmina. Hay risas, quizá forzadas (la Naturaleza no se ríe); gritos (lo nativo habla en rumor tan sólo), aparatos, máquinas, movimientos de artilugios incomprensibles, lejanos de la forma sacra.

Y atravesados los encinares de sobria belleza, Manzanares se halla entre acantilados que agujerean cuadriláteros por los que asoman criaturas humanas. Altos, inmensos, que exceden lo que puede reflejar en sus pequeñas balsas que van para charcos. Una pululación incansable de seres salta a su cuer-

po, que se disuelve, se moja lo que puede, menea la arena, grotesca imitación de la orilla del mar. Y edificios en cantil, sombra permanente por ello, y basuras que le repelen, y embebecimiento del agua, hemorragia interna insensible, las arenas se le tragan casi entero, dejan un Semimanzanares, menos de su mitad; le permiten que transcurra, que aparente ser río, en verdad se le sorben, componen en secreto infinitos Manzanares subálveos, que corren en zapa sin saberse a dónde, llevados a brotar otra vez a muchos kilómetros, a otras latitudes.

El Manzanares entero, de repente, se halla metido en una armadura. El cemento compone un alvéolo que ni filtra una gota, ni se permite lo paleta de la orilla. Ha llegado a lo moderno, al entubamiento, a ser canal, a disimular su origen. Ya no es río, sino conducción de agua. Sin paisaje, sólo edificios sin horizonte, no más que las perpendiculares encarnadas con las aberturas cuadrangulares y los rostros asomados, idénticos unos a otros. Ya se fue el ave compañera, ya es imposible el pez anguileante, la flor no nacerá del cemento, el águila habrá huido de su perpendicular, ni aguacantos, ni guijos rodados, ni árbol —sólo farol—, ni niebla matutina que pasa por la cara para lustrarla. Tampoco bestezuelas amansadas por la necesidad, que bajan a beber y miran con bellos ojos de negro mate, ni murciélagos de danza caprichueta en lo oscuro, ni topos que hacen su labor al costado de la tierra que el río ablanda, ni moscas tábanas, ni los caballitos del diablo, la abeja o el zapatero de patitas de alambre que patinan sobre el caudal. Algún hombre amargado que se inclina por la barandilla a fijar su melancólico verde hígado en la superficie del entubamiento, algún chico que tira, a modo de piedrezuela, una caja de cerillas; quizá el sereno que contempla el canalillo y recuerda el bracear salpicante del río entre riscos de su cuna.

(Por no se sabe dónde del laberinto, resuenan el claxon del autobús, el camión trepitaembaleante chasca, la industria gira sus ruedas frenéticas, altavoz gangoso aconseja comprar cosicosas, la alta bóveda parece jugar a curvas con el balón de la Luna.)

Manzanares ha cambiado a canal. Una barquichuela de almacén es fueraborda que presume, el agua se deja morir, no puede formar ondas rizadas, tampoco tiene espuma. Manzanares con la argolla al cuello, ha aprendido a ser urbano y bien educado canal por sus cuatro dimensiones, átono y liso.

Tomás BORRAS



# APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS EN MADRID

Por Juan SAMPELAYO

## III

**P**ROSEGUIMOS en este número nuestras noticias sobre las lápidas existentes en la capital de España y dedicadas a personas o a hechos con fama.

I. *Alvarez Quintero, Serafín y Joaquín.*—Utrera (Sevilla), 1871-1873. Madrid, 1938-1944. Escritores, comediógrafos, académicos de la Real Academia Española de la Lengua.

II. Fue ofrecida la lápida por suscripción pública iniciada por la Asociación de Escritores y Artistas Españoles y colocada en la casa donde vivieron y murieron ambos hermanos: Velázquez, 76. La Asociación de la Prensa de Madrid contribuyó con un donativo de quinientas pesetas.

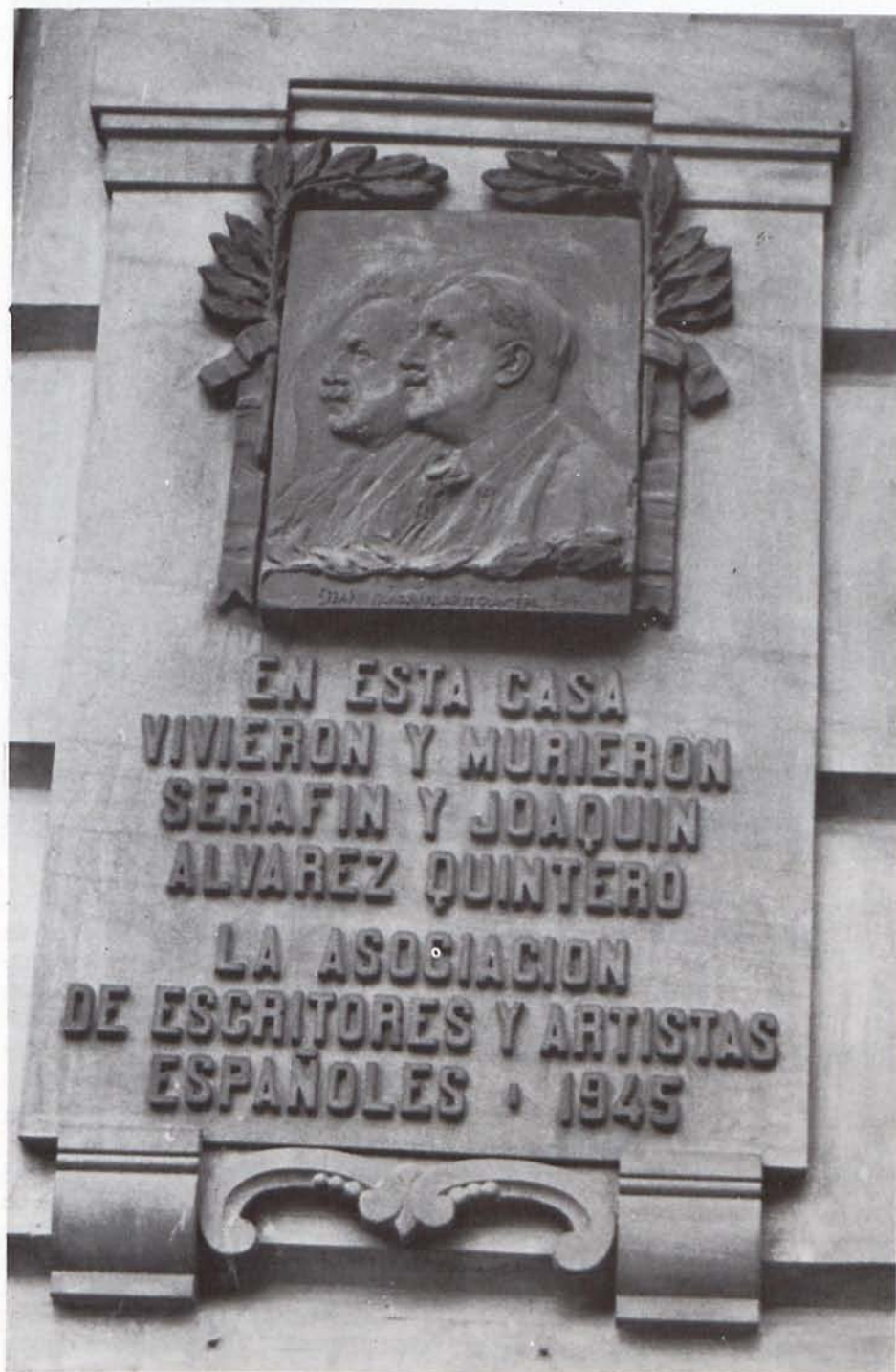
III. La lápida es de mármol de Italia, de color gris, con medallones de las cabezas de Serafín y Joaquín debidas a los cinceles de los escultores Mariano Benlliure y Aniceto Marinas, y su leyenda es la siguiente: «En esta casa vivieron y murieron Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. La Asociación de Escritores y Artistas Españoles. 1945».

IV. La inauguración de la citada lápida tuvo lugar a las nueve de la noche del día 14 de junio de 1945, fecha en que se cumplía el primer aniversario de la muerte de Joaquín.

Estaba presente el alcalde de Madrid, don Alberto Alcocer, así como gran número de personalidades de las Artes, las Letras y el Teatro.

Pronunciaron breves parlamentos don Mariano Sánchez de Palacios, en representación de la Asociación de Escritores y Artistas; don Guillermo Fernández Shaw, por el Montepío de Autores, y don Manuel Machado, en representación de la Real Academia Española.

Por último habló el alcalde de Madrid, don Alberto Alcocer, que des-







*Descubrimiento de la lápida en memoria de los hermanos Quintero*

corrió la bandera que cubría la lápida. Todos los oradores, en sus intervenciones, destacaron la gracia, el encanto y la alegría del teatro de los Quintero y la vinculación de los mismos a la capital de España.

I. *Mariano José de Larra (Figaro)*.—Madrid, 1809. Madrid, 1837. Escritor.

II. Dedicada, según la biografía de Larra, doña Carmen de Burgos, por los periodistas y colocada en la fachada de la casa número 3 de la calle Santa Clara, donde aquél vivió.

III. Es de mármol blanco de Italia, con palmas, cintas y cerco de bronce rojo, rezando así su leyenda: «En esta casa vivió y murió don Mariano José de Larra (Figaro). Nació el 24 de marzo de 1809, murió el 13 de febrero de 1837.—1908».

IV. Se inauguró esta lápida a la memoria de «Figaro» el 24 de marzo de 1909, con motivo de cumplirse el primer centenario del nacimiento del gran escritor. El Ayuntamiento se trasladó en corporación desde la cercana Casa de la Villa a la calle de Santa Clara. Iba al frente de la misma el alcalde accidental, señor De

Blas, y entre los concejales figuraban los señores Lequerica, Cao, Madrid, Fischer, Blanco, Garamendi, Morayta, Santillán y Barranco. Por la Real Academia Española asistía el señor Cotarelo, y por la Asociación de la Prensa, el señor Francos Rodríguez. Asimismo se hallaban presentes los diputados por Madrid, señores Pérez Galdós y Garay; el maestro Bretón, don Antonio Casero y otras numerosas personalidades.

En el acto, que tuvo lugar por la mañana, pronunciaron breves palabras los señores Francos Rodríguez, quien destacó las cualidades periodísticas de «Figaro»; Moroli, el conde de López Muñoz y el señor De Blas, quien descubrió la lápida como alcalde accidental.

I. *Calvo Sotelo, José*.—Túy (Pontevedra), 1893; Madrid, 1936. Hacendista. Escritor. Diputado a Cortes. Ministro de Hacienda.

II. Estaba esta lápida en el portal de la casa número 86 de la calle de Velázquez, donde vivió los dos últimos años de su vida. Derribada aquella casa no se sabe dónde fue a parar la citada lápida.

III. Grabada en letras de bronce con el escudo de Madrid, llevaba la misma una leyenda que decía así: «De esta casa salió en la madrugada del 13 de julio de 1936, ilegalmente detenido por agentes armados y uniformados del Gobierno de la República, el ilustre ex ministro de la corona y jefe de la oposición parlamentaria, don José Calvo Sotelo, siendo vilmente asesinado en cumplimiento de las amenazas proferidas en el Congreso de los Diputados por el presidente del Consejo de Ministros. Este crimen de estado tuvo su viril respuesta en el glorioso Movimiento Nacional. El Ayuntamiento de Madrid se honra dedicando esta lápida a la imperecedera memoria del gran patriota. Año 1954».

El autor de esta inscripción fue el periodista y a la sazón concejal del Ayuntamiento madrileño, don Alejandro Ruiz de Grijalba, marqués de Grijalba.

IV. El acto del descubrimiento de la mencionada lápida tuvo lugar a las siete de la tarde del martes 13 de julio de 1954. Maceros del Ayuntamiento y la Diputación madrileña daban guardia de honor a la lápida hoy desaparecida. Antes de iniciar-



se el acto, la Banda Municipal, dirigida por el maestro Arámburi, interpretó la «Marcha fúnebre», de Chopín. Presidieron el acto los ministros secretario general del Movimiento, don Raimundo Fernández-Cuesta; Obras Públicas, conde de Vellellano; de Hacienda, señor Gómez del Llano, y de Industria, señor Planell, así como numerosas personalidades políticas y amigos personales del señor Calvo Sotelo. Estaban también presentes los hijos y hermanos del mismo, así como el alcalde de Madrid, conde de Mayalde, y el presidente de la Diputación Provincial, marqués de la Valdavia.

Se inició el acto con unas palabras del conde de Mayalde, quien manifestó cómo cuando en zona nacional se constituyó el Ayuntamiento de Madrid, el primer acuerdo fue rendir homenaje a la memoria de José Calvo Sotelo, a quien designó como el primer mártir del Movimiento. Señaló después cómo el Ayuntamiento había colocado una lápida en el despacho del señor Calvo Sotelo en aquella casa en que vivió y cómo ahora venía a hacerlo en la misma.

Esta lápida quiere recordar a los españoles la eterna memoria del santo mártir José Calvo Sotelo, de aquel hombre colosal que como un titán se enfrentó con los enemigos de España y supo abnegadamente ofrendar su vida por Dios y por la Patria.

Descubierta la lápida por el alcalde, conde de Mayalde, habló después el presidente de la Diputación Provincial, a la sazón marqués de la Valdavia, quien subrayó que para la Corporación constituía una auténtica satisfacción el homenaje que se celebraba en recuerdo permanente de José Calvo Sotelo.

Habló después el conde de Vellellano en nombre de la Junta-Homenaje Nacional a Calvo Sotelo. Dijo, entre otras cosas, cómo a los hombres jóvenes que no han conocido la excelsa figura de Calvo Sotelo, quiere llamarles la atención, no para que dediquen un recuerdo de amor, sino para que profundicen en sus doctrinas, que comprendan sus postulados y vean cómo se desarrolló su vida en defensa de tres ideales: Dios, Patria y Monarquía.

El duque de Calvo Sotelo, en nombre de la familia y en palabras



muy emotivas, expresó su agradecimiento al Ayuntamiento madrileño por este recuerdo. «Gracias, dijo, a cuantos han contribuido a que esta lápida perpetúe el recuerdo del gran español que salió de su casa para ofrendar su vida a la Patria».

En último término hizo uso de la palabra el ministro secretario general del Movimiento, don Raimundo Fernández-Cuesta, quien dijo que esta lápida no debe significar tan sólo un recuerdo y un homenaje, sino también el acta que perpetúe acusaciones, acta de acusación que

estamos obligados a mantener ante el tribunal de la Historia.

Todos los discursos fueron acogidos con grandes aplausos por el numerosísimo público que asistió al acto.

I. *Nervo, Amado*.—Tepic, 1870. Tepic, 1919. Poeta, escritor y diplomático.

II. Esta lápida, colocada en la casa número 15 de la calle de Bailén donde vivió el gran poeta, tuvo un iniciador que fue el también poeta y catedrático don Eduardo Ma-





nuel del Palacio. Es de mármol blanco con grandes letras.

III. La citada lápida lleva una inscripción que dice: «Aquí vivió en el reposo de su cantar y correr por el mundo el gran poeta Amado Nervo. Madrid, que fue en su vida posada y estímulo, le dedica este recuerdo en homenaje a su gloria». La citada inscripción es debida a la pluma del poeta don José María Alfaro.

IV. El sábado 22 de marzo de 1947 fue descubierta, al mediodía, en el número 15 de la calle de Bailén, la lápida en recuerdo de Amado Nervo. Se encontraban presen-

tes el alcalde de Madrid, conde de Santa Marta de Babío; el subsecretario de Educación Nacional, don Jesús Rubio; el director general de Bellas Artes, Marqués de Lozoya, y numerosas personalidades, así, entre otras, los señores duque de Alba, Alfaro, Gistao, Rodríguez de Rivas, Tudela, ministros del Ecuador y el Uruguay.

Descubierta la lápida, don Eduardo del Palacio leyó unos sonetos suyos dedicados a Amado Nervo, de quien recitó varias estrofas la señorita Clara Carmona.

El gran escritor mejicano don Rodolfo Reyes, evocó su vieja amistad con el poeta homenajeado y realzó la figura de quien él estimaba como el más alto representante poético hispanoamericano de su tiempo.

Por último, don José Moreno Torres, conde de Santa Marta de Babío, señaló las muchas vinculaciones que unían a Amado Nervo con la capital madrileña.

I. *Araújo Costa, Luis.*—Madrid, 1885. Madrid, 1956. Escritor y comediógrafo.

II. La lápida que recuerda la memoria de Araújo Costa, está situada en la casa número 14 de la calle de la Manzana, donde nació, vivió y murió.

III. La lápida, de mármol, lleva en la parte superior la cabeza de Minerva, y bajo ella, entrecruzadas, dos palmas. La leyenda dice así:

«En esta casa nació, vivió y murió Luis Araújo Costa, 1885-1956. La Asociación de Escritores y Artistas Españoles. Madrid, MCMLVII».

Es obra del escultor Ignacio Pinazo y del arquitecto Luchetti.

IV. Tuvo lugar la inauguración de la citada lápida al mediodía del 5 de noviembre de 1957 y asistieron al acto inaugural numerosas personalidades, entre las que figuraban el primer teniente de alcalde del Ayuntamiento madrileño, don José María Soler; los académicos señores Francés, Benedito (como presidente de la Asociación de Escritores y Artistas), García Sanchiz, Gómez y Martínez Kleiser, y los escritores Rodríguez de Rivas, Borrás, Ortiz de Pinedo, Fernández Shaw y otros.

En primer término habló don José Ortiz de Pinedo en torno a la vida, el espíritu y la obra de Araújo Costa. Lo hizo a continuación don Alberto Insúa, quien en párrafos muy emotivos señaló su amistad con el extinto y dijo cómo era más que merecido este homenaje que ahora se hacía en su memoria. Si bien él estimaba debía ir el mismo seguido de dar el nombre de la calle de la Manzana a ésta en que ahora se levanta la casa en que Araújo nació, vivió y murió, brindando la iniciativa tanto al Instituto de Estudios Madrileños como al Ayuntamiento de la capital.

Por último, el teniente de alcalde, señor Soler, que representaba a la Corporación, descubrió la lápida y dedicó emocionadas frases a la memoria del ilustre escritor desaparecido.

A continuación, todos los asistentes al acto subieron al piso en que éste habitaba para hacer presente a la viuda del mismo su más sincera condolencia.

I. *José Gómez «Gallito».*—Gelbes (Sevilla), 1896. Talavera de la Reina (Toledo), 1920. Matador de toros.

II. Vivo el recuerdo del gran artista entre los que le conocieron, que juntamente con Juan Belmonte caracterizó una época cumbre del toreo, determinó que se constituyese en Madrid, en 1951, la peña taurina «Los de José y Juan», la



Clara Carmona lee versos de Amado Nervo ante la lápida que recuerda al poeta





cual, a su vez, tomó el acuerdo de honrar la memoria de Joselito colocando una lápida en su casa madrileña. Con el apoyo del alcalde de Madrid y la colaboración entusiasta del tratadista de temas taurinos y académico de la Española de la Lengua, don José María de Cossío, pronto se hizo realidad la colocación de la lápida en la calle de Arrieta, número 14, donde vivió y de donde salió para la corrida de Talavera, donde fue muerto por el toro «Bailaor».

III. La lápida, ejecutada por el marmolista don Antonio Riquelme, es de mármol blanco. La leyenda, redactada en colaboración por los miembros de la peña citada, dice así: «En esta casa vivió José Gómez «Gallito» y aquí le rindió Madrid el último tributo de admiración. Gelbes, 8 de mayo de 1896. Talavera, 16 de mayo de 1920». La lápida lleva motivos ornamentales en bronce, tales como el perfil de la cabeza del torero, una rama de laurel y el anagrama de la citada peña taurina formado por las letras J. J. enlazadas.

IV. La inauguración de la misma tuvo lugar el 16 de mayo de 1953, fecha del 33 aniversario de su trágica muerte. Asistieron numerosos aficionados y público formado por las gentes del barrio. Hizo uso de la palabra el presidente de la peña «Los de José y Juan», don Edmundo González Acebal, quien ofreció el homenaje. Acto seguido el

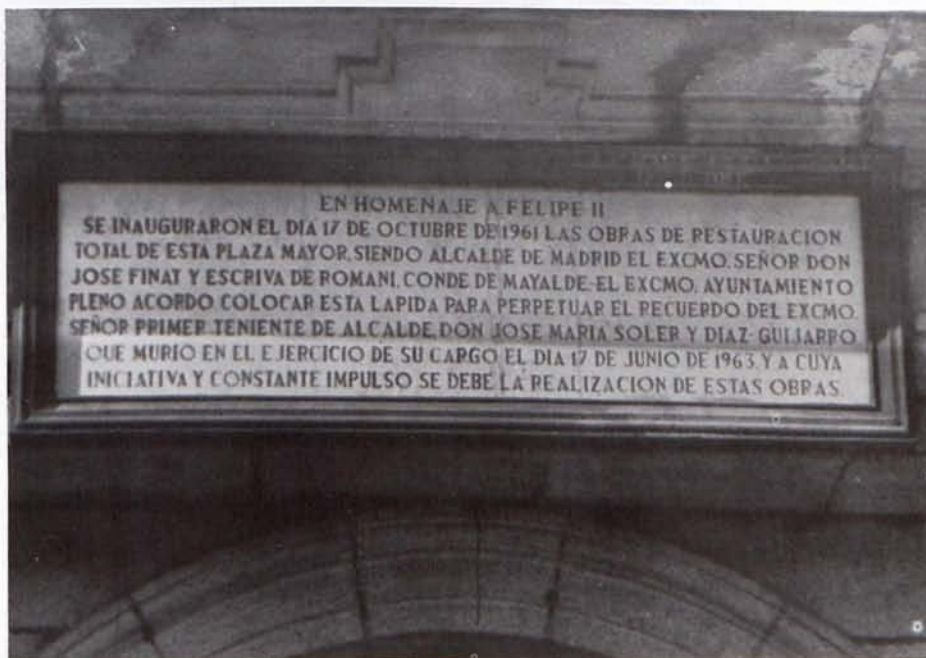
diestro Rafael Ortega «Gallito» descubrió la lápida que cubría un capote de paseo de su infortunado tío Joselito, y a continuación pronunciaron emocionadas palabras los señores Corrochano y Cossío. El presidente de las Peñas Taurinas de Francia leyó unas cuartillas de adhesión y el poeta Rafael Duyós un hermoso soneto. El Club Taurino envió una corona de flores amarillas. Como dato curioso en cuanto a la historia de esta lápida, apunta-

remos que los inquilinos del piso bajo de la casa —propiedad de las Hermanitas de los Pobres— estaban ausentes de Madrid y hubo por ello que montar un andamio para instalar la lápida. No asistió al acto autoridad alguna, encontrándose presentes, eso sí, toreros y críticos taurinos; entre éstos, los señores Rey Caballero y Curro Meloja, y entre aquéllos, Juan Belmonte y Vicente Pastor.

I. Soler y Díaz Guijarro. José María.—Madrid, 1905. Madrid, 1936. Abogado. Concejal del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.

II. La lápida dedicada a la memoria de Soler fue colocada, a iniciativa del Ayuntamiento de Madrid, en la fachada de la Real Casa de Panadería de la Plaza Mayor.

III. En la misma figura la siguiente inscripción: «En homenaje a Felipe II se inauguraron el 17 de octubre de 1961 las obras de restauración total de esta Plaza Mayor, siendo Alcalde de Madrid el excelentísimo señor Don José Finat y Escrivá de Romaní, Conde de Mayalde. El excelentísimo Ayuntamiento pleno acordó colocar esta lápida para perpetuar el recuerdo del ilustrísimo señor don José María Soler y Díaz Guijarro, que murió en el ejercicio de su cargo el 17 de junio de 1963, y a cuya iniciativa y constante impulso se debe la realización de estas obras».



En la Plaza Mayor, esta lápida recuerda la ordenación de la misma a iniciativa de José M.<sup>a</sup> Soler



IV. El día 18 de junio de 1964 se celebró en la iglesia parroquial de Santa Bárbara un solemne funeral por el alma de don José María Soler, al que asistieron el alcalde de Madrid, conde de Mayalde; tenientes de alcalde, concejales, hombres de la política y de las letras, así como la viuda del finado, doña María Pilar Robles Sopena. Terminado el acto religioso, todos los asistentes se trasladaron a la Plaza Mayor, en donde el alcalde descubrió la lápida y pronunció unas emocionadas palabras en memoria del señor Soler, recordando los grandes servicios prestados por éste al Ayuntamiento madrileño, señalando cómo dedicó los mejores años de su vida al engrandecimiento de Madrid, poniendo todos sus afanes en lograr la perfecta belleza de la Plaza Mayor.

I. *Academia Médica Matritense*. Madrid, 1734. Madrid, 1934.

II. La Real Academia de Medicina de Madrid, reunida en Junta de gobierno el 16 de enero de 1934, a instancias de su presidente, don Amalio Gimeno Cabañas, acordó celebrar de modo señalado y brillante el cumplimiento de los doscientos años de la fecha en que se fundó la Academia Nacional de Medicina (apuntemos que en aquellos momentos la República, régimen a la sazón de España, había suprimido el título de real). En Junta de 23 de febrero de dicho año se acordaron, entre otros actos conmemorativos, colocar una lápida en la casa número 17 de la calle de la Montera, que fue el primer local de la Corporación y en donde se juraron los estatutos.

III. La lápida lleva la inscripción siguiente: «En este lugar estuvo la casa y botica de don José Hortega y Hernández, donde fundó y estableció la Academia Médica Matritense el 13 de septiembre de 1734. La hoy Academia Nacional de Medicina acordó colocar esta lápida el 13 de septiembre de 1934».

IV. El acto inaugural de la misma se celebró en la mañana del martes 11 de diciembre de 1934, firmándose un acta que dice del mismo y que hoy se conserva enmarcada en el salón que da paso al de juntas de la Real Academia de Medicina, y en el cual se reúnen los académicos antes de aquélla. Entre los firmantes y presentes en el acto se encontraba la casi totalidad de los académicos.



Lápida al poeta Zorrilla

I. *Zorrilla, José*. — Valladolid, 1817. Madrid, 1893. Poeta y autor dramático. Académico de la Real Academia Española de la Lengua.

II. La lápida a Zorrilla se la dedicó el Círculo de Bellas Artes, y está situada en la casa número 2 de la calle de Santa Teresa, donde el poeta murió.

III. Dice así la inscripción de la misma: «El poeta Zorrilla murió en esta casa el 23 de enero de 1893. El Círculo de Bellas Artes. Madrid, diciembre 1915». Es de bronce y mármol.

IV. En la mañana del 1 de junio de 1916 tuvo lugar la inauguración de la lápida, con asistencia del Ayuntamiento en corporación y bajo mazas y la asistencia de un gran número de personalidades de la vida madrileña. Descubrió la lápida el presidente del Círculo de Bellas Artes, don José Francos Rodríguez, quien en breves palabras la ofreció al Ayuntamiento de Madrid. El académico señor Rodríguez Carracido dio las gracias en nombre de la Real Academia Española, y en el de la capital de España, lo hizo el alcalde, duque de Almodóvar del Valle.















